EL ÚLTIMO EDÉN

© José Gómez Muñoz

**ALGUNAS DE LAS PÁGINAS MÁS BELLAS
DEL PARQUE NATURAL DE CAZORLA,
SEGURA Y LAS VILLAS**

Aromas de hierba-2

551- Hace un momento
he pasado por el campo
y todo es normal:
el sol brilla,
el viento casi quieto,
las aguas silenciosas
y el resto del mundo, como muerto.
Físicamente escondido
en cualquier rincón del planeta
que pocos conocen.
Por eso decía y digo,
que es casi muerte
aunque muchos digan que no.

552- Y oí que me dijeron:
- Lo que pasa
es que no sabes lo que quieres.
Eres bueno
y por dentro, limpio,
pero estás enamorado
de un fantasma
y por eso no has visto,
no has podido ver,
lo que tienes junto a ti
trazando una realidad
casi perfecta.

Si te falta felicidad algún día,
si estás triste,
si te encuentras vacío,
no te extrañes:
has pasado mucho tiempo

persiguiendo nubes de viento
y ahora en la tarde
te encuentras solo.

Pero le dije:
- Ahora mismo,
al sentir el agua en mis manos,
he notado la vida corriendo por mi mente.
Y de nuevo me dijeron:
- Un día,
ya no volverás
a sentarte más en esas rocas
de ceniza y polvo blanco
para que la gente te mire
y tú creas que te quieren.
Ton poco volverás a soñarlo
ni a mirar tu reloj
por si la hora ha llegado.

Un día,
de este sueño tuyo,
sólo tendrás una poesía sin nombre,
dos flores pequeñas,
blancas y rosas
que una mañana cogiste
de los cabellos de la aurora.
Sólo esto tendrás
y tú para siempre en silencio.
Y otra vez les dije:
- Aunque fuera así,
este miedo mío,
el silencio de sangre,
el misterio amargo
y la tarde,

qué hermoso es
y qué grande
sobre la hierba verde,
redondo de todo
y la sombra suave.

553- Desde donde estamos sentados se ve el arroyo todo entero. Desde donde nace hasta donde muere en la curva del río. Junto al cauce, desde el río hasta los manantiales, en mitad del cerro, hay muchas rocas de todos los tamaños y formas. Hoy están vestidas con trajes de musgo verde que exhala humedad y chorrean por los bordes.

El silencio en estos paisajes es profundo. Sólo se oye el latido misterioso de la naturaleza, algún que otro pajarillo, el rebaño de ovejas pastando en la llanura y la corriente. También el viento. Pasa y mueve las oscuras hojas que se apiñan en el bosque. Todo esto imprime sensaciones muy extrañas. Por ello a mí me gusta tanto pasear largos ratos en compañía del arroyo con su misterio y canción siempre sonando de fondo. Se siente y hasta se palpa mucho más la vida. Un nuevo mundo. Un estar más cerca de los latidos del alma. Es una sensación desconocida porque sólo se agita en este rincón del universo. Hay algo en el arroyo azul oscuro que supera a todo lo gustable.

El arroyo baja tortuoso y a un lado y otro crecen misteriosos bosquecillos de flores silvestres. Sobre la ladera del cerro que va desde el cortijo hasta el río y paralelo al cauce de este amigo nuestro, la sementera también se duerme verde y hermosa. Ya está crecida y esta mañana regala su perfume.

554- Cuando todavía estaba en el seno materno, ya me llamaste por mi nombre y para mí, que sólo era un latido de sueño en la inmensidad de tu creación, ya tenías preparado el exquisito edén de las sierras profundas para ofrecérmelo, sólo por puro amor conmigo, como regalo.

Y así es como, de entre tantas y tantas cosas placenteras y limpias, ahora recuerdo especialmente aquel primer encuentro con los paisajes de este hermoso edén tuyo, cuando ya era mayor y en aquella mañana de primavera todavía con arroyuelos de nieve cayendo desde las montañas y muchos manantiales brotando por las grietas de las peñas.

De la mano me llevaste por la senda que trazaron los pastores desde lo que hoy es el valle de los olivos hasta el puerto que da entrada al valle grande, donde nace el río y recuerdo que al coronar la cumbre inmensa, tan llena de misterio y profundamente asombrosa para mí, me pusiste junto al tronco del roble milenario y situado frente al espectáculo de la profunda sierra y la cañada ancha de las mil fuentecillas, que es donde el río de la luz y espejo tuyo, tiene su comienzo, me preguntaste:
- ¿Estás viendo lo que, desde el comienzo de los siglos, para ti tengo preparado?

Y mi respuesta fue decirte:
- ¡Dios mío! Estoy viendo,
pero como es tanto a lo ancho,
a lo alto, a lo profundo y a lo lejos,
sólo puedo decirte
que palabras no tengo
para expresar la belleza

de este regalo inmenso.
Y Tú:
- De ti no necesito palabras
porque mi deseo es sólo que bebas
y que te empapes y que llegues al conocimiento
del verde que late en la hierba,
del azul que acaricia el viento,
de la transparencia de los manantiales
que riegan el jardín de mi edén,
de los cantos de los pájaros y la canción del silencio.

Y te dije que sí, que entendía y que quería seguir adelante pisando los viejos caminos de los pastores, que para Ti no tienen nombre, y que de tu mano me llevaras y me mostraras lo que para tantos es secreto a pesar de tanta ciencia humana y al instante noté como me apretabas diciendo:
- Porque te quiero
y deseo que conmigo compartas
la belleza que aquí tengo,
yo te voy a llevar a ti
por los rincones más esenciales
de este edén mío pequeño
y te voy a mostrar la verdad que en nada se parece
a todas las otras ciencias del suelo.

Y como de puntilla y en un divertido juego, me pusiste a caminar junto a Ti por la senda que desde la altura cae trazando curvas por entre los pinares viejos y sin orgullo, busca el punto del nacimiento del río grande mientras de frente ya nos besaba tu sol de oro y desde el hondo surco del cauce, nos acariciaba la leve bruma perfumada y más a lo lejos, nos saludaban las crestas elevadísimas de las montañas de piedra blanca y algo más cerca, las laderas

se nos abrían como en un limpio espejo para mostrarme los infinitos matices de tu rostro más sincero.

Y al rozar la encina milenaria que tiene clavadas sus raíces por donde brota uno de los mil veneros, me llenó de asombro su corpulencia y luego su sombra derramada por entre los blancos romeros y un poco más adelante, me sorprendió la ondulación de la loma y luego las flores jugando con el viento y la corriente del arroyo y el vuelo de las mariposas y la nieve blanca, las escarcha sobre la hierba verde y el canto del pájaro carpintero y luego, el amanecer sobre la cumbre, la luna plata, el trino de los ruiseñores y tanto, Dios mío, que al instante me perdí y casi me hice sueño con el perfume de las aulagas y la música de las fuentes trazando canciones por el viento.

555- Ya se marcharon
y ahora me quedo solo.
Ya es veinte de junio,
llega el verano
y ahora lo que me espera
es aguantarlo
en estos días monótonos
que vacíos han quedado.

Ya se marcharon
y de aquí para adelante,
lo que va llegando
es la repetición
de un año y otro año
y la rutina de los días
que fueron en otros veranos
y por eso quiero decir
que estoy otra vez esperando

a que pase el tiempo
y fiel vaya entregando
la misma soledad,
el mismo día apagado,
el mismo calor,
el mismo silencio en blanco
que me trajo el comienzo
de aquel otro y otro verano.

Ya se marcharon
y me quedo solo,
siguen los días corriendo
e irán otros llegando
y vuelta a empezar
cuando atrás se van quedando
los sueños y el corazón
en lo sinceramente amado.

Ya se marcharon
y con ellos me marcho yo
aunque me quede esperando
a la vida que no tengo
porque otra vez se la llevaron.

556- Subo desde el río, entro por la derecha de la alameda, recibo con gusto la caricia del viento fresco, me fundo con la sombra de los álamos que tiemblan, recorro la corta senda y al llegar al rodal verde, el que descansa sobre el puntal y vuelca para la izquierda, me encuentro con él. Lo saludo y al darse cuenta de lo que traigo dentro, me dice:

- Tú, sueñas y vas buscando aquello que nunca tuviste en tu vida. Y no tuviste ni padres ni casa ni tierra

para hincar tus raíces ni tampoco tuviste hermanos ni amigos que te quisieran o compartieran contigo los juegos de niño y los sueños de joven. Tú, aspiras y vas buscando aquello de lo que siempre careciste y por eso ahora, cuando ya los años te pesan y te van dejando más desnudo, tiendes a la añoranza queriendo ser uno de tantos. Esto es así y como no lo aceptas, por más que lo intentes y llegues hasta la tumba con esta lucha, no te encontrarás contigo mismo porque nunca serás el que deseas, buscas y necesitas.
- ¿Pero entonces?
Y me dijo:
- Di y acepta la verdad tal como la tienes y eres.
- Si no me parezco a nadie. Creo que no hay en el universo entero un sólo ser humano que tenga en su vida un sólo rasgo que se parezca a lo mío. Un ser tan raro como yo por no tener nada en común con los otros ¿cómo puede ser minimamente aceptado por los de mi especie si nada hay en mí que les sirva a ellos?
Y me repitió:
- Tú, sueñas y vas buscando encontrar puntos en común con los que te rodean y eso es malo. Eres el que eres y desde el que eres debes decir y hacer lo que tu conciencia te pida. No intentes imitar a los que te rodean ni intentes decir las cosas como si fueras uno de ellos. Ni tuviste una familia como la que ves por todos lados ni fuiste dueño de una casa como tantos ni tuviste tierra donde echar raíces. Sed sincero con esta realidad y que no te importen los otros y menos para imitarlos.

Y miro al frente y la tierra seca, me muestra las piedras por ella rodando, los cardos por donde estuvo la era, las zarzas y rosales silvestres, en lo que fue la estancia de la cocina, el comedor y donde también se

colgaban los chorizos y morcillas de la matanza. Por la derecha, me sigue rebosando la espesura de los álamos y algo más adelante, la corriente del río claro, más zarzas, más adelfas, más mariposas revoloteando, canto de ranas y chirriar de chicharras y al frente, la tierra donde estuvieron los huertos, los cerezos, los granados y los manzanos. Y aquí mismo, la senda por que la voy andando ¿hacia dónde y hasta cuándo?

557- Según ahora va llegando el día, siento dentro la tristeza porque de la tierra vieja, vengo desde mi sueño y, en la libertad preciosa que me regala la sombra de la noche y el Dios que es mi Padre Bueno, llego herido y humillado.

Vengo del arroyo largo que por entre los gamonitos, la tierra llana, las encinas viejas y aquel sincero silencio, corre como si no corriera pero corre y lleva aguas tan limpias que parecen viento y al pasar, talla sus charcos, abre sus cascadas y canta sus melodías sólo para la soledad de los barrancos y, un poco más, para las ruinas de aquella hermosa casa mía, que un día también desmoronaron, decían, para ennoblecer a la tierra y darle, el equilibrio adecuado.

Y por esa buena llanura que además es gran palacio de serranos añejos y cansados, he visto que los de los nuevos tiempos, de espaldas a lo que fuimos nosotros y sin respeto a nuestro pasado, han llegado y han montando un mundo completo de casas, sendas con asfalto, rellanos para que aparquen los coches y antenas y cables y negros tubos de plástico y al preguntarles, me han dicho:
- Los que por aquí ahora vienen, son personas de mucho

dinero y estos son los que a nosotros hoy nos están salvando.
Y por decir algo he dicho:
- Pero en estas tierras calladas y llenas de hierbas frescas, al borde del arroyo cristalino, nosotros estuvimos en aquellos tiempos y sembrábamos tomates, patatas y pimientos y guardábamos ovejas y por las noches, junto al fuego del cortijo nuestro, acurrucados, dormíamos.

Y ellos me han respondido:
- ¿Bueno y qué?
Y he dicho sin querer decirlo:
- Pues que por pertenecer al pasado y aquella gente tan buena, es sagrado y ya que nosotros fuimos por aquí tan machacados y sufrimos tanto labrando la tierra para sacar de ella el pan con nuestro sudor y trabajo, ahora debería ser sólo para que el silencio duerma y para que sigan corriendo limpias las aguas de los arroyos y, si lo quiere, Dios por ellas caminando.

Y me han respondido que yo estoy chalado y que ni siquiera sé lo que me digo o pienso y, además, me han dicho que las huellas del aquel pasado, sin nosotros, son el filón más grande, el tesoro más valorado y el anzuelo más apetitoso para atraer a los turistas y sacarles dinero y de paso, ofrecerles la cultura nuestra, para así irlos cultivando.

558- Nuestro dolor,
las huellas de aquel pasado
y el silencio que brotó
después de habernos echado
y permitir que murieran
los hermanos,

ahora es rentable
y así lo esta explotando.

Y lo digo porque lo he visto
con mis ojos y todo claro:
en el arroyo sereno
que salta y corre acostado
con la tierra y los gamonitos,
a los que vienen llegando,
le venden campings y apartamentos
anchos campos y verdes prados
nogueras junto a los charcos
que ahí siguen remansados
desde aquellos días tremendos
que todavía siguen gritando.

Nuestro dolor
que fue sagrado,
ahora se lo están vendiendo
y lo muestran como reclamo,
a los turistas que llegan
con ansias de viento blanco.

Y lo digo porque anoche
yo los vi coleccionando
lo poco que de nosotros
por las tierras ha quedado
y sobre esas ruinas benditas,
vi que iban levantando
negocios y otros proyectos
que anuncian interesados
a montones de turistas
que llegan y compran callados.

Nuestro dolor,
el que fue sagrado
y es nuestro por derecho y sangre,
lo están cruelmente amasando
con tierra y monedas de cobre,
pero en el corazón humillado,
es dolor que nos pertenece
porque ahí fuimos sepultados.

559- Vengo de la tierra amada
que, repleta de olivares,
de fuentes claras
y de arroyos cristalinos,
mira al sol de la mañana
y también mira al río
que llega desde la profunda sierra
y pasa y se aleja en su gozo vivo.

Y por la cara de piedra blanca que, cuando llueve es cascada y cuando no llueve es como espejo de la sierra excelsa y de noches con estrellas y también de lunas claras, he visto al pastor y a sus ovejas saltando en busca de las praderas altas y sin querer, he visto que ahí mismo, se le ha presentado el que le persigue y le ha dicho:
- Voy a denunciarte y si quieres, aquí mismo, ponemos en marcha y celebramos tu juicio.

He visto como mis propios ojos como el buen pastor, hombre sufrido donde los haya, le ha contestado que él nunca robó nada a nadie ni cogió de ningún lado aquello que no era suyo aunque fuera de su amigo.
- Eso se verá en el juicio.
Le ha respondido el que le persigue y a continuación el pastor ha dicho:

- Se verá pero si tú te atreves, vente conmigo.
- ¿Adónde me llevarás?
- A la fuente de las aguas puras que además de quitar la sed, limpia tanto y tan fino que hasta arranca y se ve la suciedad que hay en el corazón y el espíritu.
Y el otro le ha respondido:
- Eso es una tontería tuya, donde se ve bien lo que cada cual ha robado y ha hecho mal contra el otro, es en un juicio.

Y el pastor de las ovejas mansas, yo lo he visto, ha llegado a la fuente que oculta mana y en sus aguas de viento y frío, ha lavado sus manos, su cara y luego, ha bebido para que también por dentro, entre la vida y limpie lo que no está limpio. Y ha mirado al que le persigue y otra vez le ha dicho:
- Ahora, lava aquí tus manos y tu cara y bebe como yo he bebido.
Y el que anda amenazando y acusando de malvado al pobre y sencillo, ha mirado al pastor y por lo que sea, no se ha atrevido a lavar sus manos en el agua de la fuente ni tampoco a beber de claro líquido.

Vengo yo de la tierra amada
y sin querer ver ni oír,
esto es lo que he visto y oído
y, además, he descubierto
que la fuente santa,
hoy corre callada
en un precioso chorro limpio.

560- Por la ladera que mira la río
y es de rocas blancas,
cara primera

donde el primer sol que en la mañana
se mira y brilla limpio,
va el pastor con sus ovejas
y sus cinco cabras.

Salta el arroyo chico
por entre las zarzas,
se mueven los olivos
al viento que pasa suave
mientras el rebaño avanza
desde el valle de las cumbres
de las crestas elevadas.

Y va el pastor tan en sí metido
que ni siquiera se da cuenta
que por la parte alta,
avanza el enemigo
que al verlo, sin más, le dice:
- Hoy, yo lo he visto:
tus ovejas santas,
vienen ahora mismo
de las tierras prohibidas
que guardamos con cariño.

Y yo lo vi con mis propios ojos:
el pastor guardó silencio
y el otro, otra vez le dijo:
- Desde hoy estás manchado
en tus manos y en tu espíritu,
te podré una multa
y te llevaré a juicio.
Y el pastor lo miró
y siguiendo en sí le dijo:
- Cuando quieras te demuestro

que es falso lo que has dicho.
Baja de ese pedestal
y vente aquí conmigo
y como yo y sin miedo,
lava tus manos en este río
y al instante se verá
quién de los dos ha robado más
y quien está menos limpio.

Y yo lo vi con mis propios ojos:
por la ladera que mira al río,
el pastor iba con sus ovejas
y sus borregos chiquitos
y al llegar a la fuente que limpia,
lavó sus manos sin miedo
y todo siguió cristalino,
pero el otro,
no se atrevió o no quiso
por miedo a que las aguas
se tornaran turbias y arrancaran
lo que nunca nadie había visto.

561- El verano, recién llegado y como si su primera obligación fuera llevarse por delante los tonos verdes que la primavera ha dejado en las hojas de la hierba y, contra el barranco primero de la fuente honda, tuviera que dejar desparramado el crujiente pasto y la reseca tierra que hasta ayer mismo, fue puro charco.

Recién llegado el verano y junto al camino que regresa desde la llanura de la encina buena, por el lado de abajo y entre las ramas grises de los chaparros, ahora mismo se han instalado la cuadrilla de las chicharras y en cuanto el sol las ha caldeado, se han puesto a resoplar a

destajo y por eso las ovejas, las que son joyas y piezas únicas dentro del paisaje, han dejado su tarea de repelar de la tierra el seco pasto y bajo la sombra que desde las encinas proyecta el verano, se han apiñado modorras y mudas huyendo del sol que les va quemando.

Y esta noche, la segunda que por esta parte del mundo trae el verano, mientras por la redondez de la tierra, en sus matices y en sus formas, se entretiene y afana la muchedumbre con sus máquinas, calles, plazas y casas, por los caminos del tiempo añejo, he andado y de pronto me he visto donde entre las ovejas, encinas y pasto, anda el verano y a la calor y al canto de las chicharras he saludado pero lo que más, de pronto, de gozo me ha llenado, ha sido el sonido de la campanilla de bronce que por el viento ha repicado.

Y al oírla y percibir que suena tan nítida y bien afinada por entre los infinitos sonidos que deja y surgen del verano, me he alegrado y me he dicho que a pesar del tiempo transcurrido y tanto empeño en cambiar las cosas y tanto acordarme de aquellos que fueron por aquí tan santos, parece como si los sonidos de la campanilla de cobre, fueran los mismos y por eso ni el verano ni la soledad de la tierra ni la sequedad del pasto, los desplaza del lugar que le corresponde ni consigue que deje de sonar con aquel tan bello canto.

562- La campanilla de bronce,
que siempre iba colgada
del borrego blanco,
esta noche,
finamente ha resonado
por la misma tierra y camino

que en aquellos años.

Y al oírla yo esta noche
mientras la veía colgada
de las ramas de las encinas
y del cuello ancho
de los borregos que eternos
por aquí van retozando,
me he sentido feliz
y también vivo y aliviado
porque otra vez más
sin querer y desde mi sueño,
claramente he comprobado
que las más sencillas cosas de la vida,
aunque ésta vaya pasando,
ellas ahí permanecen
con la fuerza y el dulce canto
del primer día o quizá más
mientras sigue el mundo rodando.

La campanilla de bronce
que fue tan puro juguete
siempre alegre resonando,
cuando el calor
del recién llegado verano,
amodorra a las ovejas
y convierte en pasto
a la fina hierba,
ella sigue resonando
nítida y brillante de luz
por el rellano bueno,
el camino viejo,
las ruinas del cortijo amado
y la agria soledad de mi alma

que vive y espera soñando.

563- Amaneció y en el presente día sin nombre, el campo se iba llenando de la nueva luz que la aurora, según manaba, le regalaba pero como el día que amaneció era el de San Juan, el de la noche más corta del año y más horas de sol del verano, aunque era un día cualquiera, en la sierra mía, tenía su categoría y resultaba algo extraño.

A padre le dolía la cintura y por eso en la cama todavía se quedó un rato, madre ya trajinaba con las ovejas por la tierra del alado y la hermana, en la puerta de la casa estaba con sus amigas esperando ver salir la rueda de la fortuna, el sol de todos los días y observando como la vecina ya regaba la puerta de su casa con el agua de gracia que había recogido en los manantiales de las siete fuentes.

Amaneció y en el día redondo semejante a cualquier otro, nada era distinto ni mágico ni tenía más belleza ni en él se curaban más enfermedades ni ocurrían más milagros que la presencia de la tierra dándonos el abrazo de cada día y también la presencia de los míos en sus tierras cultivando, mas sin embargo, cuando le pregunté a la madre, ésta me dijo sin dudarlo:
- Hijo mío, la fe limpia en Dios: nuestro trabajo diario con la tierra y los animales, nuestro amor para con los hermanos y nuestro paciente esperar aunque sea llorando. Este es el gran milagro de la vida y el verdaderamente limpio y exacto.

Y sin saber cómo le pregunté a la madre:
- Pero entonces, las hadas que llenan los bosques, los

duendes de los olivos, las brujas y otros personajes por entre cavernas y barrancos enredados ¿quienes son, dónde están y por qué de ellos hablan tanto?
Y ella me dijo:
- Puras fantasías de quien no tiene las cosas claras en su mente y de quien les falta fe en Dios y por eso echan mano de conjuros y fantasmas inventados.
- Pero madre...
- Sencillamente Dios presente en la vida y en todas las casas y lo demás, trabajo, amor a los hermanos y agradecer cada día el aire que nos da en regalo.

564- Lo que más me dolió
fue verlos,
al caer las tardes
y en las horas de los días nuevos,
yéndose por los caminos
de espaldas a sus huertos,
con sus burros cargados
y sus cuatro tractos viejos
y mientras se alejaban,
sangrando por dentro
a la vez que los otros,
los que se decían buenos,
estaba allí:
sentados bajo los fresnos
observando y vigilando la marcha
y tan gloriosos ellos.

Lo que más me dolió
fue verlos
en aquella derrota humillando
y retirándose en silencio
mientras los otros respiraban triunfantes

y miraban serenos
viendo como nos íbamos
con nuestro dolor acuestas,
nuestros burros viejos
y el corazón partido
en lo más secreto.

Aquello me dolió tanto
que después de tanto tiempo,
aun se me caen las lágrimas
sólo pensar en ello
y se me entristece el alma
en tan amargo veneno,
que soy dolor estrujado
y frío desconsuelo
y todavía vivo en aquella escena
cada vez que lo recuerdo.

565- Es por la tarde,
cae el sol de verano,
corre el río,
hoy repleto,
Chirrían las chicharras,
no hace viento
y por entre los olivos verdes,
clavado el silencio
y contra el paisaje de la sierra,
el tono cemento
de la gris tormenta,
los barrancos viejos
y las cumbres de piedra,
borrados entre las nieblas
del agobiante momento.

Me acerco a la casa
como en un sueño
o como en vulgar espíritu
que busca consuelo
y la casa entera,
la que fue tan grandiosa
en aquellos días bellos,
muda, rota, fundida en la tarde
del mudo silencio
y la noguera,
la parra del centro,
el níspero áspero,
el granado tercero,
las chicharras
y las matas de romero,
ahí todavía clavadas
y con sus frutos añejos
como si esperaran
que volvieran ellos.

Del nogal,
buscando consuelo,
he cogido tres nueces verdes
y del níspero,
el que da nísperos buenos,
he cogido un puñado
y frente al río lleno,
me los he comido despacio
y empapándome por dentro
de su dulce jugo
que sabe a recuerdo.

La parra con sus uvas,
las chumberas por el cerro

que corona a la casa,
la sombra del nogal,
las avispas en su agujero,
los granados en flor,
los olivos en silencio
y la casa solitaria
con las tejas por el suelo,
en la tarde calurosa
de este verano nuevo,
qué dolor y qué gozo en el alma
y qué pozo tan inmenso
de tristeza por el paisaje
en el breve encuentro.

566- Una melodía
nunca podrá ser igual
a otra melodía
ni la voz de quien la canta
será nunca parecida
y menos si es quien era
y, además, hermana mía.

Se iba ella por la mañana
por donde la tierra se inclina
y entre robles que miran al río
y con el alma llena de vida,
abría su boca y cantaba
dulce cual limpia brisa
que es y siente el deber
de agradecer con sonrisa.

Ahora que ha pasado el tiempo
y lo que fue luz aun brilla,
me doy cuenta y descubro

que una melodía
no es igual a otro canto
y menos cuando la canción mía
era y aun sigue siendo
notas de la tierra herida
que remiten a las fuentes claras
de bellezas que son divinas
y además, llenan las noches
y llenan la luz amanecida
de mis sueños en el recuerdo
en la tierra que se hizo vida.

Una melodía
nunca podrá ser
igual a otra melodía
y por eso el recuerdo se quiebra
y muere asfixiado en vida.

567- En la tarde primera
del verano empezado,
llegamos de escondidas
justo por el lado
de la tarde dorada
y los viejos tornajos.

El chorro de agua
cayendo callado,
manando de la tierra
del gozo y del llanto
y en las pilas de madera
de los viejos tornajos
el agua transparente
durmiendo y cantando

La madre y el padre
y las hijas, avanzando
desde la tarde primera
del dorado verano
y al fondo,
la grandiosa tierra
y en ella, el sembrado
hecho primavera
de sueño y de llanto.

Más al fondo,
sobre el cerro pelado,
las ruinas de las casas,
el solitario álamo,
la verde noguera,
las piedras rodando,
las tejas por el suelo,
rotos los tejados
y las chimeneas rotas
y sepultados los pasos
de los que ahí vivieron
y el silencio, callado
y abrazando en su seno
más recuerdos y llantos
en la tarde primera
del verano empezado.

Y luego, más al fondo,
el pozo en el llano,
la hierba verde,
el sol quemando,
las ovejas ahí mismo,
el viento besando
el cielo azul,

por arriba arropando
y la nube blanca,
sobre el mundo jugando,
en la sementera,
codornices cantando,
espigas abiertas,
que enamoran bailando
y las amapolas de sangre
que relucen temblando.

El agua fresca del pozo,
algo consolando
a la madre y al padre
que lloran mirando
mientras el perro juega
y las hijas princesas,
más sonríen soñando
en la tarde primera
del verano esperado
que regocija y quema
en el corazón sangrando
de los que vuelve a la tierra
y sueñan llorando.

En la tarde primera
del sol plateado,
al rincón de las cumbres
y los viejos tornajos,
los padres y las hijas,
de puntillas han llegado
y Dios mío del cielo,
qué hermosura en el campo
y qué verde la hierba
y todo tan preñado

de aquellos días bonitos,
ahora bien quebrados
y heridos de muerte,
en el valle amado
de la hierba, la luz y la nieve
y el amor callado.

En la tarde primera
de este bello verano,
Dios mío, cuánta esencia
Tú regalas callado
a los que vuelven a la tierra
para regarla con llanto
y abrazarse a ella
porque la siguen amando.

Y es que todavía la tierra
un poco más, consuela
aunque duela quemando,
en la tarde primera
del verano empezado. [1]

568- La hermana de mis sueños
aquella noche me dijo:
- Agua de siete fuentes,
con padre, he recogido
¿quieres tú que te regale
unos sorbicos?

El agua de siete fuentes
son siete veneros distintos
que a lo ancho de la sierra

12 Este fragmento salió publicado en el Diario Jaén, Suplemento Dominica del día 1-8-99, en la página 33 con el título de “Volviendo a la tierra”. Tenía algunos fallos de transcripción.

al azar, están repartidos
y en la mañana de San Juan
se visitan tempranico
y de ellos se recogen
el limpio líquido
que luego, al beberlo, cura
lo que el cuerpo tenga herido.

¿Quieres tú que te regale
unos sorbicos?

Y yo le dije a la hermana:
- Ese regalo fresquito
que tú hoy quieres darme,
pues bueno, será bienvenido
porque aunque no cure lo que me duele
y de verdad bien necesito,
si viene de ti y con amor,
es regalo tan bonito
que quiero y agradezco al cielo
que me lo hayas traído.

¿Quieres tú que te regale
unos sorbicos?

Y recuerdo como la hermana
con su sonrisa, me dijo:
- Es agua de siete fuentes
que padre y yo hemos cogido
en la mañana de San Juan
y muy tempranico
¿Qué nos curará este año
que avanza tan despacico?
¿Quieres tú que te regale

unos sorbicos?

569- Se abre la mañana
con su sol primero
y justo con la brisa
que acaricia en beso,
llego a la aldea
pequeña en el cerro.

Las calles solitarias
y por ellas, un perro,
la madre que trajina
firme en su silencio,
perfume de ovejas
y también de huertos
mientras el sol que se alza
lame con su beso
a las paredes blancas
de la aldea del misterio.

Se abre la mañana
y desde ella llego
y como todo es quietud
en la aldea del cerro,
pregunto a la pastora
que viene con su sueño:
- ¿Dónde está el pastor
que buscando vengo?
Y ella muy cansada
y el corazón muy lleno:

- Los pastores, por el campo
amando a sus borregos,
los niños en las camas

todavía durmiendo
mientras los padres trabajamos
en esto y aquello,
los jóvenes, estudiando
en ciudades y pueblos
y los ancianos cansados,
luchando con los huertos
del maíz, el trigo y las patatas
y los manzanos viejos
y la aldea nuestra,
la preciosa sobre el cerro,
ya lo ves con tus ojos:
blanca y en su silencio
como si despertara de puntilla
al día que va naciendo.

Y miro sin mirar
desde la aldea, en su centro,
y nada más, sólo soledad,
laderas de monte espeso,
llanuras de praderas
con huertos y más huertos
rumor de aguas limpias
brotando en los veneros,
más perfume de ovejas
y más quietud mugiendo
y yo, como asustado
y en mi corazón doliendo
lo que siento y amo
por la aldea del cerro
y por los que en ella viven
y como hoy no están
o son ausencia de viento
me digo que sí están,

pero de aquí viven lejos.

570- En la mañana nácar
del verano nuevo,
se oyen los balidos
de oveja y borregos,
no por las praderas
de los majoletos
sino en las tinadas
y los corralejos.

Y es que con el día
y el verano añejo,
ha llegado la hora,
es ya el momento,
del esquilo serrano
de ovejas y carneros
y van por los caminos
pastores y perros,
zagales y zagalas
que en forma de juego
se reúnen y celebran
más que nada, el encuentro
alrededor del esquilo
y los amigos buenos.

En la mañana nácar
del verano nuevo,
la sierra se llena
como de un olor a incienso
y de vellones de lana
que ruedan por el suelo
porque es el esquilo
de ovejas y carneros

y los pastores sudan
y sueñan en el sueño
de un verano abundante,
un otoño bueno,
un invierno generoso
y una primavera, luego,
repleta de hierba fina
que es el real alimento
para los rebaños
y para ellos.

En la mañana nácar
del verano nuevo,
se oyen los balidos
de oveja y borregos,
por las tierras altas
y los valles secos
mientras los pastores
concentran sus esfuerzos
en el esquilo presente
del rebaño viejo.

571- Sesenta años después
y casi al otro lado del tiempo,
lo de aquel amigo mío,
el que era tan bueno
que lo sentía yo como carne
y vida de mi propio cuerpo,
sesenta años después,
aun vivo, lo recuerdo.

Era por la mañana
y él estaba en su cerro
redondo cual melón maduro

que destaca entre el resto,
y estaba con sus animales
como tantos otros mil momentos
y llegaron los crueles
y le dijeron:
- A partir de aquí,
aquellas rocas y aquel fresno,
desde hoy, tienes prohibido
volver a pisar el suelo.

Y mi amigo les dijo
que no tenían razón ni derecho
y luego él se calló
y por dentro
se llenó de una amargura tan grande
que ya se sentía muerto.

Sesenta años después
triste aun lo recuerdo
y como si ahora mismo fuera,
vivo lo estoy viendo:
mi amigo abanó la tierra
y cuando iba por el vallejo,
llorando él caminaba
y a la vez, diciendo:
- Tengo que perdonarlos
aunque amargo sea el destierro
porque el amor que yo le tuve
a mi bonito cerro
no consentiré que nunca
se cambie por oído negro.

Sesenta años después
aun vivo, lo recuerdo

y al amigo que era carne conmigo,
como al primer, día lo quiero
y, con aquella tristeza suya,
aun hoy sigo muriendo.

572- La hermana princesa
del gozo en mi sueño,
al llegar el alba
se enredó en su juego
y detrás del padre,
se fue por el fresco
de las fuentes claras
que manan en silencio.

Y la hermana princesa
fue recogiendo
agua cristalina
de muchos veneros
y era ella luz
saliendo el lucero
y era alegría
y gusto supremo
recorriendo el campo
tras el padre bueno
y recogiendo agua
por vegas y cerros.

Pero la hermana princesa
del gozo en mi sueño,
aun fue más hermosa
y se hizo más juego
al llegar a la fuente
que es nacimiento
del río diamantino

con reflejos de hielo.
Y es que la hermana risueña
se inventó el juego
de lavarse la cara
y empaparse el pelo.
- Para que este agua
que yo tanto quiero,
me deje preciosa
por fuera y por dentro.
Decía ella complaciente
en su gozo sincero.

La hermana princesa,
pastora y consuelo,
al llegar el alba,
aquel día pequeño,
esto fue lo que hizo
y como fue tan bello
y ella era tan gozo
en mi pobre pecho,
yo aquel día la quise
porque fue mi cielo
y hoy y en la distancia,
aun más la quiero.

573- Estábamos, aquella mañana,
en la sencilla lucha con la tierra
y estaba quieto el viento,
mudas las praderas,
cantando las perdices,
en su mudez, la sementera
y los álamos del arroyo,
tiemblan que tiemblan.

Y llegaron ellos,
los que venían de fuera,
y sin más dijeron:
- Se nos han perdido tres ciervos
y queremos que aparezcan,
así que ahora mismo
descargar vuestras conciencias
que si no aparecen enseguida,
será la declaración de guerra.

Y en aquella mañana grandiosa
que en armonía estábamos con la tierra,
se nos llenó el corazón
de miedo y de miseria
y ninguno contestamos
porque nuestros intereses y temas,
estaban en el trabajo noble
de serranos que sufren y sueñan,
pero ellos otra vez dijeron:
- Os damos señales concretas:
tres puntas de cuernos, tiene uno,
el otro, rojas las orejas,
el rabo blanco, el tercero
y el cuarto, la barriga negra.

Y yo recuerdo que los hermanos
siguieron con sus faenas
y nadie comentó nada
de aquella estrambótica pérdida.

Y estábamos ahora temblando
en la dulce mañana nueva
cuando llegó un tercero
y dijo, sin tiempo de espera:

- Señor, que los ciervos,
por donde se alzan las crestas,
se los han comido las águilas
entre los pinos y las piedras.
Y el que estaba allí acusando
habló dando esta respuesta:
- Pues, contra las águilas
hay que emprenderlas
porque lo que nosotros queremos
son ciervos por estas tierras.

Y estábamos aquella mañana
en el gozo y la paz sincera
regando con amor y sudor
cada puñado de tierra
y llegaron ellos en procesión
y desde su rara soberbia,
llenaron de amargura el rincón
quitándole al trigo su esencia
y llenando de miedo el corazón
de los pobres en su miseria.

Pero a pesar de ellos,
qué hermosa la mañana y en ella
qué luz manaba del cielo
revistiendo de grandeza
a los que estábamos siendo acusados
caprichosamente y sin pruebas.

574- La senda primera
que, del arroyo claro
sube camuflada
entre zarzas y álamos
y rozando el huerto

se planta en el collado,
no se me borra
aunque pasen los años.

El cortijo hermoso
en lo alto clavado,
las encinas grandes
mudas ahí temblando,
el otro camino
que llega del lado
del frío del invierno
y el tercer barranco
de las adelfas verdes
y el venero claro,
aun permanecen
en su tierra esperando.

Y la senda primera
que del arroyo claro
sube y me espera
y me abraza llorando,
ayer me besó
y me fui caminando
por ella y su hierba
y al llegar al claro
del arroyo segundo,
de zarzas arropado,
me paré en la piedra
frente al río y el llano.

Por detrás de mí,
el cortijo blanco,
la fuente, a la derecha,
por la izquierda, chaparros,

por el lado de las crestas,
el cortijo blanco,
el chorro de agua
eterno cantando
y por entre las higueras,
la otra senda saltando.

Al fondo y frente a mí,
mi río surcando
la llanura del maíz,
las encinas espesas,
los fresnos y los álamos
y por la izquierda mía,
la mañana brotando
y con ella la luz
de otro día sangrando
y por eso en mi alma,
todo vivo y enredado
en el presente nebuloso
y en el inmortal espacio
de la mañana nueva
y la senda primera
que sube al collado.

Estoy solo y perdido,
parado y caminando
sin ir a ninguna sitio,
pero sí contemplando
la tierra que me quiere
y en ella, los álamos
y la senda primera
que sube al collado.

575- Desde el lado del corazón, donde arde la llama

viva que achicharra sin dar la muerte y aunque con el tiempo parece que se apaga, cuando menos me lo espero me la encuentro ardiendo como aquel primer día, desde este lado del corazón, hoy se me presenta otra vez la vida.

Sube y subo por la senda chica que remonta desde el río y las llanuras de las encinas y al llegar al collado de la tierra muda, se me aparece el cortijo y por entre sus paredes, puertas y ventanas, la figura de los míos que ahora son sombras desnudas que se funden con las de los que por aquí han venido.

Y desde este lado del corazón y el dolor que en ascuas me grita, desorientado busco perdido y lo que mis ojos encuentran son silencios amontonados bajo la sombra de los álamos que tiemblan con la agonía de estar siempre cayendo y a la vez volando como la misma vida mía, que me quema y nunca arde desde el lado del corazón que tengo herido.

Y como en las horas inciertas de este tramo de tiempo que todavía me regala la materia, sigo sintiéndome esencia de la fuente que la vida me presta, me noto vivo, perdido y confuso pero sí vivo y desde este lado del corazón una vez más me fundo contigo y dejo que me consuma la llama que me da la muerte y, a la vez, el sentido.

576- El día que se acaba
es de julio, el primero
y mirando callado
desde mi ventana,
veo gris el cielo,

brumosas las montañas
allá a lo lejos
y aquí mismo tengo
la ardiente flama
de este día que se acaba
y es de julio, el primero.

Si toco las piedras,
aun están ardiendo
del calor tan grande
que en este día ha hecho
y si me vengo conmigo
y me ando por dentro,
me encuentro con la pena
por ahí corriendo
porque el día de hoy,
de julio el primero,
me ha traído dardos
llenos de veneno
de seres amados
que hondamente quiero.

En el día que acaba,
de julio el primero,
me asomo a la ventana
y desde el gran silencio,
te beso en mi alma
y contigo me quedo
ardiendo en la flama
de este día infierno
por el calor real
que de verdad ha hecho
y por la desolación
que me deja por dentro.

Pero en el día de hoy,
de julio el primero,
acabándose la tarde,
contigo me quedo
porque de Ti, Padre grande,
me viene el consuelo.

577- En forma de valle
profundo y sereno,
en la noche arrugada
del descanso sin sueño,
se me abre la sierra
y me ofrece su beso
de ríos y sementeras,
tomillos y espliegos.

En forma de valle
y clavado en su centro,
en la noche sin sombra,
me muevo y me siento
y al mirar para el lado
de la hondura sin techo,
veo tres caminos
y más a lo lejos,
veo las murallas
que cercan con hierro
a la libre aurora
que andan queriendo.

En forma de valle
y todo como abierto
en forma de rosa
que se hace viento

y sus hojas de seda
son mundos sinceros
hacia los que mi alma
tiende con su vuelo,
pero en la distancia,
sujetos sin miedo
valles y murallas
y lomas y cerros.

Mas, vivo y me siento,
donde el extenso valle,
presenta su centro
y junto a los ríos nieve
que avanzan corriendo,
noto al corazón
y de Dios, su beso,
en forma de valle,
en la luz de lo inmenso
y en la real plenitud
y justo en el centro
de la sierra grande
y su esencia de incienso.

En forma de valle
profundo y sereno.

578- La sima estrecha
del profundo tajo
que por detrás del cortijo
y entre el monte alto,
se abre perfecta
en los duros peñascos,
aun sigue intacta
por mi mente gritando.

Aquel día de invierno
al pasar por su lado
las ovejas que volvían
del segundo prado,
y tres de ellas
torpes resbalaron
y en la sima estrecha
del profundo tajo,
cayeron boca arriba
y al verlas el hermano
pidió ayuda corriendo
y en nada de rato,
los cinco vecinos
allí estaban agarrados
y en forma de cadena
de eslabones humanos,
penetraron a lo hondo
de la sima estrecha
del profundo tajo.

Yo que estaba allí
lo vi todo claro
y pude descubrir
como con trabajo,
los cuatro vecinos,
de la sima estrecha,
iban rescatando
oveja tras oveja
con sus recias manos
y en forma de eslabón
de hermano con hermano.

La sima estrecha

del profundo tajo
que es parte de la sierra
que tan dentro amo,
hoy la recuerdo
entre el monte alto
y los recuerdo a ellos
allí afanados
salvando a las ovejas
y ahora me pregunto
que aquellos hermanos
si daban sus vidas
por su pobre rebaño
¿qué no hubieran hecho
si alguna persona
se hubiera despeñado
en la sima estrecha
del profundo tajo?

579- Del valle recogido
que corre por el lado
del arroyo nieve
del verde collado,
sube la niña
cogida de la mano
del padre sudoroso,
la madre y el hermano.

La mañana quieta,
el viento, besando,
los romeros verdes
quietos perfumando,
la noguera grande,
mudos los granados,
perennes las encinas,

las ovejas pastando
y el sol desde el cielo
su calor prestando
a la sierra perfecta
que duerme respirando
a lo ancho y profundo
de cumbres y barrancos.

Del valle recogido
que nace en el collado,
sube la princesa
y hermosa va pisando
la sendica estrecha
que del cortijo de abajo
sube al cortijo de arriba
mientras va de la mano
del padre sudoroso,
la madre y el hermano.

580- Amanece el día
de este julio llegado
y saliendo el sol
justo por su lado,
calienta ya tan fuerte
que hiere quemando.

Hoy como ayer
será un día parado,
denso de brumas,
de calor colorado,
asfixiante de flama
y todo tan callado
que sólo se oirá
chirriar las chicharras

y el calor quemando.

Amanece el día
de este julio llegado
y desde mi ventana,
quieto estoy mirando
y dentro ya sufriendo
el tórrido verano
mientras en la distancia
seco cruje el pasto.

581- Enganchado a la rueda
de las horas que pasan,
en el centro del día
y cayendo las llamas
del calor asfixiante
del verano en ascuas,
espero y algo sueño
en la densa calma
del redondo momento
de las horas que pasan.

Es medio día
y chirrían las chicharras,
el cielo está plomizo
y el viento se agazapa
tres el polvo ardiente
del calor que mata
cayendo como lluvia
que invisible empapa.

Enganchado a la rueda
de las horas que pasan,
voy yéndome con el día

que empuja y me arrastra
con la monotonía
de la quietud embalsada
que se enreda en la rueda
de las horas que pasan.

582- Los rosales silvestres
de la verde cañada,
en este sol de julio
que quema como llama,
ayer tarde los vi
por la alta montaña
y tenían sus flores,
las pequeñas y blancas,
todas abiertas
y vestidas de gala.

No me sorprendí,
pero al verlas, mi alma
se acordó de Ti
y toda enamorada
se sintió morir
toda asfixiada
de la belleza fina
que Tú, en las ramas
de los rosales silvestres,
dulcemente regalabas.

Los rosales silvestres
de la verde cañada,
quién iba a creer
que en la gran montaña
y en julio caluroso,
vistieran tanta gala

y fueran tan bonitos
en la tarde callada
y tanto verde puro
y tantas flores blancas,
graciosos y generosos,
de Ti, regalaran.

583- Al río plateado
que sangra y no pasa
y se viste de verde
y juega con su agua,
ayer tarde lo vi
justo entre las ramas
del fresno gigante
que se mece y no para,
en la brisa que brota
del agua plateada.

Y en su juego se engancha
en la tarde y la brisa
y el amor de mi alma.

Miré yo despacio
abriendo las ramas
por la curva serena
que hermosa se ensancha
y qué dicha de río
fundido en las zarzas
que le abrazan y le escoltan
mientras corre y no avanza
vestido de azul
con traje de plata.
Y en su juego se engancha
en la tarde y la brisa

y el amor de mi alma.

El río plateado,
flor en el alba
y venero puro
de las tierras amadas,
se tiñe de verde
mientras mudo se escapa
de las sierras profundas
y en su juego se engancha
en la tarde y la brisa
y el amor de mi alma.

584- Iba yo paseando
por la alta montaña
y soñaba caminos
en la tibia mañana,
iba respirando
la esencia que mana
de los verdes tomillos
y la gris mejorana
y se me abrió la belleza
como yo, asombrada.

Tras las rocas plomo
de la cumbre azulada
y entre los enebros
que a las piedras se agarran,
en la paz deliciosa
de la limpia mañana,
el muflón viejo y negro
se escondía y pastaba.

Iba yo paseando

por la alta montaña
y charlaba conmigo
allí donde el alma
mora y se enamora
en la paz consolada,
y se me abrió la belleza
como yo, asombrada.

585- Iba yo en mi sueño
de la tarde enredada
en los pinos añejos
y las nubes blancas
y al soñar los caminos
que busco y me llaman,
se me abrió la belleza
desde el fondo del agua
y se me hizo cumbres
de nubes arropadas
y se me hizo viento
y asombro en el alma.

Y se me abrió la belleza
como yo, asombrada,
en la tarde de otoño
y el fondo del agua.

Era en el otoño
y en la tarde apagada,
las nubes corrían,
el viento soplaba,
se teñía de oro
las olas del agua
y se llenaban de sombras
las praderas largas.

Y se me abrió la belleza
como yo, asombrada,
en la tarde de otoño
y el fondo del agua.

Iba yo en mi sueño
conmigo y en mi alma,
buscando caminos
y soñando albas,
y se me abrió la belleza
como yo, asombrada,
en la tarde de otoño
y el fondo del agua.

586- Iba yo sin ir,
pero iba y soñaba,
por el viejo camino
que avanza y no acaba
y se me abrió la belleza
enredada en las ramas
del otoño cansino
y las hojas naranja.

Siguiendo el borde
de las remansadas
aguas verdes serenas
que duermen y se aplastan
entre juncos y arces,
me encontré en la curva
y al frente, las aguas
y temblando en su gozo
y también reflejadas,
las hojas oro viejo

ardiendo en sus llamas.

Iba yo sin ir
y metido en mi alma
rebuscando las fuentes
que dan puras aguas
para saciar la sed
que me quema a llamas
y se me abrió la belleza
del otoño, en las ramas
y me quedé parado
gritando ¡Mil gracias!

587- Desde mi ventana
se ven los olivos
y se ven las tierras blancas
que los mantienen vivos.
Ahora es verano
y el sol son cuchillos
que se clavan y queman
en los grises olivos.
Pero, desde mi ventana
el olivar es infinito
y en el horizonte oscuro
todo queda fundido.

588- De la redonda fuente
el borbotón manando,
cuando caía la tarde
y allí mismo a su lado,
el majuelo grande
todo verde y callado
y en sus hojas relucientes
la luz reverberando

cuando caía la tarde
y andaba yo soñando.

La danza cristalina
qué bien canta su canto.

De la llanura muda
la hierba fina brotando
y su verde rizo de trenzas
se enreda tapizando
el suelo de la cañada
y la tierra del barranco
y yo allí con mi sueño
mirando y sangrando
y el borbotón, en la fuente,
el agua clara manando.

La danza cristalina
alegre sigue cantando.

Cuando caía la tarde
allí estuve parado
y en la redonda fuente,
que también se hace barro,
estuve entretenido
y mudamente llorando
con la danza cristalina
que canta el bello canto.

589- Sube la senda
por el arroyo estrecho,
descansa levemente
por el lado derecho
pegado a las adelfas

y el llano sereno
y sigue subiendo
por el arroyo estrecho.

Se encaja entre las rocas,
las zarzas y los fresnos
y un poco más arriba,
descansa de nuevo
en la playa de arena
y el fresco venero,
pero por el lado
de la umbría del hielo,
se escalona el monte
de lentiscos y enebros
y coronando a la cumbre,
los chaparros viejos
que vilanean señoriales
y se recortan en el cielo.

Pues en esta ladera
y umbría del hilo,
pastaban sus cabras
aquel día sereno
y llegó él
por la senda subiendo,
se paró en la fuente
y estaba en ella bebiendo
cuando al mirar al frente,
recortadas en el cerro
vio que sus cabras,
lo miraban huyendo
“Serán los lobos
que las vienen persiguiendo
o estarán por ahí

esperando al acecho”
se dijo para sí
y para quitarse el miedo.

Y estaba mirando
esperando el momento
y vio como sus cabras
corrían a su encuentro
y asomando por lo alto
y recortados en el cielo,
tres figuras humanas
potentes aparecieron
y mesándose las barbas
se le acercaron diciendo:
- Tus cabras, ya son nuestras
y desde este momento
y si te opones y luchas,
saldrás perdiendo
porque también serán nuestras
y tú, sin remedio,
perderás la vida
y libres quedaremos.

Y el hermano mío
sin ver, seguía viendo
como su rebaño venía
desde arriba huyendo
y a sus pies mismos,
brotaba el venero,
descansaba ahí la senda
del arroyo estrecho,
se amontonaban las adelfas
y por el lado izquierdo,
se abría el rellano,

descanso tercero,
de la senda que subía
por el arroyo estrecho.

590- Pasado un rato
me tumbo frente a la tarde
y el verde álamo,
el cielo azul más a lo lejos,
pero arropando
y el sol ardiendo en su fuego
como quemando,
las ramas verdes del árbol,
se van doblando
con el baile limpio que el aire
le va prestando.

591- Ya el día hacia la tarde
y junto al río sentando,
gozo de la sombra fresca
que los álamos van proyectando,
del viento que a rachas leves
llega del barranco,
del rumor de la corriente,
de las algas que en los charcos
se escurren como queriendo
irse más abajo
y también estoy gozando
del chirriar de las chicharras,
de las ramas que andan bailando,
de las libélulas que revoletean
y de las zarzas por aquí colgando.

Ya el día hacia la tarde
y junto al río sentando
miro al agua y mudo pregunto

si ella se irá llevando
la sabia pura de mi sierra
que en su corazón callado,
duerme desde aquel día
que de ella nos marchamos
y por preguntar pregunto:
¿por qué tiemblan los álamos,
crecen verdes los pinos,
los tarayes están doblados,
cantan las chicharras
y el viento pasa besando?

Y como la pregunta la tengo
en el mismo redondo espacio
que da vida a las algas verdes
y da color al pino callado,
ya el día hacia la tarde,
y sigo junto al río sentando
y este momento tan chiquito
de todos y más ignorado,
lo siento como supremo
y todavía por él, yo respirando.

592- En el álamo viejo
que junto al camino
crece espléndido,
ha hecho su nido
el pájaro carpintero.
En el álamo viejo
y en la rama gruesa
que rozaba al cielo
y junto a la cruz
que aquel rayo fiero
abrió en dos pedazos

desde el mismo centro.

Ayer tarde pasé
por el camino añejo
e iba desde el río
mudamente subiendo
y por entre las zarzas
recogiendo orégano
y al sentir mi presencia
los chicos polluelos,
comenzaron a piar
pidiendo alimentos.

En el álamo viejo
que junto al camino
crece todo dueño
del aire de la tarde
y del azul del cielo,
ha hecho su nido
el pájaro carpintero.

593- En el río llano
que corre miel
mezclada con viento
cuando no es tanta la sequía
que este año tenemos,
a la sombra tibia
de los pinos buenos,
los muchachos de la ciudad
y los grandes pueblos,
se amontonan felices
en su campamento.

Ayer día quinto

de este julio fuego,
yo estuve respirando
donde juegan ellos
y vi que la hierba,
que fue puro huerto
y toda la cañada
por los pinos buenos,
ayer era pasto
crujiente y reseco
y eran astillas
y ramas por el suelo
los más grandes pinos
que en el río crecieron.

Ayer por la tarde
por el río llano
que corre miel
mezclada con viento,
yo pasé paseando
y a pesar del bosque
de los álamos viejos
y a pesar del verde
en el bosque espeso,
vi la sequedad
echa polvo en el suelo
y vi a los niños
venidos de los pueblos,
que alegres soñaban
subir a ese cielo
que en la cumbre alta
siempre es brillo intenso.

- ¿Tú sabes el camino
para ir más recto?

Me preguntaron soñando
en una ruta cómoda
que les lleve a ellos
a lo alto de la cumbre
que es balcón del cielo
y corazón de la sierra
de aquel gozo sereno
de senderos y hermanos,
pobres y sinceros
por praderas verdes
y sudores espesos.

Y ayer tarde les dije
que la ruta de incienso
que sueñan y quieren,
como a la miel dorada
que se mezcla con viento
y corre por el río
cuando baja lleno,
el camino que buscan
para ir hasta el cielo,
con la sequedad
del verano seco
y con la presencia
de los pinos buenos
que acaban de cortar
y llevarse lejos,
se ha hecho perfume
de dolor y sueño
en mi triste alma
y en su blanco juego.

- ¿Entonces no existe?
Otra vez me dijeron.

- Existe porque fue,
pero con el tiempo
y tantos cambios en la tierra,
como el puro venero
que daba miel dorada
y espumas de viento,
y ahora no corre
porque está reseco,
se perdió en la niebla
de aquellos días bellos
y en la luz de las tardes
que se hicieron sueño.

594- En la tarde estaba
solo en su silencio
y saboreaba
la gran desolación
de aquello que amaba
y era espina malva
en su corazón.

- ¿Dime lo que quieres
y buscas con tesón
sin tener más pruebas
que la turbia pasión
que mana de la envidia
y en tu escaso amor?
El se preguntaba
y respondía al son
de la tarde clara
que lenta pasaba
por su humilde rincón.

En la tarde estaba

solo frente al sol
y en su mente soñaba
lo que el corazón
rumiaba y lloraba
y humilde buscaba
sólo ser canción
de mañana clara
o de tierra mojada
en su pobre rincón.

595- Estoy yo en la tarde
de julio caluroso,
desde mi ventana
mirando melancólico
y bien a lo lejos
se vislumbra brumoso
las montañas grises,
el cielo gris plomo
y los olivares
oscuros verdosos.

Y hoy por la tarde
el viento perezoso,
viene tan fresquito
que al besarme en el rostro
deja sensaciones
de sueños y de gozo
y quizá por eso
del valle, en lo hondo,
son más limpios los olivos
en su mundo grandioso.

Estoy en la tarde
de julio caluroso,

desde mi ventana
y en mi triste asombro
mirando a lo lejos
y me siento tan solo
que sólo el viento fresco
y el azul amoroso
del cielo con su brillo,
me presta un poco
de consuelo y dulzura
y de amor cadencioso.

596- Con sus flores blancas
y su traje denso
de verde esmeralda,
junto al río claro
que corre y no para,
crecen primorosas
y espesas las zarzas.

Ayer por la tarde
cuando más calentaba
el sol reluciente
de este julio que avanza,
estuve por la orilla
del río y sus aguas
y lo que más me gustó
en la amable mañana,
fueron las preciosas
flores plateadas
de las zarzas verdes
entre sí enredadas.

Crecen primorosas
y espesas las zarzas

y sus flores redondas
de azul inmaculadas
anuncian sin querer
que el ayer se acaba
y que dentro de poco
el verano que estalla,
será moras verdes
y luego moradas
trotando con el viento
en sus endebles ramas.

597- Tienen ya sus vainas
y al pesar del calor
del verano caluroso
que tiembla ascuas,
las matas rectas
de las humildes retamas
y son tan bella ellas
aun siendo tan nada,
en la sequedad
de la gris solana,
brillan con su verde
y sus largas vainas.

Pasé yo en la tarde
por el río de plata
y entre tanta belleza
y tupidas ramas
de álamos tupidos
y tupidas zarzas,
entre los tarayes
la hierba casi pasto
y la mejorana,
lo que más me sedujo

fue la pobre retama
que verde y primorosa
se carga de vainas.

A pesar de julio
y la calor cansada,
por la orilla del río
y en las sombras anchas
del bosque apretado
rama contra rama,
las matas erectas
de la humilde retama,
se llenan de vida
y visten su gala
como el más importante
aunque sean tan nada.

Subiendo por la cuesta
extienden sus ramas
erectas y primorosas
y cubiertas de vainas.

598- En la noche clara
que sabe a romero,
contigo de la mano
y por el río bello,
estuvimos, tapizando
las horas del sueño.

En la noche profunda
brillante de incienso
y alfombrado de gozo
el aire y el suelo,
estuvimos sin parar

y Tú con tu juego,
qué dicha en el alma
me has dejado queriendo.

Por eso ahora que amanece
y de la noche vengo
el regusto que en el alma
me ha dejado tu beso
es tan delicioso
y sabe tan bueno
que con pobres palabras,
Dios mío del cielo,
yo te doy las gracias
por tan bello sueño.

En la noche clara
jugando con el viento,
por el río precioso
estuvimos cogiendo
la verdad de la vida
y la luz en consuelo
y como ha sido pura gracia
este encuentro en beso,
al llegar el día,
gracias Padre Bueno
y pon Tú la mano
en este oscuro asunto
para que siga la luz
y tu amor, regalando
la sinceridad y dicha
y el equilibrio recto
que las cosas merecen
según quieres y quiero.

599- La tarde madura
y yo en su centro
escuchando en silencio
la voz que me suda
en lo hondo del pecho.

Si tuviera, en la tarde,
un camino abierto
que subiera por las nubes
y se perdiera lejos,
con cuanto gusto me iría
por ahí perdiendo
porque cierto que es dura
la vida con su peso
y cierto que me abunda
la amarga amargura
dentro de mi pecho.

La tarde madura
y firme royendo
a mi vida en su duda
y mi dolor doliendo
y por esto decía
que si tuviera un pequeño
camino que subiera
por los valles del viento,
con qué gusto ahora mismo
por ahí yo me fuera
para siempre perdiendo.

Y lo digo también
porque después de la lucha
y el tremendo esfuerzo,
me paro y medito

¿y qué es lo que tengo?

Si tuviera un camino,
aunque fuera estrecho,
con qué gusto esta tarde
me iría corriendo
dejando aquí olvidado
el gris desconsuelo
y aquella herida y tajo
que me dieron queriendo
y me llevaría conmigo
nada más que mi y sueño.

600- Yo vivo en la ciudad
y vivo en un pueblo,
pero cuando la tarde cae,
cuando por la noche duermo
y cuando cansado de vivir
triste me recuesto
y sin irme me voy
por mi recuerdo
¿dónde vivo yo
si donde estoy viviendo
no está mi corazón
y sí mi cuerpo?

Yo vivo en la ciudad
y un bonito pueblo
y aunque tengo una casa grande
con luz y techo,
yo no vivo aquí
sino que viviendo muero
y vivo allí,
donde mi corazón y sueño

busca el agua fresca
que brota del venero.

Y otra vez lo pregunto
desde el blanco pueblo:
¿dónde vivo yo
si donde estoy viviendo,
no está mi corazón
y sí mi cuerpo?

601- Blanca nieve que en silencio
ayer jugando volabas
cuando caías del cielo
y eres sonrisas de hadas
y esencias del puro cielo,
en mi camino hoy te encuentro
por el suelo derramada
vestida con tu misterio
y todavía inmaculada.

Frente a ti soñando muero
y frente a ti, llora mi alma
por aquel que tanto quiero
y tanto, ahora, echo en falta.

Blanca nieve que en silencio
ayer jugando volabas,
ahora que eres como sueño
que a la sierra engalanas
presa del sol en su beso,
te vas muriendo callada
y te haces arroyuelo
y reluciente cascada
justo cuando yo te encuentro

y enamoras a mi alma.

Frente a ti soñando muero
y frente a ti, llora mi alma
por aquel que tanto quiero
y tanto, ahora, echo en falta.

Blanca nieve que en silencio
te vas transformando en agua
y te llevas a la vida
antes de que ésta nazca,
si te encuentras a tu dueño,
el que mi corazón tanto ama,
dile que también yo muero
y que contigo en el alba,
quiero irme de este suelo
y en el mismo noble silencio
que fuiste y ahora te acabas.

Frente a ti soñando muero
y frente a ti, llora mi alma
por aquel que tanto quiero
y tanto, ahora, echo en falta.

Blanca nieve que en silencio
de mi Dios, tú me regalas,
luz y un redondo espejo
con su cara reflejada,
frente a ti soñando muero
y frente a ti, llora mi alma
por aquel que tanto quiero
y tanto, ahora, echo en falta.

602- Ya tienen las almendras

los almendros de la solana,
grandes y buenas
y junto a ellos y la tierra,
también las higueras
se cargan de hojas verdes
y de negras brevas.

Ahora que ya el verano
anda todo en vena
y su sol de fuego
reseca y quema,
me he ido por mi recuerdo
y al coger de un árbol y otro
la fruta nueva,
he sentido en cosquillas
y quemando por mis venas,
el hambre de aquellos días
y las ricas almendras
de los viejos almendros
partidas con piedras.

Hoy, ya tienen los almendros
otra vez sus ramas llenas
de aquellos frutos gordos
y en la nueva tierra
siguen aun creciendo
los olivos que sembramos
y las tres higueras.

603- Cantan las golondrinas
en el día que llega
y cantan los gorriones
como si fuera
el primer día de todos

y además, en fiesta.

Miro desde mi ventana
y no lejos pero afuera,
luz que ilumina,
aire fresco y añejo,
presente nuevo y piedra
y mi cuerpo agotado
mientras cantan las golondrinas
anunciando fiesta
y cantan los gorriones
en el día que llega.

604- Aquel día bonito
como hoy y también verano,
ya iba la mañana
alzada por el campo
e iba el sol
bien desparramado
por la tierra deliciosa
que va remontando
desde el valle a la cumbre
del cerro alto.

E íbamos los dos
por la senda andando
y sin querer y queriendo,
sus juegos jugando
y era uno de los mil
que le gustaba tanto.

Aquel día bonito
sopló el viento del lado
de la tarde cuando es tarde

y se alzó el pasto,
se levantó el polvo del camino
y se llevó volando
las ramas de las encinas,
sus pelos y manos
y al poco, el remolino
se hundió en el barranco.

Seguimos subiendo
y su juego jugando
y siguió el sol en la mañana,
hermoso llenando
la tierra de la solana

convertida en verano
en aquel día bonito
que estoy recordando.

605- Se murió el hermano
en el pueblo bonito
donde vivo esperando
y no soy más que sueño
que grita vagando.

Se murió el hermano
y estando tan cerca,
no pude tocarlo
ni lloré por él
a pesar de mi llanto,
pero al poco, Dios mío,
qué triste y olvidado
se quedó su recuerdo
y en qué poco rato
se repartieron sus túnicas

y sus cuatro tractos.

Qué triste y en silencio
ahora se han quedado
las calles del pueblo
y qué pronto su memoria
se ha evaporado
y yo aquel día,
cuando murió el hermano,
no pude ni llorar
ni tampoco tocarlo,
pero en ni corazón aun
lo tengo clavado.

606- Me fui aquella mañana
camino del valle perdido,
crecía la hierba,
temblaba en ella el rocío,
se extendían las nubes
siguiendo las aguas del río
y en la mañana encantada
el campo estaba tan lindo
que solo mirar y callar
era un placer infinito.

Llegué aquella mañana
y, donde crecen los lentiscos
y la piedra grande se clava,
me paré y miré distraído
y ante mis ojos y el agua,
el sol derramó su brillo
y la luz bordó con su juego
un dibujo y cuadro tan fino
de reflejos plateados

y de olas con surquitos,
que me quedé embelesado
y por dentro, bien herido.

Me fui aquella mañana
de aire húmedo y tibio,
pisando la tierra amada
cuando la hierba brotaba
y la bañaba el rocío
y se me reveló la belleza
en el rincón escondido
cuando menos lo esperaba
y menos lo tenía merecido.

607- Anoche soñé que por fin volvía al terreno y al llegar al cortijo, casa y nido de los míos en aquellos tiempos, lo primero que vi fueron las ruinas de sus paredes, sus tejas rotas y esparcidas por el suelo, sus vigas podridas y, donde estuvo la estancia que fue mi cuna en las crudas noches de aquellos inviernos, creciendo las zarzas y los lentiscos y las cornicabras y entre las gigantes nogueras, creciendo los pinos y, la fuente que daba aguas tan limpias, sólo charcos de puro cieno.

Pero en mi corazón, yo anoche estaba contento porque lo que tanto de siempre he querido, en el fondo lo estaba viviendo y era volver otra vez a pisar la tierra que tan mía y sangre, llevo dentro y por esto, recorrí la senda, pisé la tierra del collado y junto al otro limpio venero de la vieja encina, me senté y mudo miré al cerro y en mi alma me dije: “¡Dios mío, qué bien, que por fin he vuelto!”.

Y al instante desperté y como tantas veces, descubrí

que era sueño lo que ante mis ojos y mi alma, tenía y entonces me dije: “Dios mío, todavía sigo preso y lo que creí era por fin la libertad, una vez más descubro que es puro sueño”.

Anoche soñé
que era otra vez libre y dueño
del rincón donde nací
y jugué mis dulces juegos,
pero cuando desperté,
aun seguía, en mi cárcel preso. [2]

608- Cada tarde bebo
el sorbo que me regala
el tiempo añejo,
hoy como ayer
y ya un día más viejo,
rumió en mi corazón
lo de aquel amigo
que ya está muerto,
lo de la hermana dulce
desvanecida a lo lejos,
aquella madre buena
que me dio sus besos
y lo de aquella otra hermana
que me mató queriendo.

Cada tarde al ocaso
de este verano seco,
se me entristece el alma
y a mi cansado pecho

---

22 - Nota del autor: este fragmento fue publicado en el suplemento cultural del diario Jaén, “Paisajes”, el día 17-3-99, página 38 y con el título de “Anoche soñé”.

acuden las escenas
de aquellos momentos
que no se borran nunca
sino que son como praderas
por donde mis recuerdos
van cojeando y quieren
seguir allí viviendo.

En la tarde que se apaga
mudo y lento bebo
el sorbo que me regala
el añejo tiempo
y hoy como ayer
y día a día más viejo.

609- Asomado a la ventana
que no es la mía,
pero digo que sí
porque así es la vida,
veo esta tarde la tierra
de polvo toda cubierta
y de sequedad henchida.

Van por ella las cabras
buscando su comida
y las sigue el perro carleando
atravesando la brisa
que besa la cara del cabrero
que a pesar de todo y fresquita,
llega desde el valle oscuro
de los olivos en fila.

Asomado a la ventana
que nunca será la mía,

dejo que me roce el viento
que en esta tarde caída
crece después del calor
y en mi espera retenida
hoy como ayer,
la misma monotonía
y el mismo mirar melancólico
en la soledad que sí es mía.

610- Al hermano mío
de manos callosas,
cara tostada,
pelo moreno
y ojos transparentes
como el agua del río,
con su abrazo y su llanto
y en aquel día de frío
que fue el último
y por eso el principio,
hoy lo recuerdo
con todo cariño.

Estábamos en la tierra
que pega al cortijo
y llegaron ellos,
mostraron el escrito
y el hermano del alma
abrazado a sus pies,
llorando les dijo:
- Necesitamos la tierra
parque de ella vivimos
por favor, compasión
y respetar nuestro sino.

Aquel día aciago
y al hermano mío,
ahora lo recuerdo
en aquel hondo grito
y el sincero llanto,
que como en un gran teatro,
nadie creer quiso.

611- El padre se acerca a la niña que, sobre la hierba de la llanura, juega junto al hermano y, a un tiempo, a los dos pregunta:
- ¿Queréis vosotros que hoy os lleve a la gruta de las piedras transparentes que tienen todos los colores del arco iris en la tarde?
Y los niños:
- Es lo que más queremos, padre y tú sabes que desde hace mucho tiempo te lo venimos pidiendo.
Y el padre:
- Pues hoy es el día y ahora el momento.

Y al oír la noticia, los niños dejan sus juegos, corren por la llanura y rodean al hombre alborozados, diciendo:
- ¡Qué bien, padre! La experiencia debe ser tan única, que ya desde estos momentos la estamos celebrando. ¿Cómo es la gruta esa de las piedras transparentes que tienen todos los colores del cielo cuando este, en las mañanas, se ensancha y arde?
Pregunta la niña pequeña, princesa en el corazón del padre y más que mariposa, primavera perfumada en el alma del hermano bueno.

- La gruta esa es un sueño fresco que se mece en el silencio y es tanta su transparencia que hasta el agua clara del río que atraviesa al valle, le tiene envidia y por

eso la rodea tanto y la baña y donde las tierras se ensanchan y se extiende la llanura grande, se fragua como una bóveda, no de rocas ni de nubes ni tampoco de estrellas ni de cristales de hielo ni de flores que se hubieran hecho gases, si no de una luz tenue que no tiene tonos y al fondo, la cascada del agua nieve y grande y, por entre las que podrían ser las playas de arena, sin serlo, que a su paso deja el río misterio, como durmiendo la siesta o anidando en lo inefable, los trozos de piedras de colores líquidos y con formas tan originales que todas son hermosas y la segunda más que la primera y menos que la tercera y así, no hay dos iguales.

Y la niña:
- ¿Qué será eso, padre?
- Saberlo, nadie lo sabe pero los mares de belleza que de ahí manan, se asemejan a millones de fuentes claras con sus limpios manantiales, en una mañana de primavera y justo cuando el rocío tiembla y el sol sale.
Y otra vez la niña hermana:
- ¿Pero y la gruta, padre?
- Vamos a verla ahora mismo para que os empapéis y conozcáis la hermosura que asombra y quema y sólo cabe en el mágico rincón de la sierra que es mitad fantasía, mitad río y mitad valle.

612- El calor se amontona
en el centro del día
y cae pesado
mientras las horas perdidas
pasan sin notarse,
pero pasan y tejidas
de quietud asombrosa
que en el centro del día

son como mazmorras
sin luz ni salidas.

Está el cielo desteñido
y la densa calima
cubre tan espesa
que la tierra y la vida
se unen con el cielo
que arropa por arriba
y pasan las horas,
parece, de puntillas,
y el alma espera
el final del día,
el final del verano,
que llegue la brisa
del otoño templado
y que nazca la precisa
hierba por los prados.

El calor se amontona
en el centro del día
y el alma espera
siempre con la prisa
a que pase el verano
e ignora que la vida
no está en aquel lado
sino presente y cerquita.

613- En el centro del día
y del valle azulado,
de los olivos verdes,
los álamos largos
y del río plateado,
me encontré en la mañana

con mi sueño jugando
y sin querer ceñido
por el gran barranco.

Más reflejos purísimos
de mi Dios amado.

Estaban los olivos
en su tierra clavados,
las chumberas de las rocas
con sus frutos dorados,
las adelfas del río
al viento bailando
y el blanco cortijo
amoroso aplastado
entre los olivos
y al río asomado.

Más reflejos purísimos
de mi Dios amado.

En el centro del día
sin querer, caminando,
yo estaba en la tarde
con el agua jugando
y las luces perezosas
del otoño dorado
me enredaron en su magia
y sin querer mostraron
más reflejos purísimos
de mi Dios amado.

614- Recuerdo que el día
estaba nublado,

la niebla subía
desde el valle ancho
y la luz de la tarde,
muda se fundía
con los pinos largos
y la lluvia fría
jugaba y dormía
a intervalos y a ratos.

La luz se filtró
por la niebla fina
y me dio su beso
en el alma mía.

Iba yo por allí
o más bien venía
y al sentirme abrazado
por la esencia fina,
me quedé parado,
observé sin prisa
la niebla corriendo
por la densa umbría
y todo tan quieto,
tan apena sin vida
que era o parecía
la imagen de un sueño.

La luz se filtró
por la niebla fina
y me dio su beso
en el alma mía,

Recuerdo que el día
estaba nublado

y al pasar con mi cuerpo
como de puntillas,
la luz se filtró
por la niebla fina
y su beso dejó
en el alma mía,
cayendo la tarde
por la lejanía.

615- Están los cerezos
clavados en el huerto
y ya de sus ramas
han cogido ellos
las rojas cerezas
y ya se van yendo
por la senda que sube
del valle sereno.

Y van ya llegando
al recodo del fresno
con el burro cargado,
el pequeño perro,
las gallinas coloradas,
otro burro cansado
también bien repleto
y el padre que al mirar
pregunta sereno:
- ¿Y la niña del alma
que aquí no la veo?
Detienen a los burros,
miran para el cerro,
regresa el hermano
y la madre diciendo:
- Aquí te esperamos,

pero vuelve corriendo.

Están los cerezos
clavados en su tierra
con sus ramas verdes
y cerca de ellos
la niña que juega
como si aun no fuera
llegado el momento.

616- La curva del río
con su torrentera,
tarayes apretados
y abiertos en la tierra
los redondos nidos
de aves en fiesta,
la corriente saltando
por algas y piedras,
los juncos doblados
al pasar la senda
y un poco más abajo,
otras torrenteras
de tierras doradas
que gritan resecas.

La curva del río
y por la corta senda
el padre y la hija
que bajan por ella,
por el cielo azul,
las nubes espesas
que se abren y se juntan
y se hacen tormenta
y el padre que dice,

ya por la izquierda:
- Si estallan los truenos
y la nube revienta,
se hinchará el río
y en la curva aquella
nos cogerá la corriente
y nos llevará con ella.

La curva del río
en la tarde serena
del verano cuajado,
el padre y la senda
y la hija del alma
á su mano sujeta.

617- De collado a collado,
el cerro en el centro
y la vereda estrecha que,
desde el collado primero
al collado segundo,
viene subiendo,
el valle por el lado
de la tarde y el viento,
al fondo los cortijos,
los fértiles huertos,
el río con sus curvas
y el agua corriendo.

De collado a collado
y por el lado derecho
el arroyo largo
tupido de adelfas
y entre ellas durmiendo
el perfume que al pasar

dejaron aquellos,
las encinas grandes,
el sol reluciendo,
la tierra en su quietud
y sin hablar diciendo:
“Los que se marcharon
son de estos cerros,
paisajes y luces,
hierbas y romeros,
los que ahora vienen,
de visita llegan
y se marchan corriendo”.

De collado a collado,
desde el sol de la tarde
a la luz del lucero
y la vereda estrecha
con el cerro en el centro.

618- Yo sé que mañana
será el fin del sueño
que ahora llaman realidad
y mi rincón pequeño,
se transformará en la luz
que cada noche mientras duermo
veo y gusto en el alma
y siento en mi otro cuerpo.

Yo sé que mañana,
quizá en cualquier momento,
se deshará ante mis ojos
la realidad que hoy estoy viendo
por donde van y hacen sus obras
los que dicen aquí están viviendo

y sé que despertaré
porque así es como lo quiero.

Yo sé que mañana
será mi sueño, lo cierto
y no lo que ahora piso
y me dicen es verdadero.

619- Remonté el collado
y por entre las matas
de los altos lentiscos,
la senda olvidada,
toda puro barro
y charcos de agua.

Dejé que la lluvia siguiera
lavando mi cara
y que se fundiera con ella
mis cinco lágrimas.

Caminé por ella
dejando que mi cara
la mojara la lluvia
y el frío la besara
y sobre el monte,
las ruinas de la casa,
la noguera seca,
la tierra callada
y bajo la piedra,
lo que fue la balsa
o la alberca de tierra
que recogía el agua
del claro manantial,
vida en los huertos

y gozo en la casa.

Dejé que la lluvia siguiera
lavando mi cara
y que se fundiera con ella
mis cinco lágrimas.

Remonté el collado
y por el lado del alma:
los pinares quemados
y también las parras,
ennegrecido en campo
y una voz callada
que lloraba gritando:
“¿Quién derribó el palacio,
prendió fuego en llamas
a los bosque amados,
sembró pino en los huertos
y después se marcha?”

Continué con mis pasos
en la turbia mañana
y dejé que la lluvia siguiera
lavando mi cara
y que se fundiera con ella
mis cinco lágrimas.

620- Estalló la tormenta
en la alta sierra,
se abrieron las nubes,
cayeron a mares
las aguas y las nieblas
y yo que bajaba
del prado de la hierba,

me quedé asustado
y dentro de la cueva
esperé mirando
descargar la tormenta.

Y contemplando la emoción
me empapé de ella
y también de Dios
que allí estaba y era.

En sólo unos minutos
la reseca tierra
se empapó tan a fondo
y por tantas grietas,
que el agua saltó
por enebros y piedras
y después de los charcos
en hoyas y praderas,
salieron las cascadas
blancas y bellas
y mientras caían
de las altas crestas,
cantaban las canciones
del almas que sueñan.

Y contemplando la emoción
me empapé de ella
y también de Dios
que allí estaba y era.

Estalló la tormenta
y yo allí escondido
en la oculta cueva
y contemplando la emoción

me empapé de ella
y también de Dios
que allí estaba y era.

621- En la tierra pelada
que mira al sol
de la muda mañana,
pastan las ovejas
bien esturreadas
y el pastor las mira
en la partes altas
y un poco más arriba,
el cerro de la mata,
el buje solitario
que en la cumbre se clava.

Y el río que avanza
por entre los olivares
que son luz plata.

En la tierra pelada
pastan las ovejas
y entre ellas acostada,
la perra mastín
que se estira larga
en la escasa hierba,
retozan y no paran
ciento diez borregos
de lana gris escarcha
y el pastor en el cerro,
en la partes altas,
clavado en el tiempo
mira y no para
al rebaño pastando

al sol de la mañana.

Y el río que avanza
por entre los olivares
que son luz plata.

Llego y lo saludo
y cortés me habla,
blanquea la nieve
a rodales cuajada,
se mecen los pinos
al viento que pasa,
se hunde el barranco

y el río que avanza
por entre los olivares
que son luz plata.

622- Rechazado del mundo
y por él, vomitado,
arrastro mis días
constante, buscando
y siempre agarrado al mundo
que no me quiere
y siempre llorando
porque lo que anhelo
no puede dármelo.

Rechazado del mundo,
proscrito, loco o imaginario,
busco mi sustento
en mi solo espacio
y en la noche y el día
siempre me encuentro

de todos, dejado
y despierto y sigo
solo caminando,
y como estoy sin amigos
y con nadie hablo,
a mi corazón acudo
y ahí siento la mano
del Dios que me ama
y a Él me agarro.

Rechazado del mundo
y de él vomitado
sigo con mi sueño
amando lo distinto,
pero eterno, amando.

623- Claro río que hermoso corres
ajeno a quien te mira
porque tú eres la belleza
y eres la clara sonrisa
que manando de la sierra
naces repartiendo vida
y de la sierra te alejas
para hacerte más semilla,
yo ayer te vi brotar
donde la lluvia caía
y luego te vi remansado
donde la hierba germina.

¡qué gozo si hoy yo pudiera
contigo irme en la brisa!

Claro río yo te saludo
en esta tarde perdida

de pinares y romeros
y de nieblas diluidas
y donde en tu curva te meces
y a mis ojos encandilas,
se me aviva en el alma
la voz que en lo hondo grita:
“Si tú eres espejo de Dios
y obra por Él esculpida,
dime río plateado
¿cómo es el Dios que a los dos
nos creó y regaló la vida?”

¡qué gozo si hoy yo pudiera
contigo irme en la brisa!

Claro río que hermoso corres
y ajeno a los que te miran
eres espejo en la tarde
y fuente de aguas purísimas
¡qué gozo si hoy yo pudiera
contigo irme en la brisa!

624- Vi en mi sueño
un camino de tierra,
hoyos en el suelo,
un burro de plata,
uno que lo montaba
y otro que de escudero
a su lado caminaba
y oí una voz que me dijo:
“cuenta lo que estás viendo”:
Y vi que un tercero
detrás venía despacio
como obedeciendo,

se puso a llamar
y dijo, el primero:
- Cuando yo te lo ordene
comienza y ve secando
todo los charcos de agua
que se forman en el suelo.

Y arreció la lluvia
y el tercero
comenzó a secar y recoger
los charcos que por el suelo
se iban formando,
pero como la lluvia
y los charcos, fueron tantos,
no podía con ellos.
Y desde su burro de plata
volvió a decir el primero:
- Yo te doy las órdenes
y tú como escudero
no das abastos a recoger
la abundancia que en el suelo
la lluvia va dejando,
pero dime ¿quién es el dueño?

Y el hermano que secaba agua,
miró al cielo
y yo que por allí estaba
en mi sueño,
vimos como caía
la lluvia en arroyuelos
y oímos una voz que decía:
- Ni él ni tú
ni el camino con sus regajos
sois los dueños

porque yo soy el que da la lluvia
y el que reparte cada talento
y vosotros tres,
sólo vais recogiendo
la abundancia que yo regalo
como Creador y dueño.[3]

625- **Volvieron los cerezos** a cubrirse de flores blancas
y, el aire cálido de los meses largos,
volvió a llenar de perfume las mañanas
y al poco, las ramas de los cerezos,
volvieron a cubrirse de hojas verdes
y el viento al pasar,
de nuevo llenó de aromas
las vegas y las cañadas.

Y no tardaron en volver otra vez
las golondrinas negras que,
al revolotear, se les ven manchadas
y en las ramas de los cerezos y los almendros,
se posaron ellas
y, con los días nuevos y en las alboradas,
esparcieron sus trinos por el mar celeste
de la primavera mágica
y al poco, volvieron los ruiseñores
a cantar por entre las zarzas.

Y cuando el sol de los primeros días del verano,
brilló en lo más alto,

---

3 Nota del autor: esta alegoría mal contada, fue de verdad un sueño y como hasta yo mismo me quedé extrañado porque sólo comprendí a medias, la pongo aquí tal como pude conseguirla por si alguien, al leerla, alcanza a comprender alguna verdad o belleza que a mi se me escapa. ¿Qué significa el agua, la imagen del burro y el que sobre su lomo va montado, los charcos por el suelo y el que los va recogiendo sin poder? ¿Por qué se oye la voz para dejar claro que nadie en este mundo es dueño de nada?

una vez más volvieron los cerezos a llenar sus ramas
de frutos color sangre
y a teñir de vida y de esperanza,
a las mañanas hermosas del amado valle
y cuando ya nadie lo esperaba,
los niños serranos de los cortijos blancos,
desparramados por las tierras llanas,
volvieron a jugar sus juegos
de gañanes, pastores y dulces hadas.

Y estaban ya los garbanzos de las tierras buenas,
bien maduros en sus vainas,
cuando oyeron el rumor del agua
y al poco, medio asombrados, medio llorando
y el resto deshechos en el alma,
se fueron yendo de sus cortijos
por las veredas que inertes callan
y al volver la vista para atrás
y observar, desde la distancia,
vieron como sus cortijos,
sus tierras, sus ovejas, sus cerezos y sus vacas,
se quedaban sepultados para siempre
bajo las azules aguas,
del gran pantano de la vega
que por primera vez,
grandioso se remansaba.

Y desde aquel amanecer
y aquella inolvidable luz del alba,
ya no volvieron a florecer los cerezos
ni revolotearon más las golondrinas
al posarse en sus ramas
ni tampoco cantaron los ruiseñores
junto a sus nidos entre las zarzas

y los niños, callados y a coro, dijeron:
“cuando la primavera vuelva a teñir
de rojas cerezas nuestros juegos en las mañanas
¿por dónde encontraremos un rincón libre
que tenga tantos cerezos
cuajados de flores blancas?”.

626- Agua de azul
que te vi nacer
donde acampa el cielo,
hoy que te miro
siguiendo el camino
donde fuiste luz,
copo, nieve e hielo,

qué limpio reflejo
tienes y eres tú
del Dios que yo quiero.

Cuando en mi ambular
voy por los montes
surcando las sendas
que se van perdiendo,
agua de azul
vestida a mis ojos
de estrellas y tul,

qué limpio reflejo
tienes y eres tú
del Dios que yo quiero.

Y cuando en mi buscar
remonto las umbrías
de los pinos viejos,

agua de azul
que, también eres miel
y diamante al trasluz,

qué limpio reflejo
tienes y eres tú
del Dios que yo quiero.

627- Desgarrada el alma
de tanto en la vida
luchar sin espada,
de tanto en la vida
caer derrotada,
de tanto en la vida
andar desmayada
y de tanto en la vida
morirse de sed
en la orilla del agua.

Quemada la sangre
de ir por la vida
soñando caminos
desde la mañana
a la hermana tarde
y pidiendo limosna
y pasando hambre
allí donde el pan
abunda a lo grande.

Desgarrada el alma
y quemada la sangre,
me vine siguiendo
caminos sin nombre
que van por los montes

y se hunden en los valles
y allí donde brota
la fuente y su cante
y se hacen cascadas
los mil manantiales,
me encontré reinando
el amor que me ama:

el venero purísimo
que apaga la sed
y cura las llagas.

628- Estaba ya el invierno
remontando su cuesta
y la fuentes manabas
sus limpias aguas frescas
y aquella mañana,
vestido de fiesta,
estaba el limpio cielo
y las hojas de hierba
sacando sus tallos al sol
y durmiendo en la tierra.

No iba yo conmigo,
pero iba en la espera
y aquella mañana,
yendo por la bella
quietud que manaba
de la soñada sierra
y estando sin estar
donde nace la esencia,
se me abrieron los álamos
en figuras esbeltas
y mostraron callados

la OTRA BELLEZA.

Estaba el invierno
remontando su cuesta
y desnudas las ramas
en las luces primeras
y se me abrieron los álamos
en figuras esbeltas,
mostrando callados
la OTRA BELLEZA.

629- El río niño
que es de la sierra
espejo limpio,
nace y se recrea
donde los pinos
y las praderas
tienen sus nidos.

Oculto se enreda
en los vientos tibios
de tardes y mañanas
y blancos rocíos.

El río niño
nace y ya juega
trazando caminos
por entre las piedras
de trescientos filos
y en la gran cerrada
de los dulces hilos,
salta y se ensancha
en lagos cristalinos,
tejos milenarios

y viejos durillos.

Oculto se enreda
en los vientos tibios
de tardes y mañanas
y blancos rocíos.

El río niño
de azul plateado,
prados floridos
y cumbres altísimas
con arroyos limpísimos
¡qué hermoso se viste
y avanza sin ruido
por el que es su puente
redondo y chiquito!

Oculto se enreda
en los vientos tibios
de tardes y mañanas
y blancos rocíos.

Pura senda de luz
y gozo escondido,
tú, mi sueño soñado,
noble río niño,
si hoy yo pudiera
escaparme contigo
o si tú quisieras
regalarme un alivio
que sane el corazón
que lloran bien herido,
qué dicha tan grande
oh, tú, mi gran río.

Oculto se enreda
en los vientos tibios
de tardes y mañanas
y blancos rocíos.

630- Lo de aquella mañana
fue más que sorprendente:
Íbamos andando
por el carril de tierra
que avanzan llegando
de la fuente grande
al cerro alto
y al dar la curva,
el morro elevado.

Sobre la tierra roja,
los pinos clavados,
las ramas abiertas,
sus troncos pelados
y por la loma redonda
enebros aplastados
contras las rocas
y la sombro arropando
a camino que llega
mudo y asustado.

Miradas sorprendidas,
el corazón callado
y al fondo,
el intenso azul
del cielo manchado
de nubes que cuelgan

en el vacío ancho
del profundo silencio
y el lejano campos.

¡Qué bonito el paisaje
y el encuentro soñado
en aquella mañana
del gozo inesperado!

631- El arroyo de María
que llega callado
desde las cumbres altísimas
del infinito azulado,
aquella mañana
bajaba aplastado
entre bujes y sombras
y todo rebosando
de espumas de algodón
y cascadas saltando.

Me fui por la cuesta
que sube jugando
con la senda estrecha,
los cinco álamos,
las ruinas del cortijo,
los olivos alados
y el surco profundo
que se hace hermano
con el de María
por donde el rellano
y al llegar al balcón
del pleno descanso,
qué asombro de cumbres,
luces y barrancos

grandiosos surgiendo
y a la vez escoltando
al arroyo rumoroso
que llega callado.

632- La mañana serena,
el campo mojado,
verdes las praderas,
floridos los llanos
y la luz sincera
desde el cielo arropando
en la mañana quieta
que empapa besando.

Me fui por la senda
que sube de la mano
de pinares y robles
y el arroyo claro
y al llegar a la cumbre
cuánta vida explotando
en la mañana serena,
la quietud del campo,
la luz deliciosa
que ilumina dando
color y sabor
a los verdes prados.

Y en la mañana serena
del rincón aislado,
las ruinas del cortijo
rodando por el llano,
los robles en su quietud,
los cerezos brotando,
la profunda sierra mía

y mis ojos llorando
ante tanta belleza,
exquisito regalo
de Dios para el hombre
que reza esperando.

633- Venía de mi sueño
en un nublado día
y recorrí la tierra
de la llanura mía,
rocé los pinos viejos
que son muestrario y guía
y al llegar al collado
de la luz amanecida,
algo detuve mis pasos
y llamé al alma mía:

- ¿Tú has visto qué montañas
allá en la lejanía
y has visto qué barrancos
y que nubes tan bonitas
dando sombra a los campos
y pintando de sonrisas
al verde de los bosques
que cubren las umbrías?

Y la voz del alma
que busca noche y día:
- Estoy viendo las montañas
antes las que te inclinas
en sencilla acción de gracias.
¿Son ellas huellas divinas,
reflejos y amor de Dios,
transparencias cristalinas

que remiten al Creador
que da la muerte y la vida
y son ellas nota y canción
en la excelsa melodía?
¿Es esto lo que tú quieres
preguntar mientras caminas?

634- Han venido de visita
y, en el fondo, buscando
el calor de la tierra
y el calor humano
y ayer por la tarde,
el calor del verano
era tan asfixiante,
triste, por un lado,
dulce y doloroso,
monótono y amargo.

Han venido de visita
como tantos y tantos
al llegar las vacaciones
del agrio verano
y siguiendo el deseo
del corazón amarrado,
hemos llegado hasta el cerro,
mirador del pantano
y queriendo y sin querer,
sobre el cerro clavado,
el gran cortijo de ellos,
el pasto blanco,
las encinas grises,
retamas y cardos,
la monotonía
del cielo azulado

y el calor bochornoso
del hiriente verano.

Por el cortijo se respira
soledad y llanto.

Las parras con sus uvas,
la fuente por su lado,
las cagarrutas secas,
ausentes los rebaños
y la terrible ausencia
de los tres hermanos
con el calor bochornoso
del ardiente verano,
Dios mío, como tiembla
a cada paso,
el alma y la pregunta
en el sueño soñado
sobre la tierra solitaria
y el cortijo blanco

Al volver los que han vuelto
qué solos se han encontrado.

635- El arroyo limpio,
el charco sereno,
las zarzas espesas,
verdes y viento
y tupidas de flores
que ya van muriendo
y algo más abajo,
manando, el venero,
la sombra inmaculada
de la noguera en el centro,

otro charco profundo
y más quietud latiendo
y donde se juntan
los dos arroyuelos,

nieblas hechas humo
que vienen subiendo
del arroyo grande
y su bosque denso.

Un rayo de luz
que entra por las ramas
y al llegar al suelo
dibuja una corona
de diamantes ardiendo,
tres patos en los charcos
del lado derecho
y más quietud derramada
en el hermoso hielo
del arroyo cristal
de juncos y fresnos.

El arroyo limpio
y yo como dueño
y en la limpia mañana
que viene naciendo,
cruzo la corriente
y me voy entreteniendo
en gozar del verano
y los puros reflejos
que manan de las aguas
que son como espejos.

El arroyo limpio

y el paisaje desnudo
hasta que al regresar
del lado del pecho,
miro y ya me asombro,
porque claro veo
que coches y más coches
llegan y al momento
gente y más gente,
niños corriendo,
neveras de plástico
sillas y sombreros
y más coches y más gente
por el lado derecho
que llegan y con prisa
se apoderan de la fuente
del charco y del fresno,
de la quietud del paisaje
y de la luz del viento.

El arroyo limpio
y yo como sueño,
al nacer el día,
bebiendo y comiendo
de la quietud y el perfume
que esparce el momento.

636- Hay días que no deberían ser
ni haber nacido nunca
tanto por el dolor
que proyectan sobre la tierra
como también por el amargor
que al saborearlos, dejan.

Y el día que ha sido noche

y ahora mismo llega
es uno de esos días
que tiene tanto sabor a tierra
y quema tanto a la sangre
que todavía va por las venas,
que más valiera
no hubiera llegado nunca
porque así
lo que es ahora esta tristeza
no me hubiera llenado el corazón
del modo en que lo llena.

Porque ¿cómo le digo yo hoy,
como se solventa el problema
sin que se humille el corazón
y se marchite la primavera?
¿Cómo se lo digo yo hoy
y de qué manera
para que no se le acabe el mundo
al romperle la ilusión
que da la fuerza?

Hay días,
el de hoy,
que más valdría
nunca hubiera nacido
por la amargura que tiene
y la gran tristeza.

637- En la hoya ancha
del día ya nacido,
la noche va encajada
y al borde del camino,
brotada la sementera

y por entre el trigo,
amapolas abiertas
que llenas de rocío
quieren dormir la siesta
del día amanecido.

En la misma cuesta,
al borde del camino,
una caja rota
que alguien ha perdido
y dentro de ella,
nombres, apellidos,
fotos y carteras
y textos escritos
con redondas letras
y ahora sin sentido
o durmiendo la siesta
en el día amanecido.

En la hoya ancha
del día repartido
y en el alma buena,
el desconsuelo fino
mientras van por la tierra
arroyos, fuentes y ríos
y espesas sementeras
tupidas de rocío.

638- Aquel día ocurrió algo
realmente sorprendente:
por la ladera de los acebuches
que tiene su cara al frente
del sol de la mañana,
coronaba un piquete

de cinco cabras domésticas
y de repente,
el perro, puro pastor,
corrió por la pendiente
buscando echarle por delante
y volverlas para la fuente
del barranco de las adelfas
y arroyo de la corriente.

Pero aquel día
lo que vi, fue sorprendente:
al ver las cabras al perro
y rebotar para el saliente,
rodaron varias rocas
y saltando por la pendiente
una de ellas vino a estrellarse
justo en la frente
del perro que corría
y aquel animal valiente,
emitió un chillido doloroso
y herido de muerte
cayó para atrás
y como un pobre pelele,
voló por los aires
cayendo todo inerte
para el barranco de las adelfas
y arroyo de la fuente.

Yo que estaba allí mirándolo
sentí el aullido estridente
que lanzaba mientras caía
y aquello fue tan doliente
que se me desgarró el corazón
y se me nubló la mente

oyendo y viendo el dolor
que surgió tan de repente
y por eso decía al principio
que aquello fue sorprendente.

639- En el alma, al despertar,
la sensación gozosa
de estar en el acierto bello,
en el campo amado,
la vida con su hierba
y por las imágenes soñadas
del sueño que en la noche
penetra hasta los huesos
y convierte en cielo
la libertad perdida,
el cerro, los arroyuelos,
las crestas de las rocas,
las encinas y las ovejas.

Y en el sueño,
como manada que pastando
entre los juncos y el monte,
caen los arroyuelos
en busca del río grande,
bajan con ellos y, desde la cumbre,
las ovejas blancas y al frente,
el pastor sincero
y el que es extraño, se acerca:
- Pero ¿las crestas de lo alto
que se esconden entre las nieblas?
- ¿Quieres verlas?
- Me han dicho que son
puro rincón de gozo intenso.
- Pues luego te llevo.

Y algo más abajo,
se mecen los remansos,
y por donde reluce verde la hierba,
van como adelantados
y él les pide que se detengan
y al verlo, se vuelven
y a su lado se congrega
junto donde, el que es culto,
prohibe y maneja.
- Tú, vente conmigo
y ya verás que fiesta
más hondamente gozosa
y más limpia y serena
ahí donde el espíritu
es pura esencia.

Y el que es pobre
y sabe sólo de mística:
- Pero ¿y qué dirán los míos
si me paso a vuestra tierra?
- Eso es lo que te ocurre:
que no eres libre
y busca el éxito sin belleza
y estás condenado
a tu mundo y a tu ciencia.

En el alma a despertar
el limpio gozo que tiembla
en forma de melodía sencilla
que canta el que regresa
del cerro del pasto blanco
y trae con él a las ovejas
y un borrego enclenque que retoza

a la música que suena
ajena a los que estudian,
a los que el mundo gobiernan
porque es otra melodía
que brota de la tierra
con sensaciones de gozo tan intenso
que penetra hasta lo más hondo
y sólo transmite belleza.

640- Estaba sentado
frente a la amada sierra
y meditaba
la conveniencia
de irme al rincón
final de la tierra
y dejar aquí para siempre
mis dulces praderas,
cuando el viento fino
en forma de esencia,
plantó su beso
en mi cara vieja.

Estaba desconcertado
y querían que me fuera
al rincón perdido
que no tiene hierba,
cuando llegaste Tú
con tu mano tierna
de viento perfumado
y en la piel reseca
de mi rostro arrugado,
dejaste la sincera
miel del gozo y cariño
y tuve conciencia

que Tú, Dios mío,
me quieres y respetas.

Pones en mí el cariño
por la dulce tierra
y me regalas los prados
preñados de esencia.

641- El bonito cortijo
asentado en la roca
de la curva del río,
sigue aun en su espera
rodeado de olivos,
a la sombra gruesa
del viejo pino
y besado sin parar
por el viento fresquito
que asciende desde el valle
de los álamos erguidos.

Ayer por la mañana,
siguiendo el camino,
me acerqué por el rincón
para mí, tan querido,
y al ver las higueras
y en ellas los higos,
las parras con sus uvas,
las nogueras en su sitio,
las chumberas en la roca,
la fuente del hilillo
y en lo hondo la curva
del grandioso río,
me dije llorando:
“Dios mío

¿por qué no me dejas
que me escape y, escondido
en este rincón,
me quede ya tranquilo
hasta que la muerte venga
y me lleva contigo?”.

642- Por el camino de tierra
que, pegado al arroyo, sube
subiendo vengo
y como hasta hace un rato
ha estado lloviendo,
por el camino corre el agua
y gris y espeso
se amontona el barro
en su silencio.

Por el camino de las zarzas,
aun retumban los ecos
de aquellos que cada tarde
bajaban de los cerros
de plantar pinos
en las tierras de los huertos.
“A todo se acostumbra uno
y cuando pasa el tiempo,
muchas cosas se olvidan
y hasta el corazón va muriendo”.

Llego a lo alto
y ahí me los encuentro
sentados en el cerro
y, entre ellos, repartiéndose
las cuatro cosas que fueron mías
y ahora ya no tienen dueño,

dicen ellos y añaden:
“Aunque son pertenencias sin valor
sirven como recuerdo”.

643- Yo recuerdo aquel momento
como al más bello vivido
justo donde nace el viento
y se hace cuna y nido
mi corazón con el cielo,
el verde de los pinos
y el canto de los trigueros
al ser por mí sorprendidos.

¡Qué hermosa estaba la cumbre
y el campo, qué bonito!

Iba siguiendo la senda
que remonta al infinito
y al coronar el collado
me cegó con su luz y brillo
la pradera extendida
donde nace el dulce río,
mana la fuente sonora,
la hierba se hace caminos
y tiene el pastor la choza
que le presta el abrigo
al consuelo de la sombra
o la soledad redonda
del rincón en sí recogido.

¡Qué hermosa estaba la cumbre
y el campo, qué bonito!

Yo recuerdo aquel momento

y recuerdo el hechizo
de la amplitud de la pradera
vistiendo el limpio vestido
de la libertad que sueño
y el deseo que escondido
llevo en mi pecho ardiendo
desde que ando y respiro.

¡Qué hermosa estaba la cumbre
y el campo, qué bonito!

644- Fue la tarde más bella
que a lo largo de mis años
he vivido.

Se formó la tormenta,
estallaron los truenos,
sopló el viento enfurecido,
descargaron las lluvias,
corrieron los arroyos,
se lavaron los pinos
y cuando la tarde caía
se abrieron las nubes
y el cielo se hizo brillo.

Desde los huecos de las rocas
otearon el horizonte
y se lanzaron al vacío
los buitres de los acantilados
y siguiendo los caminos
que el viento traza en su juego,
se alzaron como en sueño
hacia el profundo infinito
y mi alma que estaba allí,

Dio mío,
¡qué asombro al descubrir
tan inmenso río
de belleza sencilla
sin tenerlo merecido!

Fue la tarde más bella
que a lo largo de mis años
he vivido.

645- Julio va avanzado
y el calor sofocante,
día a día es más denso,
monótono y aplastante
y en mi corazón,
la sequedad chirría
como las chicharras viejas
con su ronco y amargo cante.

Ayer estuvieron aquí
los tres que viven en la aldea
y también como yo,
viven sin tener tierras
y dejan que pasen los días
y esperan.

El rincón donde vivo,
también, solo se queda
y los que por aquí viven,
los veo y como si no los viera
porque me sobra la soledad
y oscuridad densa
y así van pasando los días
de mi existencia.

Sueño pero no sueño,
espero, nadie me espera
y lo que he construido
con ilusión y mis fuerzas,
tampoco vale casi nada
porque son otras las empresas
y lo que conozco y quiero,
en su silencio,
algo como yo, en su espera,
pero sin darnos la mano
y cada cual con su cosecha.

646- Se dormía la luz
sobre el arroyuelo
al amanecer
de un día pequeño
y se dormía el otoño
quietico y sereno
sobre el pasto oro
teñido de viejo.

Pasé por allí
siguiendo mi sueño,
bebiendo de la brisa
que iba de paseo
y sin querer ni buscarlo,
qué regalo más bueno
me ofreció la mañana
en el limpio arroyuelo
y la quietud acostada
en los pinos añejos

se dormía la luz

sobre el arroyuelo
y al amanecer,
sin querer y queriendo,
pasaba yo por allí
y al darme su beso,
me acordé de mi Dios
y me dije sincero:

“¡Gracias por tu amor
en este certero
regalo primoroso
de luz y arroyuelo
justo cuando menos soy
y menos merezco!”

647- Iba yo buscando,
como tantos momentos,
el rayo de luz
que salve e ilumine
la vida que tengo,
y al llegar al espacio
del redondo puerto,
la bonita roca,
piel de caramelo
y traje verde oscuro
de pinos añejos,
se me puso delante
recortada en el cielo.

Detuve mis pasos,
miré desde dentro
y me dije callado:
“Roca sobre el cerro
de mi Dios amado,

qué envidia te tengo
con el sol a raudales
por tu cara corriendo
y con el viento a mares
dándote su beso.

Si yo hoy pudiera
en algún agujero
que tú me ofrecieras,
quedarme y morir,
¡qué descaso más bueno
y qué libertad por fin
en este destierro!".

648- Cada mañana
al despertar, yo tengo
tu imagen clavada
en mi cerebro.
Te saludo y te abrazo
y entre vida y sueño,
en Ti me refugio
y te pido sincero
el aire que respiro,
la luz que ilumina
y da sombra al sendero.

Cada mañana
tan pobre me encuentro,
tan torpe y perdido
y con tan poco alimento
que si no fuera
porque acudo a Ti
y clavado en tu centro
dejo que me enseñes

y me guíes al puerto,
no sería nada
ni tendría el consuelo
de estar en buenas manos,
mi espera y deseos.

Cada mañana
a Ti yo me entrego
y sintiéndome lo que soy:
pobre y sin techo,
en Ti pongo y confío
la escasez que tengo
y en Ti todo me acabo
y de Ti, todo lo espero.

649- Plateado río
que te vi nacer
donde crecen los pinos
y se extiende el vergel,
en la tarde callada,
te encuentro otra vez
por donde entre olivos
te dejas mecer
mientras yo te miro
y de muerte herido
muero del revés.

Plateado río
vestido de azul
al amanecer
y teñido de verde
sin flor ni laurel,
mirando a tus aguas,
yo que soy nada,

me veo en tu tez
y me siento morir
en la delgadez
de la luz que te besa
y eres siendo Él.

Río de mi alma,
hazme cascabel
en las notas divinas
que cantas al correr
y deja que duerma
y muera de una vez
en la tierra amada
que anhela mi ser.

650- Todo el día
había estado la lluvia
a chorros, cayendo
y todavía al llegar la tarde,
seguía lloviendo
y por eso
los pinares y las rocas
y las cascadas por los cerros,
estaban tan saturadas
que los caños llenos
corrían, caían y brotaban
blancos y espesos.

Atravesé el bosque
y por donde los helechos,
escalé las peñas,
me abracé a los robles viejos
y al remontar la cresta
me encontré de lleno

el tremendo acantilado
y la cascada de incienso
que desgranando su canción
se abría en blanco concierto.

Todo el día
había estado la lluvia
a chorros cayendo
y por eso la sierra se vistió
con un traje tan bello
que me transformó el corazón
dejándome gozo tan bueno
que di gracias al Creador
por tan limpio beso.

651- Aquella mañana
de otoño detenido,
de nieblas blandas,
sincero frío,
ramas doradas
y en la hierba, el rocío,
qué encuentro y regalo
me diste, Dios mío.

No iba a ningún lado,
andaba el camino
que surca la sierra
de cortijo a cortijo,
de collado a collado
y de fuente a río
y al coronar la cresta
de los viejos lentiscos,
se me abrió la belleza
y quemó con su grito.

Estaba la sierra
como en un sueño chico
y como el aire era
tibio, dulce y fino,
aquella mañana,
Tú me diste, Dios mío,
otra bocanada
de vida y de muerte
en el gozo sencillo
y te hiciste fuente
para que tranquilo
mi alma te bebiera
y se fuera contigo.

652- Veintitrés de julio
y aun muy tempranico,
de la noche que ha pasado
queda su fresquito,
en el alma besando

y aunque hubo ayer tormentas,
el cielo limpico
se quedó y amanece,
en el espíritu,
suave paz trotando
a pasos tranquilicos.

Qué noche más buena
esta que se ha ido,
toda ella serena
con sueño tan fino
que se ha hecho esencia
en el campo dormido

y se ha hecho paz
y gotas de rocío
en paisajes calmosos
de hermanos queridos
y prados hermosos
en aromas y floridos.

Amanece y el día
qué bonito
a pesar de ser julio,
verano madurico
y a pesar de la amenaza
que se cierne en el filo
y es que Dios esta noche
y, ahora mismo,
ha estado de visita
y charlando conmigo.

653- Cayeron las nieves
a lo largo de la noche
que se hizo frío
y al amanecer,
de blanco, vestido,
los campos estaban
y de las ramas colgaban
los copos chiquitos.

Aquella mañana,
otra más bien herido,
sin querer y queriendo,
me fui sin camino
siguiendo las nubes
y los claros hilillos
de las fuentes sonoras

y allí donde el frío
se vestía de luz
y mostraba tu limpio
rostro asombroso,
quedeme herido
y de amor sangrando
en tu amor perdido.

¡Qué dicha más grande
sin en aquel divino
amanecer inmaculado,
Tú, mi Dios querido,
me hubieras abrazado
y llevado contigo!

654- Errante como siempre
iba yo siguiendo
la voz que en mi pecho
grita con el viento
y aquella mañana
de hermoso invierno,
me hundí en el barranco
del bello misterio
y me encontré rebosando
de agua hecha hielo.

Caía la cascada
cantando su concierto
y se abría la corriente
en goticas de incienso
mojando y empapando
juncias y helechos
y seguía todavía la cascada
cayendo y cayendo

y llenando de música mi alma
que estaba allí muriendo.

Aquella mañana
escondido en el denso
mundo del arroyo,
qué bien, por dentro,
yo me sentí
en aquel silencio
y la hondura de la sierra
y el rotundo juego
del agua salta que salta
cantando su contento.

655- Estaba la primavera
toda brotada
y estaba la hierba
de vida preñada
y por doquier,
las flores aladas,
al sol abiertas
y hechas mañana
con la luz sincera
que mana de la primavera
en la ancha cañada.

Yo llegué
de la tierra amarga
siguiendo el rastro
que persigue mi alma
y al ver a la primavera
toda explotada
en hojas de hierba
y en flores blancas,

me quedé parado,
miré sin palabras
y al ver lo que vi,
Dios mío del alma,
qué dicha sentí
al notarte allí
tan vestido de gala.

Estaba la primavera
de vida brotada
y yo allí con ella,
todo luz y calma
en la mañana espléndida
y la noble cañada.

656- Se mecían las aguas
del río sereno
en su charco limpio
teñido de fresnos
y se dormía la tarde
en su puro viento
besando a los pinos
que se iban meciendo
en la brisa amorosa
del día ceniciento.

Iba yo sin mí
buscando mi sueño,
con mis manos vacías
y en mi pobre pecho
sólo el ansia loca
de encontrarme de lleno
con el Dios que amo
hasta cuando duermo

y al pararme en la orilla
del límpido espejo,
se me abrió el corazón
y dije sintiendo:

“Dios mío bondadoso
que me das tu beso
y abrazas sin hablar
desde el bosque espeso,
gracias por dejarme
otro día y momento,
que recorriendo el edén
que es, de Ti, espejo”.

657- Se dormían las nubes
sobre el campo inmenso
trabadas del azul
del mar hecho cielo
y se dormían las sombras
de las nubes de incienso
en el día reluciente
de la nieve sin hielo.

Me fui yo en libertad
al edén recorriendo,
la tierra que amo
y es latido en mi pecho
y al llegar a lo alto
del verde y lo inmenso,
detuve mis pasos
y dije muriendo:

“Dios de mi vida,
de mi cuerpo, alimento,

de mi alma la fuente
que busco sediento,
gracias por dejarme
que me sienta dueño
de las nubes que vuelan
y del campo bello
y gracias por prestarme
el intenso deseo
de encontrarme contigo
y morir en tu beso”.

658- En la noche única
del sueño dormido,
en el silencio profundo
de los pinos viejos
y la reseca tierra,
estoy solo,
lejos del mundo,
rodeado de sierra,
con la luna que alumbra
cumbres y laderas
y por entre las ramas
se asoma y juega.

Es esta noche
como una fiesta
porque al fin,
no soy sueño
y aunque mañana ya muera,
este gran momento,
tiene ahora tal gozo
que una eternidad,
toda repleta,
es menos y con menos vida

que esta noche de bosque
tengo, sin ser materia.

659- En la mañana sincera
que vestida de rosa
se alza desde el lado
del sol que se alza
y de los anchos campos,
hay que ver cuanta vida,
cuanto viento claro,
cuanto perfume
y cuanto amor callado,
mana de la tierra
que sigo pisando.

Se levantan los majuelos
de rocío, bañados,
corren las liebres,
sale huyendo el gamo,
graznan los ciervos
y graznan los grajos,
es fino el viento
aunque sea serrano
y desde la rambla
del profundo barranco,
vuelan y gritan las águilas
y a la fuente primera
que llena los tornajos,
acuden a beber
y siguen gritando.

En la mañana sincera
que nace del verano,
mi alma se asombra

y da gracias rezando
por la inmensa belleza
que tengo de regalo.

660- Del arroyo sube la senda
y por los pinos espesos
y las rocas cenicientas,
se empina y sigue subiendo
como si fuera a la cresta
de este cerro primero,
pero va a otras dehesas
que sólo aquella hermana preciosa
conoce con toda certeza.

Y esta mañana recuerdo
aquel momento en que ella
subía enredada en su juego
y, dándome su mano pequeña,
me decía en forma de beso:
- Somos como quien regresa
o parte a un viaje muy lejos,
pero tú no te preocupes
que aunque perdamos la tierra,
yo contigo siempre me quedo
para que exhales mi esencia
y saborees mi beso.

Del arroyo sube la senda
y hoy, después de tanto tiempo
y tantos sueños que se quiebran,
lo que más con gusto recuerdo
es la primorosa hermana aquella
y aquel día tan limpio y bello
que dándome su mano pequeña

y enredándome en su juego,
me dejó en alma tan huella
que aun sigo creyendo fue sueño
lo que fue rotunda presencia.

661- A lo largo del día que pasa
he estado recorriendo
la llanura preciosa y vasta
de los campos del misterio
por donde la soledad es tanta
que se confunde con el cielo
en las relucientes navas,
los calares y los cerros
de cumbres redondas y blancas.

Como la fuente, que al río
alimenta, colma y ensancha,
así eres Tú, Dios mío.

Y todo el día, sin querer, bebiendo
he estado, el asombro, a mis anchas
directamente desde el venero
que de Dios mana
y he estado bien cubierto
de tormentas y nubes largas,
de vientos que saben a hielo,
de paisajes color de escarcha
y de profundísimos horizontes
que se clavan en el alma.

Como la fuente, que al río
alimenta, colma y ensancha,
así eres Tú, Dios mío.

Y al caer la tarde
bien repleto regresaba
por el barranco tercero
del manantial de la abundancia
y al rozarlo y verlo
me he dicho, dando las gracias:
“Como la fuente, que al río
alimenta, colma y ensancha,
así eres Tú, Dios mío
y así hoy has llenado mi alma
de la vida que sólo Tú contienes
y a quien quiere, por amor, regalas”.

662- Se marchaba en su canto
el río de mis sueños
aquella tarde chiquita
sin sombra ni fresnos
y estaba yo parado
junto al agua corriendo
y mudo, extasiado
en la luz y su juego
y el dibujo claro
que trazaba sin lienzo.

Se marchaba en su canto
y el hambre en mi pecho
se me abrió en cascadas
como quien muriendo
pide un sorbo de agua
y un puñado de viento
y, desde el fondo del alma,
dije todo pleno:
“Con el río plateado
que es amigo sincero,

quiero yo, nadando,
irme a tu encuentro
ahora que a los dos
nos cubre el silencio
y nadie más comparte
este blanco secreto".

663- Me fui siguiendo las horas
que se duermen junto al río
cuando nacía la aurora
y yo meditaba conmigo
la belleza que atesora
los juncos que recogidos
se mecen como las olas
al paso del viento tibio.

Iba atravesando las horas
que sobre la luz del rocío
duermen como amapolas
que ondean entre el trigo
y al dar la curva redonda,
el charco, sereno, extendido
y jugando con las ovas
que en el fondo tienen su nido
y por el lado de abajo,
dulce, escapándose el río
en un juego de nieve y miel
y colores tan bonitos
que aunque diamantes parecen,
tienen otros tonos más finos.

Iba yo siguiendo las horas
que se duermen junto al río
y al despertarse la aurora,

allí estaba entretenido
con los charcos del agua clara
hechos nieve entre lirios,
reflejos del Dios que amo
y destellos del sueño mío
que me abraza y me llama
donde es juego el claro río.

664- En la fuente primera
que da entrada a los campos
que llenan y conforman
parte de la sierra
que vengo caminando,
me encontré al pastor,
y al charco de agua
que sigue reluciendo
con el mismo brillo
de este grueso verano.

En la fuente primera,
también las ovejas,
los cinco tornajos,
los perros ovejeros,
el majoleto viejo,
clavado en el barranco,
la soledad tremenda
y el amor callado.

Me acerqué de puntillas
al agua goteando,
al llegar el día
de este gran verano
y en la fuente primera,
además de las ranas

y los cien renacuajos,
más de mil pajarillos
venidos de los campos,
bebían y se bañaban
en los cinco charcos
de la fuente primera
que da entrada a los campos
de mi amada sierra.

665- Va el mundo con su marcha
en la tarde espléndida
del verano avanzado
y va rueda que rueda
de espaldas y de canto
a la luz de mi sierra
que en la tarde espléndida
se transforma en canto.

Porque van por los montes
las viejas veredas
y reluciendo los rayos
del dorado sol que se oculta
hermoso y callado
y van las ovejas,
las joyas eternas,
su hierba buscando
por entre las piedras,
los rodales claros
y la tierra morena
que se llena de estrellas
según va llegando
la noche espléndida.

Va el mundo con su marcha
ignorando la esencia

que del campo callado
mana y consuela
y yo estoy clavado
en la tarde espléndida
y bien rodeado
de pinos y balar de ovejas
y a la luz de la luna,
mi alma que rezan
y agradece al cielo
tanto amor y grandeza.

666- Nubes de algodón
y verdes los olivos,
rocas coronando
y arropando los pinos
a mi alma que tiembla
fuera de su nido.

Cielo azul de agua,
viento purísimo
y por el valle profundo,
escapándose el río.

Tardes soñolientas
de amor escondido
en la gran ladera
cubierta de olivos,
charcos de tristeza
por los viejos caminos
y al fondo, la sierra,
ya casi infinito.

Cielo azul de agua,
viento purísimo

y por el valle profundo,
escapándose el río.

Se marcha el plateado
cauce cristalino
de sus cumbres y fuentes
y se lleva consigo
a mi alma sangrando,
mis anhelos y fríos
y mis sueños de seda
rotos y sin caminos.

Cielo azul de agua,
viento purísimo
y por el valle profundo,
escapándose el río.

667- Todavía precioso
y de verde vestido,
se remansa en sus charcos
escoltados de pinos
y se funde con la brisa
que juega con los niños
en el mar remansado
que le han construido
entre las murallas
de rocas y lentiscos.

Reflejos del Dios
que en un punto y unidos
nos tiene a los dos.

¡Oh tú, mi hermano
río que eras niño,

en aquellas praderas
que fueron tu nido
y hoy ya te veo
grandioso y crecido,
ahora más que nunca
quisiera contigo
fundirme y marcharme
o morir despacico
antes que perderte
y morir sin alivio!

Reflejo del Dios
que en un punto y unidos
nos tiene a los dos.

Todavía precioso
y de verde vestido,
Guadalquivir plateado
juegos y divinos
reflejos del Dios
que en un punto y unidos
nos tiene a los dos,
en su seno escondidos.

668- Bosque enmarañado
trazando equilibrio
de días y años
que cuelgan al vacío
de barrancos anchos
y de cielos limpísimos
en tardes inmaculadas
que son como hilos
del temblor de Dios
junto a los caminos.

Pasé por allí
en el día chiquito
rozando romeros
y besando tomillos
y en la caracola
de las rocas del filo,
jugando, las aguas
del hermano río
y cantando las notas,
los dulces chorrillos.

Bosques enmarañados,
tardes en equilibrio
y yo con mis sueños,
con Dios y conmigo,
como plenos dueños
de mis campos bellos
que aunque no sean míos,
sí son de mi alma
amor y latido.

669- Aquella mañana
de sol amoroso
y de tranquila paz
en el campo hermoso,
estaba el hombre
en la tierra parado
mirando a las ovejas
plácidas pastando
y llegó el dueño
de todos los campos,
el terrateniente,
que gozaba aplastando.

Sacó unos papeles:
- Tienes que firmarlos
y a partir de ahora
quedas despedido
por haber quemado
el rodal de pinos
que anteayer sembramos.
Y dijo el pastor:
- Hay que demostrarlo
porque bien sabe Dios
que de ese delito
están limpias mis manos.

Unas horas después,
por el camino blanco
que baja del cerro
y siguiendo a un carro,
se aleja el pastor
y junto a él llorando
la mujer y los hijos
y en su corazón quebrado,
triste rumiando:
"Si yo no he quemado
ni estos ni aquellos pinos
¿por qué me despide
y deja humillado?
Ahora, Dios mío del cielo,
¿qué tengo y qué hago?"

670- En la noche temblorosa
del recio verano,
justo cuando la tormenta
se abre oscura y densa

y cruje con espanto,
entre los pinos gruesos
de la nava del pasto,
levanto mito mi tienda
y al rumor de los grillos
que llenan la tierra
y perforan los campos,
me acurruco conmigo
y el viento templado.

En la noche temblorosa,
la más bella noche
que nunca he soñado,
canta el autillo,
canta el cárabo,
gruñe el jabalí,
se les oye a los gamos
berrear a sus anchas,
silba el viento
de los pinos, en los tallos,
brama la atormenta
mientras sigo rezando
al Dios de mi vida
que me presta el campo,
en la noche hermosa
del amor callado.

671- Anoche soñé
que tú no eras río
ni corriente clara
ni eras manantial
que limpio se escapa
de sus rincones bellos
y praderas anchas.

Anoche soñé
que tú no eras luz
ni sombra ni algas
ni temblor de fresnos
que estiran sus ramas
y juegan con el viento
que de las cumbres baja.

Anoche soñé
que tú no eras espejo
ni reflejo de alba
ni inmensidad detenida
ni hierba ni malva
sino corriente de estrellas
que en la noche plata
vuelan y con el sueño
que rumía mi alma,
se transforman en espejo
del edén que apetezco
y es tierra sagrada
del Dios que venero
y a voces me llama.

Anoche soñé
que tú eras el alba
del mundo que intuyo
y espera mi alma.

672- La tarde caía
las nieblas volaban,
el cielo se abría
y tapando a los campos,
la nieve inmaculada

amplia relucía
gritando sin gritar
el canto de vida.

Pasé por allí
siguiendo y buscando
agua que la sed
calme consolando
y al llegar a la cumbre
que tanto conmigo
sueño, llevo y traigo,
qué asombro de luces
al campo, pintando
y qué temblor de sombras,
por el valle ancho
del río cristalino
que sigo buscando.

La tarde caía,
volvía del abrazo
de mi alma con Dios,
cogidos de la mano
de fuentes y arroyuelos
y al besarme de plano,
las nubes y los bosques
y las nieblas arropando,
qué momento más hondo,
repleto y callado
al recibir, sin mérito,
tan tierno regalo.

673- Cayendo la tarde,
estoy asomado
al voladero grande

del corte rocoso.
Corre el viento
que, desde el valle,
llega fresquito,
graznan los grajos
trazando círculos,
se oyen piar
crías de cernícalos
por el lado del aire,
se mecen las encinas
colgadas al vacío
del barranco gigante
y más a lo lejos,
los olivos
perdidos en la niebla
del sol que arde.

Asomado a la hondura
se me va la tarde
en el silencio tibio
y el monótono cante
de las chicharras que no paran
porque aun tienen día
y por el lado del azul
de la cresta grande,
asoma la luna
vestida de plata
como si a un baile
estuviera invitada
al marcharse la tarde.

674- Ya se ha ido la tarde
a marcha muy lenta,
la luz se apaga,

la noche llega,
los picos se borran,
las cumbres ya no se ven
y por la tierra,
el rumor de sonidos
que manan con fuerza
mientras la luna brilla
por entre los pinos
que van por las cuestas.

Graznan las lechuzas,
ulula el cárabo,
ladran los perros
en el viejo cortijo,
Maúlla el gato
por entre las malezas,
cantan los grillos
y los mochuelos,
de las cuevas negras,
cantan y llenan a la noche
de vida, misterio y fuerza
mientras el viento,
quieto se queda
y yo frente al mundo,
miro a las estrellas,
rezo un padre nuestro
y mudo, hasta en mi pecho,
doy gracias sinceras.

675- Julio ya se acaba.
Repaso en mi mente
desde aquella mañana
y, además de otro año
que también se marcha,

lo que más, entre tanto,
ahora destaca,
es la figura del pino
clavado en su nava.

A su sombra refugiado,
el pastor con sus cabras,
sus blancas ovejas
recién esquiladas,
sus dos perros ovejeros,
su hato enjuto,
su mísera cama
y sus manos callosas,
por el sol, bien tostadas.

En el recto del mundo
y la sierra ancha,
los turistas que llegan,
los que coches que pasan
y vienen, dicen ellos,
a descansar a la montaña
de espaldas al pastor,
al pino de la nava,
al cauce que corre
y a la gris mañana
que llega y se lleva
otro trozo del alma
y muere para siempre
el alba contra el alba
frente a la sierra mía
y en el julio que acaba.

676- Se mecía en su cumbre
el roble señero

que clava sus raíces
en las rocas y el suelo
y se asomaba al vacío
del barranco tercero
que derrama sus aguas
en el río mensajero.

Recorría yo la tierra
que en mi sangre llevo
y subía las laderas
que remontan al cielo
cuando a descansar
me paré un momento
junto al tronco retorcido
que es de plata y negro
y estando respirando
el limpísimo viento
que recorre la sierra
como yo y, es más dueño,
desde el corazón
me salió muy sincero:

"Creador de los valles
y el profundo universo
¿qué tengo y yo y por qué
me regalas queriendo
las montañas de tu edén,
el limpio venero,
las flores de los prados,
este roble viejo,
las hojas de la hierba
y, además, tu beso?"

677- En la tarde primorosa

del verano que se acaba,
me fui siguiendo la senda
que remonta y se escapa
por los pinares espesos
hacia el barranco del agua
y al llegar a la redondez
de la loma iluminada,
el pino, Abuelo de la Sierra,
con su majestad clavada,
seco y ya todo podrido
y la muerte a dentelladas,
destrozándole el corazón
y lentamente, cada rama.

No pudo resistir la sequía
que vino por aquí agazapada
o quizá se cansó de vivir
como a tantos, se nos cansa
la sangre y la ilusión
en la lucha y la batalla.

Y ahora recuerdo aquel día
cuando él todavía estaba
pletórico de vida y fuerza
y era como faro y alba
entre el resto de los pinos
y el cerro en la hondonada,
pero esta tarde de verano,
la vida ya se le acaba
y al verlo, he dicho: hermano,
aunque yo no sea nada,
a morir un poco a tu lado,
llego en estas horas calladas
y frente a tu tronco milenario,

que todavía es más que plata,
rezo al cielo por los dos
porque quizá pasado mañana,
ninguno ya estemos por aquí,
pero en aquella alborada
que, en silencio hemos soñado,
¿No seguiremos abrazados
los dos y, junto a Dios,
alma con alma?

678- Iba ya cayendo el día y grandioso y mudo, avanza el gran camino viejo que cruza la tierra amada primero, de la llanura menor y luego, de la hondonada, el arroyo, la espesura cuajada de encinas y las piedras blancas.

Y con el gran día que ya se apaga, voy yo pisando la tierra, mudo y hasta con mi carga de la manta vieja, el colchón de pobre lana, la pelliza y la barja y, mientras camino hacia la meta y me pierdo en la hondonada, para mí me voy diciendo: “Dios mío, que en cuanto llegue, encuentre trabajo y si no tengo casa, regálame una cueva entre la hierba verde y si pan no dan, déjame que duerma junto al agua que mana del gran venero de la cañada”.

Y voy en mi paso lento, con mi carga, mi dolor por dentro y la soledad de la tierra y avanzo con mi amargo pensamiento endulzado sólo con lo que sueño, cuando ya cae la noche y la senda no se acaba ni me encuentro con los amigos ni tengo trabajo ni cueva ni casa.

Y mientras paro al borde del camino y miro a las estrellas, me digo: “Dios mío, otra vez solo y sin comida ni trabajo, ni casa ni tierra ni los míos”. Y oigo que me

respondes: “ Todavía tienes una manta vieja, un colchón de lana, tu soledad y el amor con que a la tierra amas y yo a tu lado dándote la fuerza”. Y te digo:

“Pero Dios mío,
tan desnudo frente al camino
y esta espera larga,
qué duro y con la noche
y tanta ausencia amarga”.[4]

679- La hija del pastor,
fue como un borbotón
de esencia primaveral
que empapa al corazón
con la misma suavidad
del viento y su canción.

Nació entre el pinar
cuando el otoño acabó
y aunque la sierra brilló
de fiesta y claridad
en los arroyos y bosques,
nadie lo celebró
porque era hija del pastor
pobre y sin más riquezas
que el rincón,
su choza, su huerta
y el pequeño amor
para con sus ovejas,
los suyos y el sudor.

Pero la hija nació

---

4 Este fragmento salió publicado en el Diario Jaén, Suplemento Dominical, el día 1-8-99 y en la página 33, con el título: “La tierra amada”. Tenía algunos fallos de transcripción.

y cuando tenía diez años,
ciega plena se quedó
y en aquel rincón de la sierra,
el mundo desapareció.
Más ella se iba con las ovejas
y guiada por la canción
del viento y el rumor de las hojas,
era feliz y en su corazón,
tenía una realidad tan bella
que era juego y limpia estrella
de la bonita Creación
que Dios le convertía en cielo
en aquel rincón
de sierra y ovejas blancas
y de prados, con su pastor.

680- El uno de agosto ha llegado
y cuando amanece,
dentro del alma, quemando,
arden dos frentes
que matan achicharrando:

Por la cuerda del frío denso
ayer me fui caminando
y en la soledad del día
y el sol blanco,
las llanuras amplísimas,
el viento blando,
el pastor con sus ovejas
trotando y trotando,
las águilas viejas,
las monteses coronando
y el corazón, Dios mío,
a cada paso temblando,

con un miedo y otro miedo
que vida y muerte, van dando.

Y cuando hoy amanece,
emerge desde el pasado
el cortijo roto,
la madre llorando,
la hermana desorientada
y los que gozan cambiando,
echando, de la tierra, al amor
y por dentro, el alma sangrando
el amargor de la muerte,
mil sueños destrozados
y el futuro, como un remolino
que desgarra cacho a cacho.

Y por eso decía que amanece
el primero de agosto largo,
y arden dos frente en el alma
que matan, achicharrando.

681- Cayendo la tarde
del verano avanzado,
después de la tormenta
y el olor por el campo
a tierra mojada,
el viento en su calma
y, sintiendo el abrazo
del Dios que me ama,
traigo a mi regazo
lo de aquella mañana
del rosal enredado
en sus rosas grana.

Fue por la tierra
que estaba tapizada
de flores y de hierba,
junto a la cañada
que es como la puerta
del río que canta.

Cayendo la tarde
del verano en su marcha,
recuerdo aquel momento
y recuerdo que estaba
también mojado el campo,
el rosal florecido,
las violetas, de galas,
las peonías y los lirios,
vestidos de plata
y por eso mi espíritu
extendió sus alas
borracho y enamorado
del Dios que me ama.

682- Donde la cumbre se rompe
y el arroyos se remansa
al calor de las praderas
que son como verdes sábanas
que extiende la sierra en la noche
al rocío que tiembla y calla,
yo me encontré al jardín
brotado todo a sus anchas
y cantando la libertad
que limpia gritan las montañas.

Donde la sierra se rompe
y el arroyo no corre agua

sino purísimo diamante líquido
que la fuente mana y mana,
me tropecé con el jardín
brotado muy de mañana,
bien repleto de narcisos
que se mecían en sus ramas
exhalando sus esencias
y derramando su gracia
al barranco profundísimo
por donde Dios se paseaba.

Y quise yo preguntar,
a las flores allí brotadas,
por el jardinero que a ellas
con tanto amor, las regalaba
y entrándome por los ojos
la belleza allí recostada,
una voz, en mi corazón,
dijo clara:

"Jardinero noble y sincero
y dueño hasta del alba
que florece con la aurora,
sólo uno y de sobra
bien lo conoce tu alma".

683- El río nace
entre rosales,
raíces de arces,
sombras de pinos,
aromas de tardes,
cañadas rumorosas
que hermosas caen
desde las crestas

y se tornan valles
donde los álamos
y los pinos grandes.

El río nace
y al poco de correr,
paso se abre
por la Cerrada de los Tejos
con son como un baile
de cascadas y rocas
y cien manantiales.
Algo más abajo,
en charcos renace
y a trechos se remansa,
a trechos se abre
cayendo en más cascadas
que cantan su cante.

Y cuando ya algo lejos
río se sabe,
sigue avanzando
y tejiendo valles
por entre laderas
y grises peñascales
y el río que nace
pequeñito y azul
¡Qué enorme se hace
cantando su canción
de niño que juega
y se torna grande!

El río nace
y lleva ya en sus aguas,
vida, amor y sangre.

684- Lloviendo estuvo sin parar
un mes entero
y desde mi oculto destierro,
miraba yo, al despertar
y me decía en secreto:

"¿Cuándo podré escaparme
y siquiera un breve momento
volver a pisar mis campos
y de la lluvia, empaparme
como quiero?

Y aquella noche en mi sueño
yo me sentí en libertad
y sin saber de qué modo,
volví de nuevo a pisar
la tierra que tanto amo
y tanto me hace llorar.
Qué bonita estaba la cumbre
toda llena de cristal
y qué bonitos estaban los montes
con sus trajes de azahar
y por ellos la lluvia cayendo,
los arroyos, a tope fluyendo
y las cascadas, saltar,
qué bonitas yo las vi
en la noche que fue libertad.

Lloviendo estuvo un mes entero
y luego, Dios mío qué verdad,
a raudales y bellezas limpias,
mostrabas con rotundidad
en los manantiales diamantinos

que cantaban tu cantar.

685- Después del valle de la hierba,
nace el río
y trescientos metros más abajo,
bien escondido,
le ofrece, al río, la sierra,
un escalofrío
de surcos tajados en rocas,
tan fino esculpido,
que no es obra sino sueño
de luz, en su nido.

Por la Cerrada de los Tejos
yo me fui perdido,
buscando meterme en el centro
de tan bonito
conciertos de cascadas y fresnos
y bello laberinto
y en la mañana de plata,
la que es como el río,
qué sinfonía de cascadas,
qué chorrillos,
qué tapices de musgo verde,
qué reflejos limpios
de oro incandescente
y de diamantinos
tonos transparentes,
brotando del río.

Por la Cerrada de los Tejos,
donde no hay camino,
el Guadalquivir aprende
su juego cristalino

y canta la canción que alaba
a su Dios y al mío.

686- Como en aquellos años,
anoche dormí, por fin,
en el centro de los campos.
Espléndido el cielo de estrellas,
la luna, un potente faro,
el silencio, tan espeso
que daba miedo tocarlo
y la quietud, soledad densa,
más que inundando, llenando
cada surco del espíritu
y ahí horadando
con la barrena del gozo
que da la muerte besando.

Anoche, otra vez comprendí
que el alma, por estos campos,
vive y reina a sus anchas
sin más casa que el espacio
del infinito sin límites
y como nada es materia en su reino,
ni tiene hambre ni frío
ni siente el calor del verano
ni la aspereza de los caminos
que el cuerpo va atravesando,
sólo experimenta el vacío
de los que fueron hermanos
y hoy ya no están
en la materia real
de estos hermosísimos campos.

Anoche, Dios mío qué festín

en el encuentro sagrado
contigo, donde las estrellas
son inmensos lagos
y la quietud, soledad densa
de tu delicioso abrazo.

687- En el verano y tres de agoto,
empujando a mi cuerpo,
me vengo por los campos.
Al caer la tarde,
en el calar alto
y en sus hoyos,
las ovejas sesteando,
al fondo, las llanuras,
los seis tornajos,
el camino retorcido,
un horizonte tan profundo
y de azul tan largo,
que hasta el alma se pierde
y en su gozo, buscando,
de rodillas adora
a quien siente amo.

Desde las cumbres elevedísimas
que en el centro, coronando,
son como las atalayas
frente a los caminos,
cañadas y llanos,
miro a la tierra
muy despacio
y empapo a mi espíritu
del sabor amargo
que mana de la tierra
del sueño quebrado.

Es tres de agosto,
por los inmensos campos
de la soledad y el amor
y yo caminando
por las empinadas cuestas,
triste, solo y buscando,
Dios, mío de mi vida,
¿qué ando buscando?

688- Se alza la luz
cantan los gorriones,
suena el reloj,
abro mis ojos,
despabilo mi mente
y todavía torpe,
recorro el espacio
y me digo despacio,
mientras voy tomando conciencia
de este día nuevo
que me llega sesgado:
¿Yo, para qué quiero
el día de hoy
aunque sea regalo?

Todavía tengo
como una colección vieja,
de retratos o cuadros
del campo que quiero
y todavía puedo
irme por la tierra
y pisar los caminos
que alimentan mi cuerpo,
pero yo hoy siento

que pasado mañana,
ya estaré lejos
de lo que todavía puedo
pisar y abrazar
y sentir con el fuego
de lo que es verdad
y tan dentro llevo.

Porque yo ¿para qué quiero
el día de hoy?
Me pregunto sincero
mientras me despabilo.
Y algo más despierto,
al repasar
en un rápido y sincero
recorrido por mi alma,
me digo y encuentro
que en el día de hoy,
te daré las gracias
porque aun puedo
pisar los campos
que tan dentro llevo.

689- La cascada azucarada
que se despeña ampulosa
justo donde el río Borosa
tiene a la sierra rajada,
qué bonita ella estaba
aquella mañana primera
que cubría con su niebla
barrancos, cerros y crestas
y llenaba con sus aguas
arroyos, fuentes y prados
a lo ancho de la sierra.

La cascada azucarada
no era sueño aunque lo era
sino un remolino de espuma,
un juego de primavera,
un abanico de flores,
una sinfonía de estrellas
que jugando a ser mayores
retozaban por la tierra
y se hicieron cascada de espuma
justo donde el río se estrecha.

Yo que en mi soledad
andaba buscando las sendas
que sueño y nunca encuentro,
aquella mañana primera,
qué regalo, sin buscarlo
me dio el cielo, enamorado
de mi amarilla tristeza
y por eso antes decía
que la cascada azucarada,
no era ella y sí era
la más bonita pincelada
que artista pintó en esta tierra.

690- Si los romeros pudieran
hablar como hablo yo
y contaran lo que vieron
mis ojos y mi corazón,
seguro que se teñiría
de azul, el fuego del sol
y de roja sangre la brisa
que va como de puntillas
por la tierra de mi amor.

Y quiero decir que yo iba
por la sombra sin color
que cubría al barranco ancho
y no buscaba a una flor
sino a la esencia que mana
del arroyo del primor
y al dar la vuelta al destino,
mudo se me presentó
el viejo tronco de pino
y de él, como en tierno amor,
las setas en forma de joyas
y agradeciéndoles a Dios
la forma y los colores
que sus manos les prestó.

Por eso decía al principio
que si hablaran como yo,
los romeros y los pinares
que aquella mañana me vieron
pasar por aquel rincón,
quizá pudiera algo entender
lo que por mi corazón,
en un instante sublime,
fluyó y se eternizó.

691- Tocaba su fin la noche
y en silencio descansaba
mi cuerpo sobre la tierra
que es dulzura en mi alma,
pasaba el viento fresquito
y amoroso me besaba
la frente, donde en mi sueño,
veía como soñaba

con mi cuerpo y el propio sueño
que de mi cuerpo manaba.

Se abrió la aurora en la cumbre
y las estrellas de plata
se apagaron en el cielo
y a continuación mi alma,
se me escapó de la carne
y sobre la cumbre alta
se inclinó y de rodillas,
te saludó en el alba
y el alba, Dios mío, qué bella
nacía aquella mañana
y cuánto de Ti, entre ella,
venía reluciendo en llamas.

Sobre la tierra del amor
mi cuerpo estaba y no estaba
y aunque mis ojos se abrieron
y frente a la hermosa alborada
se llenaron del misterio
que consolando, quemaba,
todo yo seguía en mi sueño
y diciéndome: “alma,
escapa ya de este destierro,
vuela y abraza
al Dios que vienes siguiendo
que Él llega y dulce te llama”.

692- Iba con mi asombro
y mi amor pequeño
gozando del perfume
que del campo bello
manaba en el otoño

de aquel día sincero
y llegué a donde el río
se hunde en lo estrecho
por entre rocas calcáreas,
milenarios tejos,
acebos frondosos
y retorcidos fresnos.

Y donde más se amontonan
los peñascos negros,
frente al charco dulcísimo
de miel caramelo,
detuve mis pasos
miré y qué portento
de zanjas talladas
en el recio cerro,
qué inmensidad
de sierra a lo lejos
y qué chorros más limpios
por el río pequeño,
saltando cristalinos
y jugando su juego.

El río diamantino
nace y ya es espejo
que enamora al alma
y es dulce y violento
y por eso engancha
y corre desde dentro.

693- Avanzó el verano
y todavía durante un tiempo más,
tuvieron agua los tornajos,
bebieron las ovejas y las vacas
y al poco, por los altos campos,

se secaron los manantiales,
se agotaron los pastos
y la tierra estaba tan reseca
que la grietas, con hondos tajos,
sembraron las laderas
y la suavidad de los llanos.

Unos días más tarde,
en lo hondo del barranco,
el río dejó de correr
y durante unos días más, los charcos
siguieron remesando agua
hasta que las ovas y renacuajos
comenzaron a morir sequitos
junto con las ranas y los mastranzos.

En los tres charcos redondos
los peces se quedaron aislados
y al irse agotando el agua,
en el fondo, amontonados,
se les veía nadar flamélicos
y se les veía morir asfixiados
entre los juncos y el fango
mientras por la orilla, los grajos,
saltaban y graznaban contentos
y el redondo charco
cada día quedaba más enjuto,
más crujía el barro
y era más intenso el olor a río seco
en el centro del verano.

694- LA CANCIÓN DEL RÍO
** Canto primero **

Canción que cantan las aguas
que brotan bajo las peñas
y traen en su alma clavada
la luz de las primaveras,
la pura blancura blanca
de las nieves cuando nieva
y los olores de los prados
cuando se visten de hierba.

Yo soy el río plateado
que corre y de asombro siembra
las laderas y los valles
que me van dando su esencia.

Canción que cantan las aguas
que bajan desde las crestas
y al transformase en cascadas
de espumas inmaculadas
que bailan en dulces fiestas,
reflejan con nitidez
el sueño que el alma sueña,
el azul de los cielos claros,
las noches llenas de estrellas
y también reflejan al Dios
del edén donde nacen ellas.

Y por eso el río plateado
que corre y de asombro siembra
las laderas y los valles,
es la vena que alimenta
los sueños que voy soñando
y, a veces, triste llorando,
por mi amada, hermosa tierra.

695- Amanece y ya camina
un día más que llega de nuevo.
Voy despertando en mi cama
y mientras medito y pienso,
nada encuentro que sea distinto
a las cosas que ayer fueron:

La misma preocupación,
el mismo sueño,
el mismo dolor que ayer
con su mismo eco,
la misma sombra en mi alma,
el mismo deseo,
la misma lucha,
el mismo empeño
en perdonar y pedir
que Tú mi Dios, tomes los remos
de aquello que anda torcido
y quisiera estuviera recto
para que haya un poco menos de dolor
en el mundo y en mi pecho
y para que lo que mi torpeza ha roto
se arregle y sea consuelo
en aquellos que como yo
quieren ser buenos.

Amanece y ya camina
otro día que llega de nuevo
y aquí me tienes, Dios mío,
pidiendo al cielo
por lo que me duele
y es tanta monotonía
en la soledad y el sendero.

696 - CANTA EL RÍO
* Canto primero *

Vengo de los manantiales
que brotan donde la tierra
es cañada primorosa
y por encima, altas crestas
y algo más abajo ya soy
primavera en las praderas
majoletos en las cañadas,
surcos tajados en las piedras,
algunos tejos milenarios,
soledades que son densas
donde pastan los corderos
y el sol juega.

- ¿Y quién te vistió ese traje
que es tan delicada perla,
tan perfectamente tallada
y tan cuajado de belleza?

- Vengo de los manantiales,
fuentes de la pura esencia
del amor más puro y fino
que el Autor de las estrellas
dejó por estos deliciosos
bosques siempre rumorosos
y espejo que bien refleja
su gracia y su hermosura
y de ahí tomó Él la grandeza
que ahora luzco en el traje
que mis aguas puras, llevan.

Y vengo de las cumbres blancas

que son mi cuna primera
y con mis primeras aguas
voy a fecundar la tierra.

697- PREGUNTAS DEL ALMA
** Canto segundo**

Río que yo te he encontrado
en la cumbre de la hierba
cuando iba caminando
por las ya borradas sendas
y herido, iba buscando
una brisa que pudiera
prestarme algo de consuelo
y que compañía me diera
en este mi amargo destierro,
¿Sabes tú algo del amado
que por aquí vengo buscando
de pradera en pradera?

Río que yo te he encontrado
cuando menos te buscaba
y más en mí necesitaba
el apoyo de una mano
¿sabes tú si puedo irme
en tus limpias aguas nadando
y apagar la sed que quema
mi existencia, tramo a tramo?
Sabes tú, río de la luz
¿por dónde va la vereda
que conduce al edén
que con fuego y amor, grabado,
llevo en mis carnes de seda?

Río claro, Guadalquivir
que debajo de una piedra
te encuentro dulce brotando
¿sabes tú por qué llorando
me paso la vida entera
y espero y vivo soñando,
sabes tú río montesino
qué es lo que mi alma espera?

698- RESPUESTA DEL RÍO
** Canto tercero**

Alma que en tu soledad
acudes a quien te diera
tu existencia material
y pides tener libertad
como libertad sincera
tienen las aves que van
por las cumbres y riberas
de mis aguas de cristal
y de mis playas de arena,

un poco entiendo tu dolor
y las llamas que te queman
donde tan abundante es
lo que a ti nada te llena.

Te vi asomar por la cumbre
herido de muerte bella
cuando el sol llenaba de oro
las inclinadas laderas
y me di cuenta que venías
con tus manos bien vacías,

con tu frente bien serena,
con tu corazón sangrando
y acariciando la tierra
que te viene dando el abrazo
que es para ti la fuerza.

Vente conmigo siguiendo
los caminos de azucenas
que van por mis aguas claras
y trazan tres mil veredas
en cada charco remansado,
en cada corriente serena,
en cada cascada saltando
por los musgos y las piedras
y te enseñaré el consuelo
que, al sueño que sueñas, lleva.

699- Como un forastero raro
yo me encuentro bien perdido
por tierras que no conozco
ni tienen luz ni caminos
y en mi pobre desamparo,
ando y me canso y ando
y nunca llego al destino
ni me alumbra ningún faro
que me oriente con su brillo.

Pobre forastero yo
que sigo andando y buscando
la mano de un buen amigo,
el apoyo de un hermano
¿y por qué no? El cariño
que alimente al corazón
que late pero sin ritmo

porque se siente forastero
en un mundo extraño y frío
que no eligió ni quiere
y me dicen que no es el mío

como un forastero raro
ando y ando sin camino
y lo único que me sostiene
es el sueño redondico
del Dios que en el corazón
me da su aliento divino
y presta la fuerza y valor
para seguir pasico a pasico.

700- Ahora ya, como escondidos
en el tiempo que pasa y pasa,
aquellos viejos sonidos,
algo se borran en el alba
aunque sus ecos heridos
aun retumben con las hachas
que daban sus golpes seguidos
contra los troncos y ramas.

Recuerdo yo en estos momentos
que primero se hacía la casa,
una choza de madera
y en ella se instalaban
las cuadrillas que a los pinos
marcaban y luego cortaban
y recuerdo que en la sencilla choza,
en las noches largas,
junto al fuego de las teas,
ellos tendían sus mantas,
cuando podían, bebían,

dormían, como podían,
comían tocino y matanza,
cortaban pinos al rayar el día
y luego los arrastraban.

Y recuerdo yo como en la sierra
los sonidos retumbaban
y por las laderas agrias
arrieros y tronco bajaban
dando tumbos y alzando polvo,
de sudor, la tierra regaban
y de ecos y sonidos,
a sueños y muertes calladas,
se llenaban los barrancos
de la sierra que pisaban.

701- Sobre la Peña Corva,
que al final de la llanura,
hermosamente corona,
contemplando al mundo, estoy
en la soledad sonora
que en la mañana de agosto,
es abril, entre amapolas.

Al valle y al Guadalquivir
las dos sierras, los encajonan
y las laderas descienden
llenas de bosques y sombras
coronadas por las cumbres
que platean y ampulosas
miran conmigo al horizonte
y no están solas:
corre el viento bien fresquito,
el sol calienta y sazona,

las nieblas suben por los valles
y en la llanura preciosa
de esta cumbre del infinito,
las ovejas duermen a la sombra,
blanquean las casas de los pastores,
cinco niños, por la muy rota
pista de tierra que sube,
charlan, juegan y se amontonan
junto a los cardos floridos
que adornan las mariposas.
¿Qué hacen por aquí estos niños
dónde la sierra es más honda
y en la soledad tremenda
del día que llora?

Y en la mañana otoñal
de este agosto, poca cosa,
qué bonita es la llanura
que corona Peña Corva
y qué sensación de libertad
y cuánto asombra
la belleza de esta lejanía
donde no hay nada más que paz,
soledad sonora,
Dios en forma de manantial
y cuanto ven mis ojos y gusto,
quizá la soñada eternidad
que intuyo a todas horas.

702- Trotaba por su cumbre
el hermano ciervo,
buscando la libertad
del espacio abierto
y yo que iba por allí

a la libertad, siguiendo,
al rodear unas matas
me lo encontré de lleno.

Trotaba por su cumbre
y al verlo,
detuve mi caminar
y detuve el tiempo
en el instante tan redondo
de gozo supremo
y como tantas otras veces,
me dije, desde dentro:
“Yo que no sé hablar,
Dios mío del cielo,
¿por qué de Ti recibo
tanto amor sincero
justo cuando más desnudo
y menos lo merezco?”

Trotaba por su cumbre
en la libertad del sueño
y cuando han pasado tantos años
y gustoso lo recuerdo,
me digo en la tristeza:
“También ya estará muerto
como los ríos de ilusión
que fueron en mi pecho”.

703- Cuando ya no esté,
pasado mañana,
ahora que estoy y puedo
gozar de las aguas
que por el río bello,
corren, plateadas,

quizá los charcos recuerden
que un día de heladas,
de aquel invierno perdido
en la gran montaña,
estuve meditando triste
mi dolorosa marcha.

Cuando ya un día yo falte
de las sendas blancas
que se borran en su silencio
tristes y olvidadas,
quizá el río recuerde
que lavé mi cara
mil veces en las nieves
que lo amamantan
y en las corrientes pequeñas
que saltan y cantan.

Cuando ya no esté
porque sin querer, me arrancan
del corazón que me alimenta
y me presta savia,
yo soñaré,
río de plata,
hasta que en la noche de estrellas
o en la alborada,
volvamos a encontrarnos,
alma con alma.

704- Ellos llegaron
y aquella mañana
de cielos azules,
campos dorados,
vientos fresquísimos

y grandiosos espacios,
estuvimos entretenidos:
recorriendo, callados,
los viejos caminos
que van agazapados,
de cortijo a cortijo
y de llano a llano.

Y cuando ya el día,
del otoño preñado,
llegaba a su centro
y nosotros en sus brazos,
se nos llenó el corazón
de mil sueños blancos
al rozar el río
y, en sus charcos mansos
y verdes orillas
de oro congelado,
dijeron alegres
aunque estaban llorando:

“Con el río que se va
hoy hemos jugado
y en sus olas serenas,
dejamos estampados
los sueños que vinimos
por aquí, buscando.
Mañana en la tarde
¿seguiremos unidos
en el mismo abrazo?”

705- Ocho de agosto y estoy sentado
frene al sol de la tarde que va cayendo,
las nubes arden en rojo dorado,

a mi derecha y por el cerro,
las águilas en círculos andan volando,
bajan hasta los pinos de la hondonada
y remontan otra vez al gran espacio.
Extasiada, las mira el alma
y por entre el viento,
que apenas se percibe pasar despacio,
se siente escapar hacia el infinito
como en un río de gozo blanco.

Con el águila que vuela el alma vuela,
atraviesa regiones sin ningún espacio:
para despegar del suelo y dominar la tierra,
meditar y sentir, sólo es necesario.

Sobre el cerro de la derecha
los que llegan del mundo civilizado,
planean en ala delta sobre los montes
y al alma al verlos, se le ha quebrado
sus alas de mariposa y llora ella
y dice en su silencio todo, callado:
“No cambio el vuelo del águila bella
ni los caminos que al campo ha regalado,
por este otro vuelo que inventan los hombres
y remonta de la tierra pero deja amarrado”.

706- En la tarde deliciosa que va cayendo
por el lado del sol y del barranco,
suben las ovejas hacia sus querencias
por la fuente rumorosa y el blanco pasto,
va el padre guiándolas y lleva el perro
y un poco más arriba se encuentra cortado
el viejo camino que remonta
y lleva al amor que en su pecho va soñando.

Va la niña, hija del alma,
subiendo en su juego, detrás del rebaño
y coge moras negras de las zarzas
y la niña, Dios mío qué gran regalo
en la soledad de la tierra dura
y en la lucha por la vida y el sudor amargo.
Y como la cerca corta al camino
que tantas veces ellos han andando,
las ovejas se vuelven y balan buscando
que el pastor las conduzca a la libertad
que siempre han tenido por estos campos.

Cae la tarde y qué bonita
reluciente de oro y empapando
los sueños del alma que ama y llora
y juega con las ovejas que se han parado,
se entristece con el padre que amargo llora
se alegra con la niña que es un regalo
del cielo, las estrellas y la blanca luna,
pero ahora la tarde, como rota o sujetando
a la libertad contra los alambres
y mientras se miran, dándose ánimo,
las ovejas, el padre y la hija,
por los pinos de enfrente, canta el cárabo.

707- Al sol de la mañana
se abre primorosa
la flor más pequeñita
que sueña con ser rosa
y tiembla encaramada
en lo alto de las rocas
mirando al río irse
cual grácil mariposa

que juega con el aire
y en él mismo, reposa.

Yo sé donde ella vive
y sé donde, amorosa,
al sol de la mañana,
se torna toda hermosa
y en cuanto se derriten
las nieves candorosas,
se abre cual princesa
montada en su carroza
y engalana a la sierra
hermosa y silenciosa.

Al sol de la mañana,
violeta de las rocas,
te saludo desde el alma
y me uno a tu sonrisa,
rocío que en pura gota
alaba a tu Creador,
el Dios que me enamora
y a ti, con la sierra entera
y mi soledad sonora,
abraza y da la vida
y de amor limpio, nos colma.

708- El nido redondo
del pasto plateado
que cuelga en las ramas
del verde árbol,
noguera fabulosa
cargada de años,
ayer se mecía
al viento tibio y blanco

que va por la sierra
llenando la tierra
de aquel amor callado.

Por el lado del suelo,
según el nido colgado,
se amontonan los pinos,
cientos de chaparros,
espesos sabinares,
lentiscos, diez mil cardos,
enebrizas rastreras
y toneladas de pasto
y ahí justo, en otros tiempos,
crecían los garbanzos,
trigales altísimos,
huertos bien cuidados
de tomates, pimientos y habas
y sudor callado.

Y es que el nido redondo
que aún sigue colgado
en la noguera ampulosa
cargada de años,
lo llenan de vida,
sus dueños, los pájaros,
pero en el viento y el tiempo
¡ cuánto está acunando
de la hermosa sierra
que domina y es faro!

709- Cuando ya no esté, Dios mío,
y el río del edén siga corriendo
con la transparencia que lo he conocido
y con la luz y gozo que me daba contento

desde aquella primavera que me lo encontré
chiquitico, allí donde duerme el viento,
para cuando ya no esté, Dios mío,
sólo tres cosas pedirte ahora quiero:

Permíteme que cada noche sueñe
con este río que aquí me dejo
y permíteme que sienta el rumor de su corriente
con la misma claridad que hoy la siento
para que mi corazón enamorado
no se muera de tristeza en aquel destierro.

Permíteme, Creador de las estrellas,
que cuando esté soñando este dulce sueño,
pueda percibir el olor de las montañas
que dan vida al que es el río más bello
y permíteme que pueda coger
los juncos y las ramas de los fresnos
para que en aquella distancia amarga
siga un poco más vivo, aunque esté muerto.

Permíteme, amado Dios de mis entrañas
que cuando ya no esté y me alimente con el sueño,
encuentre cada noche un prado limpio
y un poquito de hierba junto al sendero
para refrescar las sangre de mis venas
y seguir creyendo, que aunque muerto,
vivo todavía por estas riberas
donde recibí de Ti aquel tan hondo beso.

710- El sol rueda
y en la mañana parada
de este día, en la espera,
el viento que corre,
el silencio que besa

y la ilusión ahí palpitando
ya cansada y vieja,
hay que ver cómo duele
sabiendo que la puerta,
para dando la empuje,
cierra y cierra.

El sol rueda
y yo tras del tiempo
viviendo en la espera,
respiro y no vivo
sino que en la esencia
que alimenta el destino,
voy por el camino,
rueda que rueda
sabiendo que la puerta,
para donde la empuje,
cierra y cierra.

El sol rueda
en la corta mañana
que no es primavera
sino agosto tronchado
sin calor ni fuerza
y en la monotonía
que pesa y pesa
¿dime Tú, Dios mío,
para dónde la puerta,
si empujo,
se abre o se cierra?

711- No lloréis por mí
flores de mi edén,
río Guadalquivir,

fuentes cristalinas
donde yo bebí
al amanecer
y en las tardes frías.
No lloréis por mí
nieblas que vestidas
de la luz de Dios,
me dais compañía
en mis soledades
y cuando recorría
los viejos caminos
que me daban vida.

No lloréis por mí
prados inmaculados
de las hierbas finas
ni vosotros, amados
arroyuelos claros
de aguas más que limpias,
no me echéis de menos,
espliegos y romeros,
robustas encinas,
robles carcomidos
con mil avecillas.

No me echéis de menos
ni lloréis por mí
cuando ya me encuentre
muy lejos de aquí,
en lo más adentro,
a todos os metí
y donde Dios y el cielo
se unen con mi sueño,
seremos y ya, sin fin.

712- La voz buena que me habla
cuando duermo y, vivo, sueño
y cuando voy por los caminos
que surcan las montañas,
me dice toda ensanchada
que la liberta que espero
y rebusco desde el alba,
dentro de mí yo la llevo
y empieza ella y se acaba
allí donde me da su beso
Dios y mi dolor se para.

La voz buena que me guía
al abrirse la mañana,
si no fuera porque alimenta
a mi pobre y triste alma,
¿qué sería de mí tan herido,
tan vencido en la batalla,
tan al margen del camino
que mi cuerpo, enclenque, anda?
¿Qué sería de mí sin la voz
que en lo hondo bien acompaña
y me dice que espere en Dios
que me ama?

La voz buena que escuché
entre aquellas hierbas claras
cuando aun no sabía hablar
ni sabía querer ni soñaba,
con tanto como estoy orillado
y soy y me siento nada,
¿qué sería de mí si no tuviera
este norte y esta llama

para seguir en el camino
tan sin apoyo y sin agua?

713- En el centro de la cueva
de pie, mirando,
cerca de la puerta,
la madre, observando,
al fondo, a la derecha,
los que han llegado:
- Ya se ha dicho que fuera
y en poco rato.

Junto a la chimenea,
el ruinoso camastro,
cerca, la niña juega,
padre, mira callado,
dos escobas, una pleita,
un lebrillo de barro,
la sartén, negra,
tres platos,
alguna albarca vieja,
la hermosa madre, quieta
y triste, llorando:
- Al otro lado de las crestas,
por donde el río ancho,
tenemos la otra cueva.
- Pero madre,
aquí se queda
el arroyo claro,
la fuente fresca,
el verde prado,
la montaña excelsa
que tanto amo,
la dulce vereda

que lleva a lo alto
y además se queda,
madre mía...

Desde aquel punto de la tierra,
a donde nos vamos,
a más de veinte leguas
me quedan, estos campos,
madre ¿de qué manera
y dime madre, cuándo
podré volver a las hierbas
que dejo en estos prados?

En el centro de la cueva,
mudos, mirando,
el sol de alumbrar, deja,
once de agosto raro
y el corazón, Dios mío,
amargo y amargo.

714- Se me pone de punta
la sangre en el cuerpo
cada vez que el día
se planta en su centro
y la muerte, aullando,
se me hace recuerdo.

Se me pone de punta
la carne por el cuerpo
cada vez que lloro
en mi desaliento
y te llamo como un niño
que se sabe indefenso
porque siente que le falta

apoyo en el viento

y debo decirlo
para que se sepa
lo que estoy sufriendo
y, quede recogido
aunque no sea eterno,
que aquel día, Dios mío,
frente a lo inmenso
de tu presencia nítida
y el tremendo encuentro
de la hermosura sincera,
se me puso de punta
la sangre por el cuerpo
y me tembló el alma
hasta el mismo miedo
al sentirte tan cerca,
Dios de mis sueños
y notar tan pequeña
la vida que tengo.

715- En el Collado de la Luz, descansa
la curva del arco iris,
balcón grandioso que se alza
entre la tierra y el cielo,
corazón y gozo del alma
y alivio exacto del sueño
en la hermosa noche soñada.

El primer extremo del arco iris
parte y se inclina de la casa
preciosa y gozo supremo
de la que, eterna es, buena hermana,
sube como en escaleras

o balcones que Luz engalana
con todos los tonos de los colores
y con todas las sensaciones sanas,
cada balcón, tan redondo en sí,
es una eternidad que regala
una vida completísima
en gozo y visión tan clavada
que según sube de la tierra
crece y con más placer remata.

Pues subía yo la otra noche,
tras el beso de la hermana,
con cuatro frutas en el zurrón
y delante, iban mis cabras
y después de los descansos
en las sombras y en las aguas,
coronamos al Collado
y Dios mío, qué espectáculo
se abría y se ensanchaba,
qué descanso más completo
sobre todo, para el alma,
pero también para los ojos
y la libertada ansiada,
realidad por la que en la tierra
tanto sufro, en la batalla.

- Hermano bueno, en el destierro,
¿qué se goza y qué se alcanza
desde este lugar tan bonito
que en el arco iris, descansa?
Me pregunta la hermana de la tierra,
hoy, mucho más que guapa.
- Cada escalón hacia la cumbre
es como el edén que soñaba

o como millones de primaveras
floridas y bien concentradas
y cuando se llega a la redondez
del gran arco iris en calma,
hermana dulce y bien querida,
tendrías tú que ver cuanta y cuanta
es la satisfacción y la hondura
que se ve, se goza y se palpa.

Y desde la tierra y el otro extremo
del arco iris de Luz clara:
- ¿Entonces, por fin has conseguido
entrar y ver que tu esperanza
no era vana y sin sentido?
- Era como la soñaba
y tú, madre y padre, estáis en ella
con el amor que bien ama.

716- El arroyo primero
que se fragua en las cumbres
y antes de hacerse fragoso
se hunde hasta el corazón
de los calares rocosos
y luego brota en manantial,
cristalino y caudaloso,
donde las zarzas se espesan
y crecen los fresnos añosos,
baja repleto de sombras
y se hace silencioso
en sus charcos alargados
entre el bosque rumoroso.

Yo lo tengo recorrido
en las tardes del otoño

y en los rincones tranquilos
con primaveras de fondo
y lo tengo tan fundido
a lo que en mi alma, es gozo,
que el arroyo primoroso
que se fragua en las cumbres
y se hace delicioso,
al pasar por los robledales
que se aprietan con madroños,
es como una vena de vida
que me conecta en lo hondo
con la aurora florecida
que en mis sierras busco y lloro.

Al arroyo primoroso
¿cómo lo voy a olvidar
si junto a él, yo reposo
desde aquella tarde de abril
que me emborraché de gozo?

717- Junto al arroyo de los juncos,
bien lo recuerdo,
en la parte alta,
la que pega al huerto
y por donde se le acerca
el otro cauce pequeño,
sólo crecían tres encinas,
dos majoletos,
algunas cornicabras,
un pino recio
y no más de diez o doce
tomillos, entre romeros.

Pues ahí mismo

y, al lado derecho,
que es donde la tierra estaba llana
y, cuando yo pequeño,
en el polvo del camino
jugué muchos juegos,
ahí mismo construyeron casas
con cristales y cemento
y luego asfaltaron el camino
y junto a él, pusieron
farolas lujosas
y un montón de letreros.

Y claro que no pasa nada
que hicieran lo que hicieron,
pero es que a este arroyo y lugar,
siendo bien pequeño
y hasta que me hice mayor,
llevaba yo los cerdos
a que pastaran y se bañaran
en sus aguas y cienos
y ahora, después de tantos años,
cuando lo veo y recuerdo
o cuando sin querer,
por las noches, lo sueño,
un halo de melancolía
se me aviva por dentro
y es porque yo allí,
quizá sin quererlo,
sigo siendo niño,
jugando mis juegos
y guardando la piara
de los quince o veinte cerdos.

718- El arroyo tiene una curva

y la curva tiene una llanura,
en la llanura crecen las encinas
y por la sombra que proyectan,
viene la senda llegando
de las dehesas de arriba,
pero un poco más abajo
de las tres colinas,
nace el manantial de las aguas
frescas, alegres y frías
y es donde las ovejas tienen
descanso, cuando caminan.

Pues aquella última mañana
de aquel tan bonito día,
las ovejas habían estado
pastando en los pastos blancos
del último valle de arriba
y al llegar el día a su centro
el pastor las recogió

y se las trajo sin prisa
al abrevadero alargado
y después de beber en las pilas,
siguió su rebaño bajando
en su exquisita armonía.

En la curva del arroyo,
la que no es tan chiquita
y tiene una llanura redonda,
que sí es bonita,
se paró y esturreó
al rebaño que traía
y el pastor, ahí se quedó
a la sombra de las encinas,

pensando en su meditación:
“En esta haza redondica
es donde el mundo se acaba
y comienza la hermosísima
eternidad que sueña el alma
y la tierra, tanto grita”.

719- La fresa, yo la encontré
donde el arroyo se estrecha,
crece el tupido vergel
de la hierba alta y fresca
y termina de caer
la corriente primorosa
que llega repleto de miel.

Junto a un charco redondico
que juega al esconder
con la fina hierba de la orilla,
con la luz del amanecer,
la densa sombra de los pinos
y el deliciosa vaivén
del vuelo de las mariposas,
la fresa que tiene su piel
color de la carne viva
y también del cuero o laurel
cuando lo destiñe el tiempo,
yo la vi y, sin querer,
se me alegró el corazón
al notar que en su pequeñez
la belleza se entretenía
jugando, también, al esconder.

Fresa silvestre y dorada
que escoges para nacer

las umbrías de un arroyo puro,
te quise conmigo traer
para gozarte en el tiempo
y como aquel día en tu vergel,
contemplarte en mi oración
mientras me llevas a Él.

720- Llegó la Navidad,
se puso gris el cielo,
el campo se llenó
de un blanco frío intenso,
dejaron los gorriones
de irse por sus vuelos,
paró en su marcha gruesa
la gelidez del viento
y según el día avanzaba
hacia su propio centro
fueron las nubes negras
más y más, cubriendo.

Cayeron los copos blancos
Jugando con su juego
sobre la hierba verde,
la seca tierra del suelo,
las ramas de los pinos,
las crestas de los cerros,
las praderas silenciosas
que andaban en su sueño
y llegando ya la tarde,
cerca y a lo lejos,
la sierra era un mar
de nieve con reflejos
que empapaban y llenaban
hasta el corazón, por dentro.

Me fui por los caminos,
los ciertos y verdaderos
y en el bosque de los pinos,
donde el barranco inmenso
y la cumbre de la luz,
Dios mío, qué reguero
de Navidad florida
en nieve terciopelo,
regalo fino y bello
de Dios para la Sierra
y el alma mía y sueño.

721- La sensación era
como si amaneciera un gran día,
en volumen, sin materia
y sin un nombre concreto
ni luz ni niebla,
pero sí en el ambiente se captaba
que el amanecer que llegaba
sólo le pertenecía, por derecho,
al pastor de las praderas,
que es el buen dueño
de la sorprendente sierra.

Primero se notó que la luz
se comía a las tinieblas,
al poco se vieron los pinares
y fue surgiendo la tierra
y llegó el momento exacto:
sobre la copa espesa
del gran pino grueso del campo,
el águila se posó
y como si despertar, quisiera

a medio mundo,
lanzó gritos y más gritos
anunciando un alba nueva.

Y ya digo: la sensación era
como si un día voluminoso,
sin nombre ni fronteras,
estuviera llegando al mundo
y sólo al pastor de las praderas,
joven que se pasa la noche
guardando a sus ovejas,
el profundo día que llegaba,
únicamente a él perteneciera.

722- Si no fuera porque lo soñado
es lo mejor de cuanto tengo,
lo más propiamente mío,
y rotundamente verdadero,
si no fuera porque esta noche
de un lago claro e inmenso
ha estado fluyendo sin parar
mi vida en forma de incienso
y he sufrido y he vivido
tanto como en lo concreto,
si no fuera porque el amor
me ha tenido en su centro,
lo que esta noche he soñado,
lo olvidaría ahora mismo
y a vivir el otro encuentro.

Pero si, cuando llega el día
y dentro de un momento,
parto de esta tierra mía
a otro rincón que está lejos,

doy las espaldas a la realidad
que abarco desde mi sueño
¿qué me queda en esta vida
donde ni soy ni tengo
o qué gusto me queda en alma
si prescindo de mi sueño?

Si no fuera porque lo soñado
es más que un vasto reino
por donde voy en libertad
y soy todo yo y juego
con lo que tengo necesidad,
podría decir que aquí, despierto,
estoy más en la verdad
que allí en mi sueño.

723- Detrás de cada roca
clavada en la ladera,
detrás de cada hoja
que al viento tiembla y tiembla,
detrás de cada tallo
brotando de la hierba,
detrás de cada sombra
de nubes en la pradera,
cada gota de lluvia
que deja la tormenta,
cada aroma de espliego,
tomillo o ajedrea,
cada roble cansado,
pinos o madreselvas,
detrás de cada brizna de vida
nacida de la tierra,
estoy yo y vivo entero
latiendo con la esencia.

Detrás de cada foto,
un trozo de belleza
que arranco con cariño
a la belleza excelsa,
estoy yo y no escondido
sino en amor que quema
y fundiendo con amor
materia, en llama eterna.

Detrás, Dios mío y en medio,
en el centro y en la puerta,
allí donde respira
o nace y se hace perla
una gota de rocío,
estoy en amor y espera
soñando hacerme río,
fuente, flor o primavera.

724- Se estaba ya poniendo el sol
y yo, en el centro de los campos,
en la cumbre misma del calar
y en el dulce llano
que se cubre hermosamente
de pasto blanco
y se empapa de la soledad tremenda
que mana llanto,
ahí mismo planté mi tienda
y con los últimos rayos
del sol que se estaba poniendo,
me fui saltando
por las rocas de la cresta
en busca de más llanto.

Di la vuelta a una dolina,
hoya, por estos pagos
y al alzar mi vista al frente,
en todo lo alto,
la hembra del muflón clavada
y quieta mirando.
Por detrás, ya donde el cielo
es azul lago,
remontado en la misma cima,
el pino parado
sobre las rocas ocres del calar,
la soledad que es llanto
y los rayos del sol de la tarde
que se va marchando.

Recuerdo el gran momento
como un sueño alado
y por eso di y doy gracias al cielo
que me dio el regalo.

725- No me quería venir,
pero he venido
y cuando ya he notado
que era el mismo sitio,
no quería abrir los ojos
y después de abrirlos,
no quería mirar
porque sentía frío,
pero al abrir los ojos
miré y lo que he visto,
Dios mío del alma,
cómo duele sin grito.

Donde estaba la casa

y crecían los pinos,
por donde vivían los robles
y los cien olivos,
por donde fui con mis juegos
siguiendo el camino
que cubren las retamas
y los buenos lentiscos,
por donde jugó la hermana
que dio el buen cariño,
por esta tierra noble,
sin querer, he visto
que han trazado carreteras,
han clavado discos,
construyen casas de lujo
y bloques de cien pisos.

Y yo que no quería venir
ni aparecer más por el sitio,
esta tarde, Dios del alma,
todo triste y partido,
me he quedado sin querer
amargo y dolorido.

726- Entre los pinos
estaba la casa,
lo recuerdo bien:
en la tierra llana
del barranco largo
que baja y abraza
donde brota el venero
y el alma se para.

Ahí mismo,
cien metros al alba,

estaba la cueva
que nunca se acaba
o lo que es lo mismo:
la que es tal morada
que sobre el buen corazón
se asienta y remata.

Aquella mañana,
la última quizá
y después, la nada,
ella sonreía
en la puerta sentada
y él estaba allí,
en su cueva del alba
y había como una plenitud,
una presencia amada
que trascendía dulcemente
y empapando, besaba.

727- Donde corría la cascada
que era tan bonita
y a donde me gustaba
irme por las tardes
o al nacer las mañanas
y quedarme allí en silencio
sin prisa ni traba,
ahora han puesto cemento
piedras cogidas con masa,
tubos de plástico,
grifos que manan agua,
canales bien adornados
y al final, una charca
y todo tan delicado
que siendo tanto

más parece pura falsa.

Y claro que me duele
tanto romper en ara
del progreso y moda
porque así a este paso,
el Hombre, machaca y machaca
y no queda ni un limpio remanso
ni un bosque virgen
ni una cascada
donde poder esconderse
y dejar que el alma
sueñe y rece
libre y a sus anchas.

Si al menos hubieran cogido
esa limpia agua
y hubieran hecho una obra bella
que con la de Dios, conjuntara,
tendría paso,
pero donde la cascada,
Dios mío lo que han hecho
y cómo me resulta rara.

728- Llegué yo a la llanura
del corazón de la sierra
y por donde la inmensidad,
la luz del sol y las estrellas
tienen trazados los caminos
que deliciosamente llevan
hacia la fuente fresca y pura
que el alma persigue y no encuentra,
me fui recogiendo en mí,
sin otra pasión ni meta

que la de agotar el regalado día
recorriendo la dulce tierra.

Salí del arroyo estrecho,
rocé las zarzas espesas,
recorrí la tierra anaranjada
toda áspera y reseca
y en la sencilla cañada
de la encina gris y la piedra,
donde los cardos aun florecían
como en primavera,
me encontré a la mariposa
solitaria y buscando ella
una gota más de savia
donde ya sólo pasto queda.

Quédeme yo allí parado
con mis ojos, triste siguiéndola
y cuando se posó a mi lado
más la contemplé despacio
y menos quise cogerla:
la rocé leve con mis manos,
le hice una foto de bella
y luego la dejé volando
en su amplio y libre prado
que es por donde van las sendas
en busca de la fuente pura
que el alma persigue y no encuentra.

729- Estando sin vivir en mí
y donde está sólo mi cuerpo,
al llegar la mañana brumosa
que viene de otros ruedos,
he abierto mi ventana

motivado por lo intenso
del rugir de la moto sierra
que de mí, no está muy lejos.

Y estando en este dolor
de vivir viviendo muerto,
al mirar he visto en el bosque
que a los cuatro árboles bellos
que aún quedaban con vida,
los estaban arremetiendo
con la sierra y con las máquinas
y con el fuego.
En unas horas el bosque ha quedado
arrasado por completo.

Desde la ventana mirando,
mudo, fijo y más que quieto
me he quedado un rato más
y sin saber si rezar,
llorar o mirar al cielo,
me he dicho, en mi tristeza:
“Estando donde no quiero
y sin ser dueño ni en la materia
tener interés concreto
¿por qué me duele en el alma
lo que estoy viendo?
Y como no tengo respuesta
me digo, mientras me muero,
que para vivir de esta manera
mejor acabar ya como ellos.

730- Regresando del día regalado
y de la alta sierra querida,
opto por darme un descanso

para antes de alejarme más,
tomarme de ella otro trago
y así gozarla otro poquito
dejando rellano mi espíritu
hasta el próximo regalo.

Desde el lugar llamado Pocico,
el más bello de los collados,
miro en profundidad
y veo al cielo arropando
desde el fondo infinito,
a un lado y a otro lado,
cerca, los verdes pinos,
las nubes blancas, volando,
la tarde, justo en su sitio
y yo, en el centro clavado
hablando conmigo mismo:
“¡Si fuera ya llegado
el momento que necesito
y aquí despacio!”

Regresando del día regalado,
para el mundo tan perdido
y para mí tan ensanchado,
frente a lo que tanto amo,
me detengo otro poquito
con la necesidad y esperanza
de, en un último abrazo,
darte las sinceras gracias
y echar otro trago
que me dé fuerzas y sostenga
hasta que llegue nuevo regalo.

731- Río arriba hacia la nieve

caminamos aquella mañana
sin senderos que nos lleven
al sueño que hay en el alma
sino siguiendo la orilla
de la arena fina,
el agua clara,
el siseo de las hojas
que al viento bailan
y siguiendo la emoción
del amor que en el corazón
ni cuando duerme, se apaga.

Llegamos a donde crecen
los robles que son atalayas
y al ponernos a descansar
y dejar que las miradas
se fueran por el edén
tras la dicha amada,
vimos que la sierra entera
como en bloque, iluminada,
mostraba tanta grandeza
de horizontes y de albas
que se nos congeló el aliento
y más con el alma extasiada,
dijimos de buen contento:

“Dios mío, que Tú nos amas
¿cómo no vamos a decirlo
si en vivas llamas,
nos quemamos ahora mismo
y no achicharras
sino que eres como beso vivo
que absorbes y ganas”.

732- En mi sueño vi un gran valle,
el río por el centro corriendo
y a la derecha del aire,
en la umbría que el sol calienta
al salir por las cumbres grandes,
una ermita construida
sobre la pura roca y asomada
al profundo y precioso valle.

Oí las notas de un órgano
que según caía la tarde
manaban de la ermita blanca
y en forma de ecos gigantes
resonaban por los barrancos
y los recios peñascales
por donde sube la senda
y por ella, los tres humildes mortales
que desde lo hondo de la sierra
traían a cuesta sus males
para dejarlos en la ermita
por la noche, cuando nadie,
los veía, sino el Dios del cielo,
el Santo y siempre Buen Padre.

En la ladera de enfrente,
donde acaban los hortales,
otra ermita entre las rocas
y subiendo los riscales,
desde el río y las dehesas,
otra senda y por ella
serranos con sus animales.
Al llegar al rellano se paran
y frente al río y olivares
dan gracias y piden amor

en las ermitas que ilumina el sol
sobre el río y su gran valle.

733- Se hizo la noche
y seguí por la senda
buscando la cueva
donde muerto, vivo.
Llevaba en mi pecho
no sé qué dolor
vestido de pena
cuando vi en la curva
la otra casa nueva,
en ella, la ventana
con la luz y abierta.

Del lado del monte
los tres pobres llegan:
- Venimos heridos
y escasos de fuerzas,
en el corazón,
un río de tristeza.
En la cueva de abajo,
la madre se queja
y se muere sin matas
entre gran miseria.

Seguimos subiendo
por la escasa senda
y donde el otro amigo
paramos en la puerta
y de él recibimos
pan y ropa vieja,
algo de consuelo
y al darme la vuelta

para irme con ellos,
la gran casa nueva,
con la luz encendida,
la ventana abierta
y dentro observando
lo que pasa en la tierra.

734- Sobre el cerro, en la tarde,
acaricia el viento
y la sierra a lo grande,
como si durmiendo
y esperara conmigo
despertar del sueño.

Sobre el cerro, en la tarde,
los pinos viejos
se mecen señoriales
desde su silencio
y saludan a la sierra
que duerme a lo lejos.
Como catedrales
ellos son en el monte
testigos fidedignos
de la historia y el tiempo
trajinando y llevándose
llantos y recuerdos.

Sobre el cerro, en la tarde,
Dios mío del alma,
qué hermosa se ha puesto
la sierra a lo grande
justo en el momento
en que yo pasaba
para que te alabe

y me venga muriendo
sobre el cerro, en la tarde
que acaricia el viento.

735- El pantano que remansa
a la sierra entera
cuando de ella se escapa
el agua que deja la nieve,
las nubes de las tormentas,
los otoños grises y densos
de hermosísimas y blancas nieblas
y los inviernos de escarchas
frías, transparentes y recias,
sujeta al Guadalquivir
donde se extendía la vega
y comenzaba el edén
que siempre fue por estas sierras.

Visto desde cualquier punto
el pantano, es belleza,
pero visto desde el balcón
que se esconde en las malezas
y sólo yo conozco bien
por lo mucho que en su puerta
me he parado a contemplar
esta grandeza,
el pantano del Guadalquivir,
las cumbres con sus crestas,
las nubes que riegan los campos
y la humilde tierra,
es como un sueño que al alma
hondamente embelesa.

Río, pantano y bosques

y la sepultada vega
no son paraísos distintos
ni distintas primaveras
sino parte de un mismo conjunto
que de Dios viene y a Él lleva.

736- Tres nubes blancas por el cielo
y la mañana quieta
como si ya hubiera llegado el momento
de la esperada fiesta,
dos nubes más sobre el horizonte
por donde pareciera
que al fin van a llevarme
lejos de esta tierra
y donde, más allá de la franja que veo
escasamente hubiera
horizontes azules que se alargan
en honda tristeza
aunque también ahí esté Dios
con su gran belleza.

Tres nubes blancas por el cielo
y la mañana inmensa
voy yo con mi corazón
rastreando la tierra
y persiguiendo en mi soledad
perfume y huellas
de aquel que me dio la vida
y lenta se la lleva
y la congoja en el corazón
a fuego me quema,
mas no es congoja sino sed de Dios,
hastío de la tierra,
sequedad de tanta soledad

y tantas heridas viejas
que sangran un día y otro sin parar
y nunca se cierran
y es que mi alma, qué bien lo sabe,
Dios, sólo llena.

Tres nubes blancas por el cielo
ocre la tierra,
solitario el álamo en el llano inmenso
la luz que lo besa
a lo lejos lo saludo el cerro
la hierba reseca
y al pasar el pobre viajero
se para y reza:
“Hermano, contigo me quedo
y a tu sombra vieja
apoyo mi esperanza cansada
a ver si se acerca,
esta noche cuando estemos durmiendo,
Dios y nos lleva.

737- No hay placer que tenga
mejor sabor
que el placer que ofrece la sierra
en cualquier rincón
al recorrerla despacio
y dejar que el corazón
se vaya llenando de ella
hasta la emoción.
Y este placer que digo
es con razón
mil veces más completo
al llegar la estación
del otoño mágico

que conozco yo.

Se riegan primero los campos
y de ellos el olor
se expande por los barrancos
cual jazmín en flor,
surgen luego las nieblas,
otro primor
subiendo por las hondonadas
al caer el sol
o por las mañanas claras
aun sin calor.

Y cuando ya el otoño mágico
se ha hecho canción,
de los bosques húmedos y densos
brotan sin temor
los níscalos y las setas blancas
vestidas de amor
y entonces es cuando se completa
el mejor sabor
del placer que ofrece la sierra
en cualquier rincón.

738- El puntal cae redondeado
desde medio día hacia la tarde,
las encinas lo van arropando
y según se hace más valle
llegan y le cortan el paso
el arroyo de los juncos
y el precioso río largo.

Pero donde el puntal cae,
de la tierra va brotando

un cataclismo de rocas
y bajo ellas se ha tallado
la cueva de mis querencias
que también es mi palacio.

Pues aquella mañana completa,
la cuarta que en este espacio
yo llevaba haciendo noche,
llegó la hermana del lado
de la llanura ancha y larga,
me saludó y nos sentamos
frente al río donde el arroyo
se le entrega y se hace manso.

Aquella mañana el arroyo
llegaba rebosando
y el río del lado de la tarde
lleno hasta el borde y ancho
llegaba rumorosamente
y de un lado y de otro lado,
caían las aguas a mantas
y al juntarse, se hacían lagos
a los pies mismos de mi cueva
y por donde padre y el rebaño
aquella mañana iban,
también muy empapado.

739- Cuando el día llegó
levanté mi tienda
del bello rincón
donde las estrellas,
la luna y el sol
me habían acompañado
en mi sueño mejor.

Recogí las mantas,
respiré el sabor
del aire purísimo,
de la luz y el color
que sobre los campos
se habrían en flor
y por el viejo camino
que va por los pinos,
me fui en oración.

Cantaban los pájaros
su nueva canción,
corrían las liebres
al sentir el rumor
de mis pasos leves,
bebí en la fuente
que mana candor
y lavé mi cara
del polvo y el sudor.

Me senté en la roca
y estaba, con amor
dando gracias sinceras
por el gran favor
de tan bella sierra
cuando en el verdor
del tallo que en el viento,
se mecía en su temblor,
lo vi encaramado
repleto de honor.
“Pajarillo libre
que de parte de Dios
vienes a saludarme,
¿cómo puedo yo

un poco pagarte
este gozo y favor?”
Dije sin querer
desde mi oración.

740- Siguiendo al río por sus barrancos,
sus charcos y blancas cascadas,
sus tonos oscuros o claros,
sus verdes riberas pobladas
de mimbres, juncos y álamos
o sus aguas remansadas,
sin querer, yo he aprendido
las canciones que las aguas
desgranan con notas tales
que sólo vibran en el alma.

He aprendido sonidos
que nunca antes yo captaba,
y cantos de mochuelos y búhos,
lechuzas enamoradas,
el crujir del hielo en las noches,
las melodías de las escarchas,
los vaivenes de las adelfas
que se doblan y levantan,
la danza del fino rocío
que viene volando y se engancha
en las hojas de la hierba
y en los olivos de plata.

Siguiendo al río yo he aprendido
que la corriente es clara
y además, es alegre y llora,
la luna brilla en su cara,
le cantan canciones los grillos

y los álamos, con sus alas,
expande al viento su perfume.
Así que siguiendo al río
¡Cuánto se aprende y se ama,
se reza y se venera,
se agradece y se alaba!

741- En medio del garbanzal
que los serranos, en la planicie
siembran y cuidan con amor
para sacarle el sabor
a la tierra que en el alma existe,
yo me encontré aquel día
el color puro del salitre,
el rojo amapola del amor,
el amarillo que invita al convite
del sudor que regala el sol
y el azul que siempre viste
el valle que es expectación
en la gran planicie.

Y en medio del pedregal,
tenue ocre, amargo y triste,
pero oro puro para ellos
porque ella le permite
convertir sus sueños en el pan
que comen cada día, libres,
yo estuve aquella mañana
buscando los excelsos límites
de mi corazón y los caminos
que van justo por las lindes
y, Dios del cielo, qué grandeza
en aquella gran planicie.

Qué pequeña se sentía el alma
ante el invisible artífice
de aquel cielo plateado,
aquel garbanzal y salitre,
aquellas flores que al viento
daban su beso callado
y hablaban desde su escondite.

742- Junto al venero de los berros
pusimos la tienda aquella noche,
era invierno y los majuelos
estaban desnudos de hojas,
parada la savia en ellos
y por las crestas de los cerros
había nieve blanca y roja.

Recuerdo que por allí mismo
corría el limpio arroyuelo,
hicimos una poza en la tierra
y al quedarse claro y sereno
de ahí cogíamos el agua
que tenía sabor de cielo,
de cumbres solitarias,
de miel puro caramelo
y de tierra amadísima
que no conocía más sueño
que el que por allí llevaban
nuestros pechos.

Y recuerdo que al amanecer
nos despertaron los ciervos,
los jabalíes que en estampidas,
al oler el sudor de los cuerpos
adelantaron a la aurora

y asustados se perdieron,
pero tras ellos nosotros
nos calentamos en el fuego,
cogimos agua clara del charco,
cogimos muchos berros
y con aceite de oliva,
con la sombra de las rocas,
con la luz que traía el día
y con el amor y el beso
de Dios que allí estaba y consolaba,
hicimos una ensalada
y de rodillas junto al arroyuelo,
alimentamos las almas
y alimentamos el cuerpo.

743- Se dormía la tarde
vestida de cielo
sobre el amplio valle
y el rocoso pueblo
y se dormía la tierra
que cae desde el cerro,
la pequeña hierba
que venía saliendo
en aquel apartado
rincón que yo quiero.

Pasaba por allí
sin llevar sendero,
pero sin buscarlo
el amor que quiero
y andaba rezando
y ardiendo en el fuego
del que da el abrazo
por fuera y por dentro

y mudo en la tarde
me dije sin acento:

“Tú que me has creado
y has plantado en mi pecho
un jardín florido
con cien arroyuelos,
dame la humildad
y el gusto concreto
para que en la tarde
vestida de cielo,
sepa agradecerte
lo que das y tengo”.

744- Donde nace el Guadalquivir
no hay fuentes concretas
aunque sí hay manantiales
que bajo las peñas,
los tejos milenarios,
las praderas de hierba,
los espliegos morados
y las dulces violetas,
dan acogida y manan
las aguas primeras
del río plateado
que atraviesa la sierra.

Donde nace el Guadalquivir,
de donde sus veneros
recogen el rocío
que al juntarse, llevan
fuentes y arroyuelos,
cañadas y praderas,
es de las cumbres

altivas y recias,
pobladas de pinos,
murallas de piedra,
barrancos profundísimos
y largas laderas.

Donde nace el Guadalquivir
en pura presencia,
es justo donde la tierra termina
y el cielo comienza.

745- La higuera redonda
de los higos negros
que cada año en agosto
los maduraba
y eran tan buenos,
ya tampoco está
ni la tenemos.

Sobre el cerrillo,
entre los enebros,
se alzaba ella
invierno tras invierno,
siempre lozana
y hasta recuerdo
que cerca de su tronco
había un avispero
que me perseguía
cuando iba a coger
los higos negros.

Y sobre el cerrillo
están construyendo
casas lujosas

que venden a buen precio,
pero a este paso
pronto no tendremos
ni tierra virgen
ni higueras frondosas
que den higos negros
y ¿cuántas otras cosas
Dios mío, no tendremos?

746- El día que no pueda pisar
los paisajes que bien amo
¿cómo me podré apañar
para seguir alimentando
la vida que en el espíritu
me fue brotando?
Y me estoy refiriendo en concreto
al momento en que ya mis pasos
nunca más podrán ir
por los queridísimos campos
de las sierras que me nacieron
en el corazón enamorado.

Yo nací pastor de ovejas
entre montes y entre pastos
y cuando aún no sabía hablar
me entretenía jugando
con las corrientes de los arroyos,
con los grillos y sus cantos,
con la lluvia de dulces gotas
en los inviernos aplanados
y también jugué con bellotas
y los madroños dorados
cuando temblaban en las ramas
de los bosques densos y largos.

Jugué con las amapolas,
con mil corderillos blancos,
y el arrullo de las tórtolas
por los amados barrancos.
Mi corazón se enamoraba
más y más de aquellos campos.

Ahora quieren alejarme
del rincón, paraíso amado
que a ha dado alimento a mi alma
día a día sin descanso,
pero ¿cómo podré yo vivir
junto al mar que nunca amo
o en esa inmensa ciudad
que tampoco tiene prados?
El día que ya no pueda andar
por los paisajes que amo
¿cómo podré yo seguir vivo
Dios mío, Padre amado?

747- Saber sabe mucha gente
por dónde se escapan las nieblas,
por dónde nacen los ríos
que atraviesan estas tierras,
por dónde manan las fuentes
que dan al Guadalquivir
aguas frescas
y también por dónde van
las ya desaparecidas sendas
y cómo son de bonitos los nombres
que arroyos o montañas, llevan.

Saber sabe mucha gente
que los pinos de los bosques

crujen y violentos tiemblan
cuando las nevadas caen,
estallan fieras las tormentas,
soplan los vientos invernales
y los hielos crudos quiebran
a las rocas en las montañas
que ruedan por las laderas.

Saber, Dios mío, saben muchos
de las perdidas aldeas,
de la soledad de los pastores
en las espléndidas praderas,
del manar de las fuentes claras
y de mil otras cosas concretas,
pero sentir como yo,
Dios del alma que me quiebras,
sentir la sangre latiendo
y en ella, hirviendo la sierra
en amargísimas lágrimas
y en hondos lagos de tristeza,
sentir así a estos paisajes
y sentirte que me besas
con el amor que da la muerte
¿Quién conoce así la sierra?

748- Hiedras que yo te encontré
por el barranco tercero
del monte que atravesé
siguiendo a mi sueño
y aunque el alma iba cansada
de tanto llorar en silencio,
frente a ti yo me paré
y a lo largo de un momento
de mi parte medité.

¿Cuántos años tú creciendo
llevas enredada a este pie
de pino viejo?
¿cuántos años tú estrujando
de la tierra, la limpia savia
que es alimento?
Y frente al calor del verano
y en los hielos del invierno,
tú sinuosa agarrada
al tronco añejo
¿fue el tronco el que vino a ti
o fuiste tú a él primero?
Quizá diera casi igual
porque lo cierto
es que los dos formáis uno
hacia las nubes y el cielo.

Hiedra que yo te encontré
por el barranco tercero,
qué envidia siento de ti
que aunque seas esqueleto
tienes quién te sostenga
y te dé el volumen perfecto
que necesitas y quieres
en tu camino hacia el cielo.

749- El autillo delicado
que esta noche de luna
por el campo ha cantado,
ha sido acompañado
por la voz del cárabo
y por los gritos del mochuelo
que también ha cantado.

Y en la noche sinuosa
que ni siquiera he tocado
aunque han estado las olas
todo el tiempo sonando,
yo andaba por las calles
de rincones muy extraños
de ciudades enmarañadas
que me crecían en el alma
y me dejaban llorando.

- Pregunta a la luna
que clara luce brillando
qué es lo que te pasa
o qué está pasando
para que haya tanto remolinos
y todo esté tan derrengado
por este mundo que vez
y siempre andas soñando.
Me ha indicado la brisa
que andaba por aquí brincando.

He preguntando a la aurora
después de que el cárabo
haya cantado otras tres veces
y me ha dicho el álamo:
- Es como un remiendo
que falso, le han pegado
y aunque sirve para andar
y salir del paso,
la realidad y verdad
se encuentran tras del trapo.

750- En la noche quieta
de luna brillante

y de paz serena
que reina galante
a lo ancho del campo
que tengo delante,
canta el autillo
y su fino cante
se me engancha dolido
en el sueño y su sangre.

Siento a la hermana,
la fresca estrella
que juega y es amable,
que viene bajando
por el monte adelante
y al llegar junto a mí
me dice al instante:
- Yo soy la dulce
que viene a consolarte
y a llenar de ternura
tu dolor vacilante.

Comprendo que es verdad
porque ya soy dichoso
con ella delante,
pero como el autillo
sigue con su cante,
pregunto por si ella
sabe descifrarme
su dulce y triste voz.
- Ese fino sonido
que del autillo sale
es como el quejido
de una estrella errante
que se hubiera perdido

y en la fuente diamante
estuviera parada
sin dejar de quejarse.
El autillo en la noche
y la hermana galante,
están y refrescan
mi alma y su sangre.

751- Conozco a la ladera
y a la sombra que proyectan
los pinos sobre ella,
conozco el barranco
de la luna nueva
que es donde mana
la fuente serena
y por eso sé
que en la limpia cresta
de la cumbre que corona,
duermen las ovejas
que padre apacienta
por las finas hierbas.

Pues aquella mañana
de hermosa primavera,
estaba él tan contento
sintiendo que muy cerca
estaban los cerezos
cargados de cerezas
y más hacia el barranco,
estaban los almendros
con un millón de almendras
y las encinas grandes
que no lejos se encuentran,
también estaban dobladas

de flores en promesa.

Y estaba el buen padre
con su alma tan llena
porque el año le traía
una rica cosecha
cuando habla, presumiendo,
el que ha llegado de fuera:
- En mi ciudad blanca
el mar se refleja
y tenemos avenidas
con coches y mil fiestas
y todo es mil veces más lujoso
que esta, la tuya sierra.

El buen padre escucha
y en su alma tan buena
sigue con el orgullo
de abundante cosecha.

752- La madre mía
y la hermana del alma,
esta noche, que para mí ha sido
como una cárcel sin murallas,
han venido ellas a visitarme
y a traerme sorbos de aguas
y la madre mía querida
con su hija bien amada,
al verme como me han visto
me han dicho preocupadas:
- ¿Todavía sigues tan privado
de la libertad que soñabas
y todavía sigues incomprendido
como aquel día del alba?

Y a la madre mía querida
ninguna respuesta clara
yo he podido darle sincero
y a la que sigue siendo amada,
lo único que he podido decirle es que:
- Fíjate cómo se me pasan
los días, las noches y los años
y, en esta vida mía tan larga,
siempre esperando un consuelo
o una satisfacción granada
que dé solidez y cimientos
al sueño que hay en mi alma.

Y la hermana mía, la hermosa,
de sonrisa que dulce cala,
me ha cogido de la mano
y dándome un beso en la cara:
- Nadie te quiere en este mundo
porque dicen que eres raro,
pero la madre que bien ama
y yo que sigo a su lado,
cada noche y por el alba,
vendremos a darte un abrazo
para que ganes la batalla.

753- Ante la imagen limpísima
de este cuadro intenso,
aunque sea un poco y leve,
se me refina por dentro
el amargor que me tiene
invadido todo el tiempo,
parte del espíritu mío
y el corazón de mi aliento.

Aunque sea un poco y leve
ahora descanso y recuerdo
aquella tarde de verano
que siguiendo el impulso ciego
remonté la pista de tierra
y sin rumbo, me fui perdiendo
en lo más hondo de la sierra
cuando al dar la vuelta al cerro,
por entre los pinos y al frente,
la cumbre del gran misterio,
me saludó todo hermosa
como en un misterioso juego.

Ahora recuerdo y descanso
aunque sea un leve momento
de la desolación mía sin nombre
cuando vivo y voy corriendo
por mis libres campos de luz
como en aquellas tardes y encuentros.

754- A mí, que no sé hablar
y todo entero soy tan nada
que ni letras tengo ni títulos,
ni nombre ni tierra ni casa
y lo que más llego es a tener
cuerpo enclenque y carne flaca,
a mí que me regalaste aquel día
una espléndida mañana,
un camino ya olvidado
que atraviesa las montañas,
un silencio profundísimo
donde se te oías que andabas,
un arroyo de aguas limpias,

un bosque espeso y virgen
y una flor inmaculada.

A mí que no soy nadie
o un ser de clara calva
que pasa y a nadie interesa
ni a nadie importa lo que habla
y por eso quedo arrinconado,
cosa de poca importancia,
a mí, me regalaste aquel día
la primavera completa
y me diste la fuerza exacta
para que andara los caminos
que también me regalabas
y el viento con el blanco sol
y el amor por la tierra amada.

Tú te fijaste en mí
sin tener títulos ni habla
y me regalaste la belleza
cuando yo aquella mañana
de tu mano iba por el edén
que también me regalabas.

La sabiduría de Dios es más sabia
que todos los premios Nobel juntos.

755- Sentado en la roca misma del tiempo
siento que me lleva en sus brazos
y nada puedo hacer por detenerlo
o cambiarlo para un lado u otro lado,
sentado pero luchando hasta donde puedo,
miro al futuro y nada tengo claro
como no tengo claro nada sobre el presente
y menos para cambiar el pasado.

Desde la roca del tiempo que pasa,
por entre las rejas de la lejanía,
miro sin querer y ahí veo bregando
aquella madre buena y aquella hermana mía
que sí me daban amor cuando estaba malo
y me daban ánimo cuando no podía.
Suben ellas y aún no han llegado
al valle ancho entre las encinas
y traen a sus espaldas, cabezas y brazos
sacos de bellotas, todas recogidas
en los chaparros viejos y del lado
de las tierras al norte y al medio día
que es donde el corazón palpita amarrado.
- Madre, corred que os vienen persiguiendo.
Quiero gritarles desde el tiempo hermano.
- Corred madre que nadie os quite
el pan que alimenta al dolor callado.
Pero ellas no me oyen ni puedo ayudarles
porque estoy lejos y bien al otro lado
del tiempo que pasa y en su lenta marcha
a todo lo acelera y a todo va frenado.

Sentado en la roca del tiempo redondo,
al frente, la colina y el valle alargado
por donde van las veredas y rozándolas a ellas
veo a los huracanes que se van llevando
a mi vida y sus vidas y a los sanos frutos
y como todavía no sé hablar ni sé qué lo me hago:
- Madre, que vienen los remolinos violentos arrasando
¿me quedo quieto, corro, grito o cobarde me escapo?
Y ella, desde el otro lado y más allá del tiempo:
- No tengas miedo,
Dios está arriba y aquí dando la mano.

756- Se viene alzando el día
desde el fondo y a paso lento,
hay una luz desvaída
que me viene envolviendo
y me despierta sin prisa.
Canta el cárabo
a escondidas,
gritan los mirlos
como si fueran de huidas,
dejo mi cama entre los pinos
y por la senda chiquita
que sube al cerro del centro
me voy envuelto en la brisa.
En el barranco primero,
tres ciervos que me miran,
un zorro que está con ellos,
dos marranos con las crías
y en lo alto de las rocas
varios pájaros que pían.

La senda sigue adelante
y por el barranco tercero
aquella mañana subía
madre, padre y el hermano
con un haz de leña fina
una talega de bellotas,
mucho miedo encima,
hambre en el alma y cuerpo
porque eran las cosas distintas.
Hoy, ya no están ellos,
pero en esta aurora perdida
lo que más llena, es su recuerdo
porque en otro lado del mundo,

Dios mío, cuánto chirrían
buscando cada cual lo suyo
mientras el otro grita.
Se mece ahora el día alzado
y en él medito sin prisa
el dolor que dentro tengo
y aquel trocico de vida
que en nada se parece a este
ni tampoco lo necesita.

757- “Yo sé que ahora vendrán
y donde tengo puesto el corazón
y en él, clavada la espina,
intentarán golpear
para que la sangre siga
fluyendo con más dolor
y engangrenando la herida”.

Se decía esto el pobre hombre
aquella mañana perdida
de aquel verano podrido
que no tenía más salida
que la mediocridad de las cosas
cuando nacen de la envidia
y el pobre hombre lloraba
en su silencio, a escondidas
pidiéndole a cielo un consuelo,
una ayuda pequñica
para que las cosas fueran
por la auténtica salida
que lleva a la verdad
y da la vida
en lugar de matar.

“Pero yo sé que ahora vendrán
y me quitarán la vida
para que así el mundo quede limpio
y la cosecha bendecida
porque el mal que correo
si daña, se quita”.
Seguía diciéndose el hombre
y en su alma dolorida
ni vivía ni tenía la muerte
ni tampoco otra salida
que rezar y esperar en Dios
que cura y limpia
y pone amor y calor
donde el mal se enquista.

758- Cuando tú te mueras
¿Adónde te llevarán
si no tienes tierras
ni eres de ella
y tu llanto y dolor,
con tu alma entera,
por aquí están?
Me preguntó aquella tarde
la luna por el pinar.

- Cuando yo me muera
y termine ya
de florecerme en la sangre
todas las primaveras,
fuentes y cauces
que en mi gran soñar
fueron lágrimas y carne
queriendo volar,
cuando yo me muera,

que quemen mi cuerpo
y en polvo de mortal,
me rocíen por los campos
del Edén y en boda nupcial
mi alma sea con mi cuerpo
y el Dios de la eternidad,
la flor y el sueño que soñaba
cuando no podía volar

- ¿Y cómo será eso
si tú no puedes mandar
ni siquiera en tu cuerpo?
- Cuando llegue de verdad
la muerte que tanto quiero,
que me traigan a estos cerros
que es donde vine a rezar
y recibí de mi Dios
el amor que Él sólo da
y sobre la hierba verde
que me dejen descansar.

Mi íntimo deseo es que quemen mi cuerpo y sobre los campos de las sierras que tanto he amado rocíen mis cenizas. Que se olviden de mí y me dejen descansar en el amor del Dios que me dio la vida junto a sus arroyos de aguas limpias y a sus prados de frescas hierbas. Que donde, en la pobre vida mortal que respiré a mi paso por este suelo, estuvo mi corazón y recibí el dulce abrazo de Dios, me dejen descansar y que las primaveras me hagan flor en las dehesas que amé. Esta es mi íntima voluntad.

759- Lo tengo clavado
como un río de fuego
que surgió del sueño

en la noche bella
y se hizo corazón
donde la materia
es un lago en flor
que gana si fuerza.

Bajamos ilusionados
siguiendo la senda
que bordea el lago
y en la noche serena
de la lluvia intensa
el rumor armonizado,
la soledad tremenda
y el mundo parado,
llegamos al refugio
que estaba por el lado
del río que se aleja.

Encendimos la lumbre
con las ramas secas,
tendimos los sacos,
hicimos la cena
y un rato después,
en la noche tremenda,
sólo se oía
la lluvia serena,
el canto del cárabo,
el viento en la puerta
y sobre la laguna,
la Navidad quieta
llenando el corazón
y el fin de la tierra.

760- Toda la mañana

subiendo ladera,
corriendo el sudor
por mis carnes viejas,
soñando en mi mente
las nuevas praderas
en las cumbres rocosas
de las vastas tierras.

Toda la mañana
persiguiendo estrellas,
tocando con mis dedos
las nubes de seda
que juegan sin parar
y sin parar, se enredan
un poco más abajo
del cielo azulado
que arropa y consuela.

Toda la mañana
libre por mi sierra
y al dar un rodeo,
el asombro que llega
más allá del barranco
y en doradas piedras
como si el edén
trazara fronteras
o como si al alma
un balcón le ofrecieran.

761- **EL GRITO**

I Se le ve, a la casa, en el valle
muda, quieta,
dos niños, de ella salen,
andan pisando el barro

y aunque van para algún lugar
no está claro a qué parte,
se paran, charlan,
dentro, la madre
arregla cosas y sueña,
espera pero no se sabe,
fuera, sentando en un punto
que domina mucho valle,
un hombre, algo cansado,
es el padre,
no dice nada, no piensa,
tampoco sabe,
hoy tiene que alejarse de las tierras
que tanto dentro, les arden,
bala una cabra por el monte,
pastan las ovejas
y no hay nada ni nadie
que transmita algo de alegría
o para siempre, calle.

Otra casa más arriba
en ella, alguien
ha matado pájaros y los despluma
para un arroz grande
que dentro de un rato se guisa,
se celebra algo, al aire.

Están los jóvenes en el pueblo,
estudiantes,
con libros y fotocopias,
van, vienen y salen
y en la mañana nebulosa,
ruidos de fondo que están
dale que dale

y no se puede ni dormir
ni soñar como antes,
sin embargo, este es el mundo que hay,
aunque se oyen cantes
de tres pajarillos pequeños
y el día ancho por adelante.

II - Alma, ¿hoy qué esperas?
- Sigue el día ahora mismo
con mucha niebla,
en el paisaje que se ve
y el que dentro queda.
Hay un ruido persistente,
grabe, piedra
que ha durado toda la noche
y ni dormir, deja,
cantan algunos pajarillos
sin árboles, sin tierra
porque le han destrozado el bosque
y trazan carreteras.

- Pero tú, alma que vives,
¿hoy qué esperas?
- Con el día que se va alzando
un ruido ya se quita
y ahora mismo muchos más ruidos
siguen y llegan,
hay una esperanza débil
y de fondo, tristeza
porque hoy pude ser el anuncio de algo
que cierra más puertas.

- Aun no me has dicho, alma mía,
si hoy algo esperas.

- Que pase el día
aunque es igual si se queda
porque la monotonía
es bien espesa,
sin embargo, rezo
sin muchas fuerzas
y que en este hastío
sin luz concreta,
siga el mundo
y lo que Dios quiera.

III - Y ahora ¿en qué piensas?
- Hay dolor en el mundo,
mucho dolor
que grita y atormenta
y aunque la mente está en blanco,
muy lejos de la tierra,
estoy aquí y soy
más bien miseria
o en todo caso estoy
sin otra presencia
que la sequedad en lo hondo
que barrena y barrena.

- ¿Y no piensas en nada,
alma concreta?
- Escucho ruido de coches,
de obras nuevas,
veo ciudades a lo lejos
con luces que parpadean
y son llanas como el horizonte
que ni atraen ni enseñan
y si me vengo a mí,
no hay más meta

que mirar con los ojos abiertos
y estar en la serena
luz que va llenando al mundo.

- ¿Por qué no piensas?
- ¿Y para qué angustiarme en la espera
sin dormir por las noches,
que explote la cabeza
y al final tener lo mismo
y ser más pavesa?
Mucho dolor en el mundo
grita y atormenta,
yo en él ¿qué soy,
sin camino, esperanzas ni meta?

IV - Pero alma,
alguien puede ayudarte
en tus pocas fuerzas.
- Cuando uno ya es tan viejo,
no tiene ciencia
y los tiempos nuevos
van por sus sendas,
uno ya no importa,
ni es piedra
que puedan apetecer los arquitectos
en la etapa nueva.

- Tú, ve, habla y representa.
Di que a chorros te mueres
y no se dan cuenta.
- ¿Hablar? ¡Si yo pudiera!
¡Si ahora mismo pudiera
decir con palabras exactas
lo que me quema!

Pero no,
 la experiencia enseña
y, una verdad rotunda es,
que en la vida ésta
nadie puede ayudar al otro
en lo que es esencia.

- Pero alma,
¿entonces la tierra?
- Solo, fui en la lucha,
solo, si puedo, en la meta
y ya que al mundo no le sirvo,
la única puerta
es acudir al cielo y gritar:
¡Dios, aquí estoy
dame tus fuerzas!

762- Cara al sol de la mañana
se abre la agreste ladera,
por arriba queda dibujada
por el perfil de la cumbre,
pura roca toda blanca
como las nieves que las nubes
dejan en ellas amontonada,
por abajo queda la ladera
airosamente adornada
por el surco del río cristalino
que sereno trae sus aguas
de las cumbres que se enfrentan
a la ladera anunciada.

En el centro de esta pendiente
que es como un mar de ancha,
se abren varios arroyos

con sus valles y hondonadas
y por donde también revientan
fuentes copiosas y claras
bajo los robles milenarios,
las tremendas cárcavas
y los bosques espesísimos
que a la ladera engalanan.

Pues en el corazón de los bosques
y escondida entre zarzas
es donde me encontré las flores
de la que es escasísima planta
por las tierras de este parque
aunque no sea una planta rara,
pero yo por si acaso,
me la traje en el alma
y ahora cuando la recuerdo,
dibujada en la distancia.
¡Qué bonito era aquel rincón
cara a sol de la mañana!

763- La sierra se hace río
cuando en las cumbres altas
se rompen los calares
que recios se alzan
y al venir las lluvias,
arrastran y arrastran
rocas, tierra y monte
y entonces se tallan
los hondos barrancos
y las verdes cañadas.

La sierra se hace río
en varias fuentes claras

a veces, entre los pinos,
a veces, entre marañas,
también entre majoletos
y recogidas covachas.
Y donde se hace río la sierra
o fluyen las claras aguas
que son el río primero
que nace, salta y canta,
florecen los rosales
con otras silvestres plantas.

Bien que lo sé yo
porque esta flor rosada,
donde la sierra se rompe
para que el río nazca,
me la encontré aquel día
y estaba solitaria,
pero bien besada por los vientos
que son de alta montaña
y al recaudo placentero
del Dios que yo buscaba.

764- Mira al sol de la mañana,
a la derecha, una higuera,
una reguera por donde pasan
las aguas que calle abajo llegan,
la puerta, toda empedrada
y por ella,
esparcidas las monedas.
Recoge algunas al azar
y entra,
a los que están sentados por doquier,
desganados, con tristeza:
- ¿De quién de vosotros son?

En la sala, a la derecha,
platos sin fregar, amontonados,
ollas viejas,
más platos llenos de comida
reciente y añeja,
arroz con pollo en otra fuente
y por el suelo, la tierra,
chorreando más comida
y el que llega:
- ¿Qué quieres comer hoy?
Y se sienta.

Sobre la mesa redonda
se amontonan y teclean
y el ordenador no responde,
la pantalla parpadea.
- Todo está como liado
y ni las teclas
mandan un mandato claro.
Caras tristes, macilentas,
desorden enmarañado,
duele mucho la cabeza,
huele a podrido por un lado,
nadie sabe, nadie es nada ni contesta.
¿Está enferma la mente por dentro,
es el cuerpo que no llega,
el es certeza desorden
o es que lo feo y negativo
lucha y vence a la belleza?

765- Preguntaba el alma:
- ¿De qué modo pudiste
trazar con certeza,

en un desorden real
y armonía excelsa,
tantos arroyos claros,
tantas praderas,
tantos cerros alargados,
colinas y cuestas
siempre en tanta abundancia
y en diferencia?

Y preguntaba el alma:
- ¿Por qué corren las fuentes
aguas tan buenas
y cantan melodías
que nunca son tierra
y por qué las lluvias caen
aquí y en las crestas
y riegan al roble viejo
y a la escondida hierba?

¿Cómo es que con tantas curvas
van los ríos con certeza
labrando su camino
y todos llegan
al barranco y destino
y vida entregan
dejando embellecido
por donde atraviesan?
Preguntaba el alma
buscando respuestas.

766- Preguntaba el cuerpo:
- ¿Dónde conociste a Dios
que yo no me acuerdo?
- Era yo todavía una flor,

rocío con el alba
o arroyuelo,
no sabía andar
y hablar, sabía menos
y ya iba por los campos
tras los corderos
que retozaban en las llanuras
y por los cerros.

- ¿Estaba Él por allí
dándote besos?
- Yo no sabía hablar
ni sabía los secretos
de las cosas y los nombres,
pero allí estaban los pájaros
con sus vuelos,
las flores de las praderas
vestidas de terciopelo
y la lluvia rítmicamente
dulce cayendo.

- ¿ Y Dios
era eso?
Iba yo por las cañadas
y cuando corría el viento,
brisa suave que acaricia
y da consuelo,
con amor
un susurro me decía:
"Te quiero,
visto a los lirios de los campos
y a ti con ellos".

767- - Alma

¿Recuerdas aquel día
de cerrado invierno,
la nieve fría,
el río en silencio,
la corriente herida
de un gozo pequeño
que no se veía,
pero era bien bello?

- Recuerdo aquel día
de azul cielo
y una sinfonía
de notas muy bellas
estaban y surgían
del paisaje quieto
en su exacta armonía
con el roble viejo,
las hojas caídas
de los álamos rectos
y la nieve dormida.

- ¿Pues recuerdas que ibas
solo en tu silencio
y andabas y vivías
un amor secreto
que no se derretía
a pesar del hielo?
- Recuerdo que ardía
el bosque, sin fuego
¿qué era lo que había
en aquel arroyuelo
que desde entonces no puedo
vivir, por la herida?

768- - Alma,
Y sin un día te alejan
y te quedas sin suelo
¿cómo vivirías?

- Seguro, muriendo
en amarga agonía
y aunque sé que llevo
en la sangre mía
lo que aquí me dejo,
sería como un preso
que vive y no respira.

- Pero Alma,
no es fácil tu sueño
y cuando todavía
eres tierra y suelo.
¿Tanto dolería
sentirse en destierro
si llevas por dentro
la fuente de la vida?

- Ya me estoy muriendo
en amarga saliva.
Para el pobre pequeño
que necesita alimento
de miel y papilla,
claro que le chilla
la carne y el cuerpo.

Se hace el silencio
aunque llora el día.

769- Aquella mata silvestre,

aulaga seca,
que estaba firme trabada
en la dura piedra
por encima del arroyo,
en la ladera,
aquella mata silvestre
parece eterna.

Recuerdo el momento sublime
de la primavera:
el padre que no se muere
aunque ya se muriera,
iba recorriendo el cerro
y subiendo a la izquierda,
rozó levemente
a la mata silvestre,
pobre y sin tierra
y a mí, que iba por abajo
pisando la ribera
del arroyo claro,
al verlo y verla,
se me clavó en el corazón
en figura tan excelsa
que después de tanto tiempo
la tengo aquí fresca.

Aquella mata silvestre
¿por qué tanto ella
se me viene al recuerdo
con la imagen bella
de aquel padre bueno
en la pobre ladera
y el lejano tiempo?

770- El camino de tierra
viene rodeando
al cerro entre pinos
donde, al otro lado
se mece hermoso
el lago.

Por el lado del norte
los cuatro que han llegado,
la mujer y la niña,
de allí suben despacio,
por el lado de arriba,
tres parapetados
castigan a los que llegan
a pedradas y gritando:
- El lago es nuestro,
lo hemos alquilado
y queremos estar tranquilos
por arriba y por abajo.
Se queja la mujer,
se quejan los de alado
y las aguas serenas
en su redondo lago.

Del lado de la vida
el pecho enamorado
y el grande entre los grandes
que ha llegado,
se sienta y habla tierno
desde su abrazo:
- Tú eres el bueno,
te dejo por los campos
que amas y necesitas
tanto y tanto.

El corazón se esponja
y se siente liberado.

771- Alma,
¿Si un día vienes
por la tierra amada
y te encuentras que la fuente
ya no mana,
que aquella senda bonita
muere olvidada
y que las encinas viejas
están quemadas?

- Si vuelvo algún día
porque esa gracia
me la concediera el cielo
¡qué afortunada
me sentiría por dentro
y cuántas gracias
deberé darle
al Padre Bueno!
No tener cerradas
las puertas del paraíso
¿sabes tú lo que es eso
para el que ama?

- Pero, alma,
¿Y si los pinos bellos,
aquellos de plata
y los enebros,
madroños y zarzas,
ya no están
porque las llamas
los achichararon

una gris mañana?

772- - Alma,
Si te vas por el camino,
el que de puro viejo
se muere descolorido
y parece que ya no puede
llevar a ningún sitio
aunque por sus bordes crezcan
mil espliegos florecidos
¿adónde irías a parar
siguiendo su recorrido?

- El camino que conozco
y arranca del collaico
paralelo a los caminos nuevos
y se le ve tan pobretico,
en la tarde del verano
que el otoño trae en vilo,
en cuanto me pongo a recorrelo,
el corazón noto vivo
porque dentro una pasión,
de amor y calor divino,
arde porque sabe cierto
que se dirige al destino
que es núcleo y corazón
en el gran mundo laberinto.

- Entonces el camino viejo
aunque ya no tenga brillo,
¿Sirve y sigue llevando
al mejor sitio?
- A donde el amor es centro.
- ¿Y todos los otros caminos?

- Relucen más porque son nuevos,
pero todos rozan el filo
y aunque van a lugares sugerentes
mueren en hondos vacíos.

773- -¿Tú no sientes como el alma
se llena de puro gozo
cuando en la tarde azul clara
de este comenzado otoño,
recorremos el camino
hacia el rincón querencioso?

- Siento yo como una llama
o como un temblor delicioso
que arde sin quemar nada,
pero arde en presuroso
placer que da la calma
del hondo gozo.
¿De dónde mana
este rescoldo
o dulce llamarada
que anuncia lo hermoso?

- Es Dios que pasa besando
en el viento silencioso.
- ¿Quizá ha plantado una tienda
por donde corre el arroyo?
- Tiene su jardín privado
por donde duerme el raposo
y dialoga con el alma
que por aquí tiene sus lloros
¿no sientes cómo arde
el corazón en su gozo
mientras va cayendo la tarde

de este bien granado otoño?

774- Se marcha corriendo
agosto caluroso,
por el monte a lo lejos
vienen ya saliendo
los ocres del otoño
y los álamos del río
se tiñen de viejos
pintando de oro
los resecos suelos.

Están ya bien maduros
los higos en los huertos,
las moras en las zarzas,
tomates y pimientos,
nueces y manzanas
almendras en los almendros
y ya están dulces las uvas
en parras y sarmientos
así como las aceitunas,
de olivos por los cerros,
también están maduras
jugando con el viento.

Ya se marcha agosto
qué pena y contento
porque ya la cosecha
rebosa desde dentro,
los días que ahora llegan
son, creo, los más bellos
de todos los del año
y por eso en el pecho
hay una acción de gracias

y un gozo paralelo
que juega con la luz
del hermoso otoño nuevo.

775- Hace cinco días que llovió:
una tormenta espesa de nubes
brava por aquí pasó
dejando rayos en el cielo,
truenos secos en su voz
y lluvias a cántaros que empaparon
apagando algo el calor.

Pues ayer por la tarde me vine
por donde los espliegos en flor,
ladera desnuda del bosque
que mira al sol
y conforme pisaba la tierra
descubría el verdor
que ya va saliendo de ella
en hojas de tierna hierba
que alegran al corazón.

Es como si la primavera
llegara con su ilusión
aunque sé que no es así
porque el agua que dejó
la tormenta de hace unos días
pronto la evapora el sol
y si no llueve otra vez,
esta hierba tan primor
que el otoño anticipado
regala a los campos amados,
perderá jugo y color
y como tantos otros otoños

no será lo que anunció.

776- Yo lo vi con mis ojos
y por eso no puedo
olvidarlo tan fácil
y menos cuando tengo
el dolor en la carne
y, desde aquel momento,
la herida grande,
doliendo y doliendo.

Subía el padre
con la madre, del huerto
y pisaron la tierra
que hace de sendero
y al llegar al rellano
mudos y quietos
vieron que la casa,
el humilde aposento
del amor de sus almas,
mostraba violentos
ataques de ladrones
con barras de hierro.

- Otra vez han robado
en nuestro pobre techo.
Dijo amarga la madre
y yo que en silencio
estaba justo a su lado
veía que era cierto:
Su humilde cortijo,
el que era como un beso
y un suspiro de amor,
estaba deshecho,

todo destrozado
y humillado con ellos.

777- El pastor de las montañas,
el que tiene las ovejas
por las sierras altas
que quedan a la derecha
del puerto de las aguas,
recuerdo que aquel año
de lluvias escasas,
cuando llegó el verano
se llevó a su rebaño
a las orillas amplias
del río Guadalquivir
cuando éste pasa
por la campiña de los olivos
y las tierras llanas.

Bajo la sombra del fresno
puso él su cama
y en los sotos de las riberas
las ovejas careaban
tomando las hierbas frescas
y bebiendo las puras aguas
del río, rey de la sierra
que tanto salva.

Y al preguntarle aquel día
dijo, el pastor de las montañas,
que si no se venía al río
¿adónde él se llevaba
a sus ovejas queridas
con la sequedad ahondada
que había en las altas tierras

de las amadas montañas?

778- Sentada en su regazo,
la sombra de la parra,
en la puerta del cortijo
que calla pero habla,
la madre primorosa
mira, toda bañada
de luz de tarde lenta
y de años que le abrazan.

Del valle de los fresnos
suben en amplias manadas
olas de viento tibio
que traen huertas preñadas
de almendros y cien olivos
y la besan y la abrazan.
Del lado de la Peña
rumor de frescas aguas,
moras que ya negrean
y hermosas engalanan
la tierra que ella quiere
y llora, mientras calla.

- Madre de sangre y sierras
humilde pero reina
en este tramo de la vida
que Dios tierno regala
¿qué esperas en la tarde
de este gris otoño alba,
sentada en la puerta
a la sombra de la parra
y mirando sin parar
al valle, en la distancia?

779- Yo recuerdo aquel día
que por culpa mía
me estaba muriendo
y como me sentía
con las manos vacías,
acudí al cielo
y recuerdo que dije:
“Dios Bueno,
regálame un poco más
de vida y de tiempo”.

Han pasado los años
y olvidar no puedo
que aquel día no morí
ni tampoco al tercero
y ahora sé que fue
porque Tú, Padre bueno
escuchaste la voz
de aquel pobre ruego
y sin que yo lo merezca
me diste el premio
de vivir un poco más
en la tierra y el suelo.

Hoy lo que pido
es el simple consuelo
de seguir tres días más
por este edén, viviendo
¿Querrás Tú, Padre Dios
darme lo que quiero?
Siendo yo tan malo
quizá no lo merezco,
pero Tú, Padre mío,

eres el bueno
y lo único que en mi vida
amo, gusto y tengo.

780- Llegó el invierno
y por la Navidad
nos fuimos siguiendo
dos veredas blancas
por el monte perdido
de la sierra alta
y el rincón más seco.

Por mucho que las horas
pasen y en su seno
sepulten ilusiones
y sepulten mil sueños,
lo de aquella tarde,
aquel pino seco,
sin tronco y con raíces
al aire muriendo,
aquel filón de rocas
casi desfiladero
quebrándose serenas
a dos pasos del cielo,
aquella gris ladera
cayendo y cayendo,
el hielo tan cuajado
de tanto frío entero,
por mucho que las horas
pasen sin remedio,
lo de aquella tarde gris
palpita en mi recuerdo.

Fue por Navidad

y al otro lado del cerro
donde la soledad
se nos hizo erial
y nieve en el aliento,
pero también inmortalidad
por aquel tan noble encuentro
de profunda eternidad
y Dios allí en su centro.

781- En la noche mientras duermo
sin querer, yo me encuentro andando
por cortijos y senderos
que ni conozco ni sé
para qué, en mí los quiero,
pero ellos se presentan
y me hablan o alzan fieros
para que me los traiga conmigo
y los incorpore a mis sueños.

Vi yo anoche una llanura
y en ella vi que el terreno
lo estaban cerrando con alambres
y tres hombres con sombreros
discutían cosas de lindes
por el arroyo y el cerro.

Luego vi una gran ciudad
y saliendo ya del centro,
para las tierras de las montañas,
vi muchos pinos y huertos
y llenando los campos anchos
muchas casas blancas y negros
asfaltos que van cubriendo
hierba, jaras y romeros

y por entre las encinas grises
oí que decía el dueño:
- En lo alto del puntal
irá la antena del teléfono,
aquí mismo, la piscina,
por aquí, césped y allí los perros
y lo que queda por este lado,
para al camping nuevo.
Y al llegar a donde yo estaba
dijo que allí estorbaba
porque eran otros tiempos.

782- Como un fino perfume
que enganchado en el tiempo
o empepándolo amoroso
ahí estuviera eterno,
me llega cada noche
cuando vivo mientras sueño
o cuando sueño al despertar
y me voy por el recuerdo.

La casa y su rincón,
el calor del dulce fuego,
la madre ahí sentada,
la sartén puesta en el leño
el tono oro del aceite
hirviendo en su secreto,
los trozos de tomates
y los trozos de pimientos
mezclados con patatas
y todo bien revuelto
guisándose en la sartén
que dora el hermano fuego.

Como un perfume dulce
que mana y es tan denso
que ni los meses ni los años
le quitan su misterio,
como un perfume amable
que trasciende y existe dentro,
así aspiro esta mañana
aquel eterno trozo bello.

783- La gran ladera cae
hermosa, verde, blanca,
desde el lado de la tarde
de la luz y del agua
y por la ladera crecen
árboles y casas
que miran y se enredan
en su quietud callada.

Por la gran ladera surcan
caminos que se aplastan
por entre olivos y nogueras,
mil higueras cuajadas
de higos blancos y negros
y de sombras alargadas.

Y la gran ladera es
como alfombra bien preñada
que cae toda repleta
de regueras con sus aguas,
de fuentes cristalinas
que manan y manan
esencias tan buenísimas
que quitan las sed del cuerpo
y bastante la del alma

porque en la gran ladera crecen
huertas apiñadas
que dan frutos a raudales
y moras bien moradas
regadas por las fuentes
de las buenas aguas.   (Ladera de San Isicio en Cazorla)

784- La llanura de la luz
¿que dónde se encuentra?
La conocen muchos en este mundo
y más, en estas sierras,
pero conocerla como yo
y tenerla por cabecera
en las noches cuando sueño
mientras brillan las estrellas,
llevarla en el corazón
con tanta fuerza,
tenerla por alimento
una vida entera,
saborear sus rocío
y su pura hierba,
la soledad que en ella acampa
y su belleza.

Haberla rumiado tanto
para más meterla
en la sangre del corazón
viva y completa,
haberla gustado tantos días
desde el centro de ella
y mirarla cuando florece
o es pura niebla
o la nieve fina la cubre
como si fuera

un mar de algodón mullido
que juega y juega.

¿Que por dónde la llanura de la Luz
se extiende y encuentra?
Parte de su blancura,
en las nubes excelsas,
parte de su desnudez,
entre las rocas bellas,
pero lo mejor de esta llanura,
lo que nadie sospecha,
sólo en mi alma y callado
existe y se encuentra.

785- I La transparencia del río
en la curva ancha
ha sido el espejo que esta noche,
toda la noche larga,
ha estado llenando sin querer
toda mi alma.

Y mientras la he estado recorriendo
y al llegar ahora la mañana,
me he estado preguntando y diciendo
que adónde van las aguas
tan limpias y tan serenas
que en la noche mágica
no han dejado de correr
o de estar remansada
por la curva ancha del río,
ya al final de las montañas.

Y me lo pregunto porque este río
siendo el mismo que por las tierras saltas

no es el mismo que pasa por los campos
ni el que ensucian en las casas blancas
ni el que remansan para que se bañen
los turistas de las avalanchas,
sino que este río mío,
el que por mis sueños corre en aguas claras,
es el que no tiene nombre
y aunque es y corre, nadie lo mancha
porque pertenece al espíritu y al sueño
que sólo es y existe en mi alma
y por eso preguntaba que adónde
va y muere este río de plata.

II En la curva ancha del tranquilo río,
por la llanura blanca
al final de las crestas grises,
entre las encinas altas,
se esconde la blanca casita
que se mece y nada
en las aguas purísimas que por la curva
el río remansa.

Pues jugando en la tarde limpia
que también es serenidad soñada,
estaba la niña princesa y ángel
feliz ella y muy entusiasmada
con su sencilla pelota de goma
y al botarla
rodó por el pasto seco
y por la ladera larga
se fue saltando hacia el río
y mientras éste se escapaba
la pelota se pierde por entre los juncos
de la curva ancha.

Yo vi y por eso lo cuanto
que la niña de la blanca casa,
por donde el río se hace sueño
y se va por las regueras del alma,
se fue ella buscando a su pelota
y no la veía ni la encontraba
ni en los charcos del río
ni en las espesas matas
de los juncos o los tarayes
ni tampoco por la corriente
que trazando curvas, se alejaba.

III Y vi yo a la niña que en su juego
desde la parte alta,
bajó siguiendo la senda
que zigzaguea y se aplasta
por la hermosísima ladera
que hacia la curva ancha
del río, se adentra.

Donde la senda se encaja
en la pendiente y las piedras,
ella se para
y mientras estamos mirando
vemos que la tierra
se hunde en avalancha
y al poco deja al descubierto
como una veta clara
de cristales de diamantes
que son como las entrañas
o lo más fino del espíritu
de estas montañas.

- Esto es como un tesoro
que hoy nos regala
la tierra que tanto queremos
y brota del alma
que nos contiene a nosotros
y al río que baja
cantando su canción de luz
por esta curva ancha.
Le digo yo a la niña,
la buena hermana
que juega y es la dicha
de mis sueños y la tierra amada.

786- Si yo fuera preguntando
por cortijos y veredas,
por cumbres que son balcones
de la luz de las estrellas,
y por los sotos donde pastan
los cien rebaños de ovejas,
por las cosechas perdidas
donde es densa la maleza
o por donde las águilas tienen
sus nidos de ramas secas.

Si yo fuera preguntando
día y noche y al alba quieta
por las ruinas de las casas
que el añejo tiempo entierra
allí donde las rompieron
y fueron bellas
o por los recodos de los ríos
donde se enredan
los sueños de aquellos hombres
que la vida entera

se pasaron ellos sudando
por estas tierras.

Si yo fuera preguntando
a gritos y voces recias,
unos y otros me darían
nombres y esencias
de barrancos y de pastores,
de niños y de doncellas
y de luchas y mil escenas
y otros tantos sin sabores
que nadie comenta,
pero ¿quién me diría a mí
cómo son estas sierras
cuando en llamas de amor vivas,
en el alma buena,
arden, arden y arden
y nunca cesan?

787- Ya es setiembre y hoy hace frío,
el cuerpo que se despierta al nuevo día
lo trae trabado en las carnes y por eso ha sido,
la noche que termina, con un continuo acurrucarse
contra las mantas, la oscuridad y el espacio chico
para encontrar el calor y un poco la luz
que de la noche a la mañana se ha derretido.

Y la noche que pasa además ha tenido
un abrazo con el alma y la tierra amada
justo por los picachos del cerro limpio
donde sólo crece el roble sin ramas,
no va por la tierra ni un pobre camino,
los arroyos nacen en cañadas suaves
y la hierba cubre, ahora pasto fino,

la tersa cara de los cerros redondos
y la profundidad colmada del blanco infinito.

Y por ese rincón que creo es sólo mío
esta noche que ha sido como un dulce encuentro
con seres y sensaciones que sólo traen alivio,
he visto a los de siempre que se entretenían
en trazar guías y enseñar los sitios
a los miles que en avalanchas llegan de fuera
y pagan por andar los viejos caminos,
pero yo, como tantas otras veces,
me he acurrucado temblando en mi frío
por donde la desnudez del roble y la tierra amada
y, una vez más, a mi corazón le he dicho:
“Sigues solo en la batalla y sin más ganancias
que la realidad de estar continuo metido
en el dolor de la tierra que amas
y el gozo de sentir con ella su calor y frío.
¡Alma, sed valiente y nunca decaigas
y menos por cuatro pesetas o un poco de brillo
que el roble noble, muere en la montaña
firme en sus raíces y al mandato divino!”

788- Del lado de la tierra
ayer me llamaron a juicio
y me dijeron:
- La envidia vieja,
contra ti,
ha puesto una querella.
- ¿Y de qué me acusan
si tengo limpia la conciencia?

Y del lado de la tierra
me han dicho que:

- Has llamado a un pastor hermano
y esa libertad sincera
ya tiene amo,
has subido a las montañas
por la parte más bella
y ese lado de los bosques
también tiene amo,
te han visto con las estrellas
besándolas en el lago
y además tú has dicho
que hay una gran verdad eterna
en los caminos y campos
que dan plenitud a estas sierras.

Y al hablar he preguntado:
- ¿Y quién firma esa querella?
- Es uno que se llama Envidia
y además te echa el cargo
de advenedizo despistado
que te atribuyes lo que no es tuyo
y por eso estás manchado
y te juzga y te destierra.

789- Del cerezo de la cañada,
la que arriba y entre las rocas
juega con las ruinas de la casa,
ayer cogí unas ciruelas
maduras ya y algo pasadas
porque estamos dentro de septiembre,
época de las moras en las zarzas.

Más pegado al arroyo
cogí también de las parras
un buen racimo de uvas

todavía algo agrias
porque las frutas en estas sierras
van un poco retrasadas.
Seguí bajando y en la fuente
del agua fresca y clara
me puse y lavé mis manos,
mis brazos y luego mi cara
y en la roca que tanto conozco
me senté sobre la calma.

Me fui comiendo las ciruelas
negras pero aún ácidas
y a intervalos me comía las uvas
y mientras se iba la pura agua,
corría el viento no muy frío
y el tiempo lento pasaba,
lleno de melancolía
en mi alma me amargaba
el sol quemando los campos,
la honda soledad ancha,
la tierra seca y comida
de monte, de jabalíes y cabras,
las nogueras en su quietud
y la que fue casa tan amada,
rota y deshecha entre el lo alto,
del mundo entero ignorada.

790- Conmigo y como si pretendiera
que aquella época dorada
no se muera tan tristemente
y en tanta soledad amarga,
me he traído tres ciruelas
del árbol de la cañada.

Las tengo aquí ahora a mi lado
en esta oscura distancia
y melancólico las miro,
huelo el aroma que exhalan
y sin querer decir, me digo:
“¿Qué hago con estas extrañas
sustancias y savias de la tierra
tan hondamente en mí amada?
¿Me las como y me lleno
del sabor de la tierra, el alma,
las dejo y las miro despacio
oyendo como gritan y hablan
de aquel rincón y el cortijo
y aquella bendita alba?”

Las tengo puestas sobre el suelo
y por ahora, no voy a tocarlas
porque ellas infunden respeto,
las siento como sagradas
perlas misteriosas
que desde mi herida alma
Tejen un rosario divino
y a través del tiempo engarzan
el sudor de aquel padre bueno
con las cuatro lágrimas
y los latidos del corazón
que de mi cuerpo manan.